

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 6, capítulo L**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**María del Carmen Berdejo Bravo**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

# **Tomo 6, capítulo L**

**Anotado y revisado por  
María del Carmen Berdejo Bravo  
(UAM Azcapotzalco)**

**Capítulo L**  
**Se disuelve la Triple Alianza**  
**Abril de 1862**

## CAPÍTULO L

### SE DISUELVE LA TRIPLE ALIANZA

**Abril de 1862**

Tan luego Napoleón III se enteró de que las tropas españolas se habían adelantado en la expedición sobre México, sin esperar a los contingentes francés e inglés, resolvió, el 9 de enero, enviar al general de brigada Charles Ferdinand Latrille Lorencez, conde de Lorencez, con 4,500 soldados.

Desembarcaron en México el 4 de marzo, después de hacer escala en La Habana, trayendo también a bordo a Juan N. Almonte y Antonio Haro y Tamariz. El primero trajo cartas de presentación de Napoleón III para de la Gravière y Prim. Ya se han examinado en el capítulo anterior las repercusiones que produjo la llegada de estos exiliados y sus actividades políticas.

A su vez, Lorencez fue portador de nuevas instrucciones para de la Gravière y Saligny, “las cuales recomendaban una acción mucho más enérgica, sin que, naturalmente, al redactarlas, el emperador supiese todavía nada de los preliminares de la Soledad. Cuando el general Lorencez se enteró de la existencia de ese pacto, se enojó mucho, pues no armonizaban de ningún modo, como él sabía, con los actuales planes del emperador y no disimuló su opinión frente a Jurien y Saligny”.<sup>1</sup>

Esto explica el radical cambio de actitud de Jurien de la Gravière, cuyo origen reconoce en sus cartas a Prim, en las que comenta que ha recibido nuevas instrucciones.

A principios de marzo llegó a Francia la noticia de que se habían celebrado los preliminares de la Soledad. Napoleón y la emperatriz

---

<sup>1</sup> Egon Caesar Conte Corti. *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 128.

Eugenia se contrariaron y “estaban por completo fuera de sí”.<sup>2</sup> Desde luego, el emperador resolvió destituir a de la Gravière, considerando “que no se había enviado una expedición para negociar con Juárez”.<sup>3</sup>

Saligny había hecho llegar sus tendenciosos informes, por lo que Napoleón estaba indignado contra Prim, autor, según el emperador, de “la idea de negociar con Juárez e incluso haber inducido a ello al almirante francés”.<sup>3</sup>

En carta de Napoleón a Maximiliano, en que relata estos pormenores, concluye con este párrafo: “Por último, espero mucho del efecto moral de la llegada del general Lorencez pues, según las noticias que he recibido se odia a los españoles tanto como se ama a los franceses”.<sup>3</sup>

El 9 de abril se reunieron los plenipotenciarios en pleno, en la residencia del conde de Reus, en Orizaba. Fue una conferencia tormentosa, con cuya acta se inicia este capítulo. Es un documento por demás interesante; su lectura permite conocer la falacia de los comisarios franceses y la tortuosa conducta de Saligny. Podrá el lector constatar que fue real la frase que se atribuía a Saligny de que para él, los preliminares de la Soledad, tenían tanto valor como el papel en que estaban escritos.

También el lector encontrará el relato de la digna y valiente actitud de Prim, secundada por Wyke y Dunlop, comisarios ingleses.

Tanto el texto del acta, como el artículo sobre Prim de *El Eco de Europa* que se reproduce, son poco conocidos, si bien su contenido es frecuentemente repetido.

Iniciada la reunión a las trece horas, terminó hasta la noche, con la conclusión de que los plenipotenciarios “no pudiéndose poner de acuerdo en la interpretación que debe darse, en las circunstancias actuales, a la convención del 31 de octubre de 1861, han resuelto adoptar en adelante una acción completamente separada e independiente”.

---

<sup>2</sup> Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 126.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 128. Las siguientes notas con numeral 3 pertenecen a esta referencia.

Se notificó al gobierno mexicano en documento colectivo fechado esa noche, anunciando el retiro de las tropas españolas y el retroceso de las francesas para concentrarse en Paso Ancho y de ahí iniciar sus hostilidades.

De la Gravière y Saligny enviaron esa misma noche una nota al ministro Doblado, justificando su protección a Almonte y presentando su queja por supuestos atropellos a connacionales franceses. Anuncian que sus tropas “se replegarán más allá de las posiciones fortificadas del Chiquihuite, para recobrar ahí toda su libertad de acción, luego como las últimas tropas españolas hayan evacuado los acantonamientos que hoy ocupan en virtud de la convención de la Soledad”. Es decir, romperían las hostilidades tan luego salieran los españoles y desde más allá del cerro del Chiquihuite.

Prim comunica estas decisiones a Zaragoza en carta cortés y, esa misma noche, escribe al general Serrano pidiendo concentre barcos para realizar lo más pronto posible la evacuación de las tropas españolas.

Doblado contesta la nota colectiva con una razonada nota que hemos localizado en la embajada de España. Lamenta que no se cumplan “las estipulaciones pactadas en los preliminares de la Soledad”; elogia a Prim y a Wyke, manifestando estar dispuesto México a “entrar en tratados con los representantes de la Gran Bretaña y de la España”.

Finalmente califica de injustificable la conducta de los comisarios franceses y anuncia que México está dispuesto a “repeler la fuerza con la fuerza”.

La nota francesa también es contestada en forma digna; analiza la conducta de los comisarios y concluye que el Gobierno Constitucional sostendrá “la guerra hasta sucumbir”.

Leonardo Márquez y Félix Zuloaga escriben a Miranda, avisándole que han derrotado en Izúcar de Matamoros al general Cástulo Alatriste, aprehendiéndolo y fusilándolo de inmediato. Desde ese mismo lugar, Leonardo Márquez decide adherirse a Almonte como nuevo jefe de la nación y realiza tortuosas maniobras que se podrán precisar en los siguientes capítulos, cuando Zuloaga y Cobos las denuncian.

A su vez, Zuloaga informa a Miranda que ha asumido el mando del ejército, eliminando el cargo de general en jefe o sea a Márquez.

Zaragoza ha continuado sus trabajos de organización pues, clarividente, siempre pensó que había que llegar a la guerra. Su correspondencia con Juárez e Ignacio Mejía, muestra su actividad y celosa vigilancia para pertrechar y reforzar al ejército, aliviando sus penalidades.

El Gobierno Constitucional expide el 12 de abril un enérgico decreto, estableciendo la pena de muerte para quien auxilie al invasor francés. El presidente Juárez lanza un vibrante manifiesto explicando los más recientes acontecimientos y llamando a la defensa de la patria.

Doblado remite una prolija circular dando cuenta de lo ocurrido a los gobernadores de los estados. Juárez envía también cartas personales a todos los gobernadores y a los personajes de relieve regional, excitándolos a la lucha, “pues en estos momentos necesitamos probar a la Francia y al mundo entero que somos dignos de ser libres”.

Prim se da tiempo de continuar polemizando con el capitán general de Cuba; su carta del 12 de abril precisa los hechos y explica el por qué de su actitud. También escribe al presidente del consejo de ministros Leopoldo O'Donnell, dando su versión de los últimos acontecimientos e informándole que ya procede a reembarcar sus tropas, rumbo a La Habana.

Prim escribe a Doblado haciéndole sugerencias para sortear los problemas y el ministro de Relaciones le contesta en una hermosa carta, agradeciéndole sus consejos y proponiéndole que, antes de salir del país, firmen un tratado. Prim y Wyke aceptan y sugieren reunirse en Orizaba el 17 de abril; en cambio los franceses rehusan hacerlo.

Zaragoza lanza una vibrante proclama a los soldados del ejército de Oriente y envía también a los jefes una circular informativa. Ambos documentos muestran el entusiasmo y decisión de este jefe militar.

El conde de Reus, empeñado en mostrar la torpe conducta de los franceses, escribe a un amigo en Londres; carta en que explica la verdadera finalidad de la actitud de Napoleón III. Esta carta fue

reproducida en Londres y Nueva York. A su paso por Washington, Prim confirmó a Matías Romero la autenticidad de la mencionada carta.

Doblado va a Puebla para entrevistarse con Prim y Wyke, donde le llegan instrucciones firmadas por Jesús Terán. La minuta que hemos tenido a la vista, tiene anotaciones, tachaduras y agregados de puño y letra de Juárez.

Los gobernadores de Campeche y Yucatán, comentan con elogio la erección del estado de Campeche e informa el segundo que Isla del Carmen, con el apoyo de la fragata francesa *Granade* se sublevó, proclamando a Almonte como jefe de la nación

Se inicia el segundo período de sesiones del II Congreso de la Unión y el presidente Juárez concurre a la apertura y pronuncia un discurso informado sobre la situación. Sin negar la gravedad del momento, tiene fe en el triunfo. Sebastián Lerdo de Tejada, como presidente del Congreso, ofrece apoyo al Poder Ejecutivo.

Los plenipotenciarios franceses siguen importunando; ahora protestan por el tratado con los Estados Unidos y hacen culpable al Gobierno Constitucional del rompimiento de los preliminares de la Soledad. Jesús Terán, ministro de Justicia, por encargo de Juárez, pues Doblado ha ido a Puebla, les contesta con energía y dignidad.

De la Gravière y Saligny quieren justificarse ante la opinión pública y lanzan el 16 de abril un manifiesto tendencioso, invitando a los mexicanos a la unión, a la sombra de la bandera francesa.

Almonte no se queda atrás y lanza también su manifiesto en que no da a conocer sus objetivos; los limita “al establecimiento de un buen orden de cosas” e invita a los mexicanos a “confiar en la eficaz cooperación de Francia, cuyo ilustre soberano hace sentir siempre su benéfica influencia en todas partes donde haya que hacer prevalecer un causa justa y civilizadora”.

El general Antonio Taboada, con las fuerzas conservadoras que al efecto había reunido, se pronuncia el 19 de abril en Córdoba, desconociendo al Gobierno Constitucional y proclamando al Almonte jefe supremo de la nación. Reproducimos a continuación el plan que

suscribió Taboada y algunas personas más que, con insignificantes cambios, es el mismo texto que había circulado desde un mes antes:

1° Se desconoce la autoridad del titulado presidente de la República, don Benito Juárez.

2° Se reconoce al excelentísimo señor general don Juan Nepomuceno Almonte como jefe supremo de ella y de las fuerzas que se adhieran a este plan.

3° Dicho excelentísimo señor general queda facultado ampliamente para emplear un avenimiento con los jefes de las fuerzas aliadas que actualmente se hallan en el territorio de la República, para convocar una asamblea nacional que, tomando en consideración la deplorable situación en que se encuentra el país, declare la forma de gobierno que sea más conveniente establecer en él para cortar de raíz la anarquía y proporcionar a los mexicanos la paz y el orden que tanto tiempo hace desean, a fin de reparar las pérdidas enormes que han sufrido durante la guerra civil que por tantos años ha destrozado a la República entera.

4° Se pondrá en conocimiento del excelentísimo señor general don Juan Nepomuceno Almonte esta acta y se le manifestará al mismo tiempo la misma fe que abrigan los que suscriben de que su excelencia no negará en tan solemne ocasión sus servicios a la patria, que hoy más que nunca los ha menester con urgencia.<sup>4</sup>

Las autoridades legítimas de Córdoba se negaron a adherirse al plan por lo que, provistos de salvoconductos de los comisarios franceses, abandonaron la ciudad.

Las fuerzas sublevadas nombraron de inmediato jefe político y militar de Córdoba al general Taboada y “el general Lorencez mandó a

---

<sup>4</sup> Francisco de Paula Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, Madrid, 1872, III, p. 69.

las autoridades francesas que le ayudaran en el desempeño de sus funciones”.<sup>5</sup>

Dentro de la obligada secuela, al día siguiente se pronunció Orizaba apoyando el plan, por lo que se reunieron en esa ciudad Almonte, el padre Miranda, Samaniego, Castellanos, González, Guevara y Haro y Tamariz, Almonte aceptó de inmediato el “Plan de Córdoba y nombra subsecretarios de Guerra, Gobernación y Hacienda a los señores coronel González, don Manuel Castellanos y don Desiderio Samaniego”.<sup>6</sup>

Secundaron el plan en Veracruz, Alvarado, Isla del Carmen y otras poblaciones más. En la primera, Almonte designó gobernador a Manuel María Serrano y comandante militar al general Adrián Woll; comandante general de Isla del Carmen a Tomás Marín.

En la embajada de España localizamos el manuscrito, firmado por Prim, de un tratado entre México y España. Como no figura la firma de Doblado, es indudable que no fue aprobado por el gobierno mexicano; pero seguramente fue resultado de los intercambios epistolares entre Prim y Doblado porque no se llegaron a reunir físicamente, lo que impidió lo discutieran.

Prim lo dejó firmado en manos de López Cevallos, quien, por instrucciones del conde de Reus, se trasladó a la Ciudad de México como encargado de los asuntos españoles. Más adelante se veía que el Gobierno Constitucional no llegó a firmar ese tratado.

El general Serrano no se apea de su mula y sigue importunando a Prim, considerando equivocada su decisión de retirar las tropas españolas de México. Para presionar más, le avisa que reunió a la junta de autoridades de La Habana y ésta aconseja que Prim se retire, si lo estima conveniente pero deje las tropas al mando del general Gasset.

José Manuel Hidalgo escribe a Francisco de Paula Arrangoiz, explicando los antecedentes de la campaña monarquista, el origen de la candidatura de Maximiliano para el trono de México y finalmente glosa

---

<sup>5</sup> Arrangoiz. *México desde 1808 hasta 1867*, p. 70.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

la situación, con información fidedigna pues era uno de los actores de primera fila.

El gobierno español, al comentar las opiniones del estadounidense, declara que no tiene deseo de establecer dominación en el territorio americano, pero tampoco podrá ver con indiferencia “la absorción de los territorios que un día fueron españoles, por ningún otro Estado, cualesquiera que sean su origen y sus principios de gobierno”.

Concluye el capítulo con una carta de Zuloaga en que celebra la retirada de Prim, a quien llama “un hombre tan nocivo”.

# **DOCUMENTOS**

**Abril de 1862**

## ACTA DE LA REUNIÓN DE LOS ALIADOS EN QUE SE ROMPE LA TRIPLE ALIANZA

(Orizaba, 9 de abril de 1862)

Hallándose reunidos en la residencia del excelentísimo señor conde de Reus los excelentísimos señores plenipotenciarios y comandantes en jefe de las fuerzas de las potencias aliadas, se abrió la sesión a la una de la tarde. En vista de la gravedad de los negocios que había que tratar, SS. EE. decidieron que los secretarios de las misiones de Inglaterra y Francia asistiesen, juntamente con el secretario de la misión española, a esta conferencia, para redactar el acta *in extenso*.

El excelentísimo señor conde de Reus toma la palabra para invitar a S. E. el almirante Jurien (de la Gravière) a exponer el objeto de la conferencia y éste último responde que el fin principal de la reunión es ponerse de acuerdo acerca de la respuesta que debe darse a una comunicación en que el gobierno mexicano pide el embarque del general Almonte y de las personas que le acompañan.

Sir Charles Wyke dice que es necesario tener una explicación franca y precisa y sus colegas se manifiestan de igual opinión. El conde de Reus añade que es urgente saber si se podrá continuar obrando de acuerdo como hasta el presente, porque él y sus colegas de Inglaterra consideran la actitud recientemente tomada por los plenipotenciarios del emperador como contraria a las estipulaciones de la convención de Londres cuyo objeto, según ellos, era, en primer lugar, obtener la reparación de los agravios que cada una de las altas potencias había recibido del gobierno mexicano y exigir el respeto a los tratados; después llegar, mediante el apoyo moral de las tres naciones, al establecimiento de un gobierno fuerte y duradero, que ofreciese garantías suficientes, tanto a sus propios nacionales como a los de las potencias extranjeras. S.

E. recuerda que, si desde el principio no ha aparecido esta cuestión en primera línea, cuando se publicó una proclama a los mexicanos y se envió una nota al presidente Juárez, es porque los comisarios no se creyeron autorizados para decidir si había o no solidaridad entre ellos en cuanto a sus *ultimátum* respectivos y, por consiguiente, habían juzgado que debían pedir nuevas instrucciones a este propósito.

S. E. desea que conste bien que la línea de conducta considerada por ciertas gentes como una pérdida de tiempo perjudicial, no ha sido sino necesidad absoluta, impuesta por la completa falta de medios de transporte porque, aunque las tres potencias aliadas habían previsto que, ciertas circunstancias, sería necesario avanzar por el interior del país, sus tropas llegaron a Veracruz sin carros, sin caballos, sin acémilas, sin ninguno de los recursos indispensables para transporte de los víveres, de los enfermos y de la artillería en tales condiciones, en fin, que hubiera podido creerse que de antemano se había resuelto limitarse a la ocupación de Veracruz.

Sin embargo, apenas se había desembarcado, cuando empezó a sentirse la necesidad de penetrar en el interior del país, tanto por la alteración que sufría la salud de las tropas, como por la carencia completa de abastecimientos, los cuales no dejaban las guerrillas llegar a la ciudad.

En su consecuencia, los jefes de las fuerzas aliadas procuraron inmediatamente reunir en lo posible algunos medios de locomoción, que se obtuvieron con dificultad y a peso de otro, extendiendo así poco a poco el círculo de sus operaciones por las cercanías de Veracruz.

El almirante Jurien aprueba lo que acaba de decir su colega de España y desea que conste que su artillería y el material de campaña de dos de sus batallones, no pudieron desembarcar hasta el 5 de febrero.

El conde de Reus, pues, cree que no era posible obrar de otra manera y que, al entrar en parlamentos y negociaciones amistosas con el gobierno mexicano, los aliados no hicieron más que ganar el tiempo que les era absolutamente necesario para prepararse a seguir adelante, sin dejarse engañar un solo momento por este gobierno, como algunos han creído. No se temía la guerra pero se quiso evitar a México los males que de ella resultan y alcanzar el objeto de la alianza sin efusión de sangre;

así es que los comisarios notificaron al gobierno su intención de avanzar sin pedir la autorización para ello, deseando seguir en paz pero decididos a no modificar su resolución.

Tal era el ánimo con que el conde de Reus, autorizado por sus colegas, se trasladó a la Soledad el 19 de febrero, para tener allí una entrevista con el señor Doblado, ministro de Relaciones Exteriores, firmando en ella los preliminares destinados a fijar la situación respectiva y a servir de base a la línea de conducta que había de seguirse. El día 28, el ejército español emprendió la marcha. El almirante, a la cabeza de las tropas francesas, había ya comenzado su movimiento desde el 26, sin encontrar obstáculos formales ni hostilidades y, sin embargo, los dos ejércitos dejaron en el camino tristes huellas de su paso: enfermos, bagajes, caballos o acémilas, no pudiendo seguir la columna bajo un sol de fuego por horrorosos caminos; quedaban rezagados y daban a conocer todas las dificultades de la empresa.

S. E. añade que, si hubieran encontrado la guerra alrededor, hubiera sido posible un desastre y los gobiernos europeos habrían, sin duda alguna, pedido a sus generales severa cuenta de su conducta. En fin, españoles y franceses llegaron pacíficamente a sus acantonamientos de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, donde estaban comprometidos, dice S. E., a esperar el 15 de abril, día fijado para abrir las conferencias entre los plenipotenciarios aliados y los comisarios mexicanos.

El conde de Reus cita todos los argumentos, quizás muy poco fundados, que él tuvo que emplear para inducir al gobierno mexicano a aceptar esta fecha tan lejana.

Mr. de Saligny toma la palabra para decir que él es quien ha pedido con insistencia este retardo en el empezar las conferencias, a fin de tener el tiempo suficiente para recibir las instrucciones que esperaba de su gobierno.

El conde de Reus manifiesta que, en resumen, ni el tiempo pasado en Veracruz ni el que debe transcurrir hasta el 15 de abril, pueden calificarse de tiempo perdido, lo cual está comprobado por lo que se acaba de exponer. En fin, todo iba bien y era de esperar que se obtendrían por vías pacíficas todas las satisfacciones previstas en la convención de

Londres, cuando el paquete el mes de febrero llegó, trayendo al general Almonte, a don Antonio Haro y Tamariz y algunos otros desterrados, con lo cual arrojó la manzana de la discordia en el seno de la conferencia. En una visita hecha a S. E. por el general Almonte, le declaró este último sin ambages que contaba con el apoyo de las tres potencias, para cambiar en monarquía el gobierno establecido en México y que acaso antes de dos meses se realizaría. El comodoro Dunlop toma la palabra para decir que, algunos días después, el señor Almonte le hizo la misma declaración. S. E. el conde de Reus respondió al general Almonte que su opinión era diametralmente opuesta y que no debía contar con el apoyo de España; que México, constituido en República 40 años hace, debía necesariamente ser antimonárquico y no aceptaría jamás nuevas instituciones que no conocía y que eran contrarias a las que había adoptado y bajo las cuales vivía desde tan largo tiempo.

A la observación del general Almonte, que creía seguro el apoyo de las armas francesas, S. E. respondió que sentiría que el gobierno francés se comprometiese en México en una política que estaría en contradicción con la política siempre grande, justa y generosa del emperador; que, en el caso poco probable pero posible, de que las fuerzas francesas sufriesen un revés sosteniendo semejante empresa, S. E. tendría tanto pesar como si una gran desgracia hubiese sobrevenido a su país o a su propia persona; que, por último, pedía encarecidamente al general Almonte que no siguiera adelante, porque si marchaba solo, desterrado como estaba por un decreto justo o injusto, caminaba a su ruina y, si era escoltado por las tropas de una de las potencias aliadas, este hecho produciría una alarma cuyo resultado sería comprometer la buena política seguida hasta entonces por los comisionados.

Pronto, sin embargo, se supo en Orizaba y en Tehuacán la llegada de nuevas tropas francesas y, al mismo tiempo, se recibía la noticia de que, en virtud de las órdenes del general Lorencez, un batallón de cazadores servía de escolta al general Almonte y a sus compañeros en su tránsito de Veracruz y Tehuacán. En su consecuencia, el almirante Jurien creyó de su deber participar al gobierno de México, la resolución en que estaba de emprender el día 1º de abril el movimiento retrógrado, previsto

en los preliminares del convenio de la Soledad, si las conferencias no llegaban a producir un resultado satisfactorio.

El almirante Jurien toma la palabra para explicar cómo, en un principio, se había limitado a dar aviso, de un modo indirecto, de su resolución al gobierno mexicano y que sólo después de haber recibido una carta del general Zaragoza, que le quitaba toda esperanza de obtener en las conferencias de Orizaba un resultado favorable a los intereses y a la dignidad de la Francia, fue cuando dirigió a dicho gobierno una nota oficial sobre el asunto.

El conde de Reus observa que en aquella época únicamente se encontraban en Orizaba su colega de Inglaterra y él y que, al recibir la comunicación de S. E. el almirante, se preguntaron si asistía a los comisarios franceses el derecho de conceder escoltas a los enemigos del gobierno establecido en México y si el almirante podía obrar como obraba sin una resolución de la conferencia, porque ellos consideraban esta conducta como equivalente a una declaración de guerra y, al mismo tiempo, contraria al convenio de Londres y a los preliminares de la Soledad; que habían convenido en que los comisionados franceses no tenían derecho para adoptar aquella línea de conducta sin el consentimiento de sus colegas, por cuyo motivo había invitado inmediatamente a la conferencia a reunirse, con el objeto de decidir si en adelante se seguiría obrando con arreglo a las estipulaciones del convenio de Londres o de saber si los comisionados franceses habían recibido de su gobierno nuevas instrucciones que les impedían marchar en lo futuro de acuerdo con sus colegas, en cuyo caso cada cual podría proceder de la manera que juzgase correspondía mejor a las intenciones de su gobierno. “En cuanto a mí, añadió S. E., ruego a mis colegas se sirvan explicarse francamente sobre estos particulares, pues que son objeto principal de la conferencia de este día”.

S. E. el almirante Jurien replicó que no creía haber faltado en nada a las estipulaciones del convenio de Londres, ni tampoco a los preliminares de la Soledad. Creyó, sí, la protección concedida por el general Lorencez al general Almonte incompatible con la permanencia de las tropas francesas en Tehuacán. Mr. de Saligny añade que el buque que

trajo a su bordo al comandante del cuerpo expedicionario y a su Estado Mayor, había esperado cuatro días al general Almonte por orden del emperador. El almirante Jurien manifiesta que su retirada de Tehuacán no reconocía otro móvil que un escrúpulo de lealtad por su parte, sobre el cual no se creía obligado a consultar a sus colegas. Una vez de regreso con sus tropas a sus posiciones de Paso Ancho, se encontraba en un terreno neutral, donde le era permitido conceder al general Almonte toda la protección a que tiene derecho una persona, honrada con la benevolencia de S. M. el emperador.

El conde de Reus y Sir Charles Wyke expresan el deseo de que se entre detenidamente en el fondo de la cuestión y sostienen que los comisionados franceses no tienen el derecho de dispensar su protección a los enemigos del gobierno mexicano, en su propio territorio. No se ha venido a México a sostener la política particular de cada una de las tres naciones, sino únicamente la que se halla indicada en el convenio de Londres. Ninguno de los comisionados tiene el derecho de obrar en casos tan graves sin el consentimiento de sus colegas. El almirante repite que se reserva la interpretación del Tratado de Londres y que, desde luego, acepta toda la responsabilidad; añade que este derecho pertenece igualmente a cada uno de los comisionados, sin que esto pueda ligar en manera alguna a los gobiernos que concluyeron aquel convenio. Por lo tanto, los comisarios franceses obran en conformidad con la interpretación que juzgan más acertada y desde luego aceptan toda la responsabilidad de sus actos.

Sir Charles Wyke pide que se lea el artículo 2º del Tratado de Londres y el almirante Jurien persiste en creer, aun después de haber leído su lectura, que si ha habido alguna infracción del tratado no ha consistido ésta en la protección concedida al general Almonte, sino en la excesiva blandura y los grandes miramientos con que se ha tratado al gobierno de México; que, por la demás, esta política no parece haber sido juzgada favorablemente en Europa y que la marcha aconsejada por Mr. de Saligny hubiera estado, en su entender, más conforme con las miras del gobierno del emperador.

Sir Charles Wyke dice entonces que desde un principio se entablaron negociaciones con el gobierno *de facto*; que un cambio de actitud en la actualidad se considerará tal vez como una inconsecuencia y que la protección concedida a los individuos proscritos constituye una verdadera intervención en los asuntos interiores del país.

El almirante Jurien contesta que la protección dispensada al general Almonte se reduce a la protección del pabellón francés, que en ningún tiempo ni en ninguna parte ha dejado de amparar a los desterrados de cualquier país que fuesen; que esta protección no constituye en manera alguna la menor intervención en los asuntos interiores de la República y, una vez concedida, no hay ejemplo de que haya sido retirada.

El conde de Reus manifiesta que tal protección se dispensa a los vencidos y a los que se hallan en peligro, pero que no puede admitirse respecto a personas que vienen del extranjero con intenciones hostiles hacia el gobierno constituido, con el cual los aliados se encuentran en relaciones abiertas.

El almirante contesta que el general Almonte, que participaba de la opinión reconocida generalmente en Europa, de que la guerra iba a estallar en México, había venido no con intenciones hostiles, sino, por el contrario, animado de un espíritu enteramente pacífico y conciliador, para recomendar la concordia a todos los partidos, a quienes desde luego le recomendaban sus antecedentes y, para explicar a sus compatriotas las intenciones benévolas de la Europa con respeto a ellos, evitándose de esta manera cualquiera mala inteligencia y siendo el general Almonte digno de esta misión por los puestos que tan honrosamente había ocupado, sus relaciones en el país y el aprecio que de él hacía el emperador. Que las razones que en apoyo de su opinión había aducido el conde de Reus acerca de la imposibilidad de establecer una monarquía en México, parecíanle, por el contrario, favorables a este cambio radical de instituciones, puesto que las adoptadas hasta entonces por México no habían producido otro resultado que hacer al país presa de continuas revoluciones, conduciéndole al deplorable estado en que el presente se encontraba.

A esto, Sir Charles Wyke replica que considera extraño que el general Almonte hable en nombre de las tres potencias aliadas, cuando carece de todo carácter representativo por parte de Inglaterra y de España y de ningún modo es intérprete del Tratado de Londres.

El almirante Jurien no cree que el general Almonte haya nunca manifestado semejantes pretensiones y a esto responde el conde de Reus, recordando de nuevo la conversación que tuvo con el general Almonte en Veracruz y añadiendo que este último pretendía entonces haber ofrecido, en nombre de sus compatriotas, el trono de México al archiduque Maximiliano, el cual se había mostrado dispuesto a aceptarlo. Semejante declaración hecha al plenipotenciario de la reina, general en jefe de las fuerzas españolas, así como al señor comodoro Dunlop, no podía tomarse como una simple conversación y, como nada era más opuesto al espíritu de sus instrucciones que el proyecto en cuestión, le era de todo punto imposible cooperar a su éxito favorable. Los comisarios ingleses se adhieren por completo a la opinión manifestada por su colega de España.

Mr. de Saligny insiste en el punto siguiente, a saber: que es imposible negar que el objeto real y principal del convenio de Londres, fue el de alcanzar satisfacción de los ultrajes inferidos a los extranjeros por el gobierno mexicano y obtener de éste el cumplimiento de los tratados; que el sistema contempORIZADOR y de miramiento seguido hasta entonces, estaba juzgado por los sucesos que ocurrían todos los días, puesto que la tiranía, la violencia y la arbitrariedad habían redoblado y hecho absolutamente intolerables la situación de los extranjeros; que de esto eran suficiente prueba las reclamaciones sin cuento que diariamente recibía; que la actitud de las fuerzas aliadas parecía como que había excitado al gobierno de redoblar su audacia, que, por su parte, declaraba solemnemente que no quería entrar en tratos con dicho gobierno y que su opinión bien decidida era que se debía marchar sobre México.

El conde de Reus opina que es injusto lo que acaba de manifestar Mr. de Saligny y Sir Charles apoya esta opinión. Si el gobierno mexicano ha vacilado algunas veces en acceder a los deseos de los aliados, ha sido porque no podía considerar desde luego como amigas a las tres potencias que estaban en posesión del único puerto de donde sacaba todos sus

recursos; pero con más o menos vacilaciones, sus determinaciones han sido siempre satisfactorias. Hubo, sin embargo, un momento en que los plenipotenciarios de Inglaterra y de España pensaron que les era necesario cambiar de actitud para con el gobierno de México. En este sentido escribieron a Mr. de Saligny y al almirante Jurien, fundándose en la seguridad dada a Sir Charles en una carta de México, en la cual se decía que la contribución del 2% seguía gravitando sobre los extranjeros y en la amenaza hecha por el señor Doblado en carta que escribió al conde de Reus, declarando que volverían a interrumpirse las comunicaciones entre Veracruz y el interior del país, si no se entregaba la aduana a las autoridades mexicanas. Algunos días después, los ministros mexicanos, señor González Echevarría y don Jesús Terán, provistos de los correspondientes plenos poderes, se presentaban en Orizaba; prestaban oído a las quejas de los comisarios inglés y español; renunciaban después de muchas dificultades a la percepción del 2% sobre los extranjeros; prometían retirar el decreto que interceptaba las comunicaciones entre Veracruz y el interior y manifestaban el propósito que abrigaba el gobierno de acceder a todas las reclamaciones fundadas en justicia de las potencias aliadas. Si estas promesas no se hubiesen realizado en su día, tiempo sería entonces de declarar la guerra. Entretanto no debe hacerse, apoyándose en razones fútiles, que no tendrían justificación ante el gran tribunal del mundo civilizado. ¿Por qué motivo, añadió el conde de Reus, se niegan los plenipotenciarios franceses a dar crédito a aquellas solemnes promesas? ¿Por qué rehusan poner a prueba la sinceridad del gobierno mexicano, cuando sólo tendrían que esperar seis días?

El conde de Saligny persiste en su opinión y acepta toda la responsabilidad. Esta opinión la funda en los agravios cada día más numerosos que sufren sus compatriotas y de los cuales se quejan a la par que los españoles, de quienes ha recibido, no saber por qué motivo, un crecido número de reclamaciones que hubieran debido ser dirigidas al conde de Reus y le serán entregadas por su colega así que pueda abrir los paquetes donde se encuentran.

Sir Charles Wyke se admira de que la noticia de estos procedimientos vejatorios no hayan llegado a sus oídos y pregunta de qué naturaleza son y contra quién se han cometido.

Mr. de Saligny contesta que, como es natural, los súbditos franceses no han ido a la legación británica a exponer sus quejas.

Sir Charles Wyke desea saber si es cierto que Mr. de Saligny ha dicho que no daba a los preliminares ni el valor que tenía el papel en que se habían escrito y S. E. responde que nunca ha podido abrigar la menor confianza respecto a lo que provenía del gobierno de México, así en lo tocante a los preliminares, como a sus demás compromisos.

El comodoro Dunlop pregunta a Mr. de Saligny por qué puso su firma en aquellos preliminares y en qué consiste que no se considera ligado por ellos. A esto responde el comisionado francés, que no tiene que dar explicaciones a la conferencia sobre las razones que le movieron a firmar los preliminares, pero que se hubiese considerado solemnemente comprometido por la firma que estampó en ellos, si el gobierno de México no hubiera cuidado él mismo de rasgarlos de mil maneras los preliminares de la Soledad.

El conde de Reus interpela entonces a Mr. de Saligny sobre un hecho personal; este último había dicho al coronel Mendiña, gobernador de Veracruz y al señor Cortez, cónsul de España en dicho puerto, que si el conde de Reus censuraba el proyecto de una monarquía en México en favor del archiduque, era porque él mismo aspiraba a la corona de emperador en México, habiendo llegado hasta declarar que poseía la prueba de lo que avanzaba. El conde de Reus protesta enérgicamente contra semejante acusación; exige de su colega que se explique sobre el particular y añade que una versión tan absurda en boca del público no tendría importancia alguna pero que, viniendo de Mr. de Saligny, adquiriría un carácter en alto grado grave y, por último, que si la prueba de esto existía, exigía su presentación.

El comisario francés recuerda en efecto haberse expresado en este sentido, pero no hizo más que repetir lo que se decía alta y públicamente. Las pruebas a que se refería eran, en primer lugar, una carta de la cual tuvo conocimiento también el almirante y escrita por una persona afecta

en sumo grado a la candidatura del señor conde de Reus para el trono de México; en segundo lugar, las insinuaciones que podían hacer suponer que el emperador favorecía este proyecto y, por último, los artículos del periódico *El Eco de Europa*, a los cuales Mr. de Saligny no hubiese dado importancia alguna a no haber declarado el señor conde de Reus en la conferencia de Veracruz, que en dicho diario no se publicaba una sola palabra que no hubiese obtenido anteriormente la aprobación de S. E. Mr. de Saligny recuerda también que una frase del conde de Reus despertó vivamente su atención. Era esta frase que la candidatura de un príncipe austriaco para el trono de México era absurda; que quizás habría algunas probabilidades de éxito para un soldado de fortuna.

El conde de Reus declara que, al expresarse de esa manera, aludía a un soldado de fortuna mexicano; que jamás había autorizado a nadie para que pudiese imputarle un proyecto tan insensato, ni tampoco sostenerlo; que era muy cierto que en *El Eco de Europa* no se publicaba absolutamente nada que no hubiese recibido antes su aprobación, pero que no era menos que nada podría encontrarse en aquel periódico relativo a su candidatura para el trono de México.

Estas suposiciones le hieren vivamente. A ningún precio admitiría él a México con todas sus riquezas, aun cuando viniesen a ofrecérselo; porque prefiere con creces la posición que se ha creado en España y para él lo que más valor tiene en el mundo es el aprecio de su soberana y la estimación de sus compatriotas.

Habiendo manifestado los comisarios franceses que en todo esto nada había que pudiese herir al conde de Reus, replicó éste que era injuria a su lealtad bien conocida, al suponer que abrigaba en secreto semejante proyectos.

El conde de Reus manifiesta el deseo de que los comisarios se circunscriban al objeto primordial de la conferencia; es decir, que se decida si todos los comisionados seguirán procediendo de acuerdo con arreglo a los términos del convenio de Londres o si sus colegas de Francia piensan adoptar otra línea de conducta. Estos últimos contestan que seguirán conformándose escrupulosamente con el convenio antes

citado, pero que procederán con arreglo a la interpretación del mismo, que les parece más acertada, como es su deber y su derecho.

El secretario de la misión de España da lectura de una nota del señor Doblado que solicita el reembarque del general Almonte y de sus compañeros.

El almirante Jurien lee la respuesta de los comisionados franceses, los cuales no pueden acceder a los deseos del gobierno mexicano. Los comisionados de Inglaterra y de España no aprueban aquella contestación que, con objeto de obtener su aprobación, les comunica el almirante. El almirante Jurien declara que no ha visto nunca en ningún país del mundo, un sistema de terror semejante al inaugurado por el gobierno de México, bajo el cual gemían las poblaciones como bajo un yugo de hierro; allí aparece la opresión con sus formas más odiosas, arrancando con los pretextos más fútiles un padre a sus hijos, un hijo a su familia; despojando arbitrariamente a cuantos tienen bienes y ahogando las más tímidas manifestaciones de la opinión pública. Cita entre otros casos la destitución del general (López) Uruga y el arresto del general Zenobio, el cual ha estado a punto de ser fusilado por haber mantenido ligeras relaciones con los aliados, cuando ya se habían entablado las negociaciones.

Mr. de Saligny abunda en las apreciaciones de su colega, Sir Charles es de contraria opinión; cree que la mayoría del país es favorable al gobierno actual y que, con dificultad, se encontrarían partidarios de una monarquía.

El almirante Jurien hace abstracción de los proyectos relativos al archiduque Maximiliano; no se trata por ahora en manera alguna de monarquía; ésta es sólo una eventualidad que debe descartarse, en vista de la urgente necesidad que tiene el país de un gobierno moral y respetable, que no ahogue, bajo el peso de una opresión sistemática, la libre expresión de los deseos de la parte sana y moderada del país. Esta mayoría existe, pero tiene buen cuidado de no dejarse conocer y de manifestar su opinión, porque ha podido tener motivos para sospechar que los comisarios aliados le eran hostiles.

El conde de Reus contesta que no había motivos para suponer en ellos tal hostilidad; que en La Habana había declarado al general Miramón, al doctor Miranda y a un agente acreditado de Márquez y de Zuloaga, la intención en que estaba de tratar con el gobierno establecido en México y no con las guerrillas; les manifestó también claramente que en mano de éstas estaba el entrar pronto en México y constituir un gobierno, en cuyo caso se entraría con él en negociaciones; fácil les hubiera sido esto porque, a la sazón, todas las fuerzas del presidente Juárez se encontraban en las costas de Veracruz.

El almirante Jurien manifiesta que las personas verdaderamente dignas de interés son aquéllas que, no perteneciendo a las antiguas clasificaciones de los partidos extremos y estando desarmadas, se hallaban gimiendo en la capital, en las ciudades y en los diferentes distritos del país bajo la opresión reinante, sin atreverse a respirar y limitando sus deseos al restablecimiento de la tranquilidad y del orden; que ese partido, ansioso del apoyo de los aliados, aparecería en todas partes el día en que pudiese expresar con libertad sus sentimientos y que, bien informado sobre este punto el gobierno del emperador, quería que se emprendiese la marcha sobre México, siendo esta resolución la adoptada por los comisarios franceses.

A esto añadió Mr. de Saligny que sus compatriotas se veían también oprimidos y que había recibido muchas exposiciones reclamando la pronta marcha de las tropas francesas sobre México, único medio que alcanzaban los exponentes para considerarse seguros, poner un término a sus sufrimientos y evitar su completa ruina.

El comodoro Dunlop cree que los franceses existentes en México, verían con el más profundo disgusto la marcha de las tropas francesas sobre la capital. Sir Charles Wyke añade que, entre las personas que dirigen los negocios de la República Mexicana, hay miembros distinguidos del verdadero partido moderado y que la línea de conducta seguida hasta aquí por los comisarios era la más a propósito para consolidar un gobierno aceptable a los ojos de todos. Los comisarios de Inglaterra y de España juzgan que es imposible seguir de acuerdo, si sus

colegas no se conforman estrictamente con la convención de Londres y con los preliminares de la Soledad.

Mr. de Saligny contesta que si había alguna infracción de dichos preliminares, no debía atribuirse seguramente a los comisarios, sino al mismo gobierno mexicano.

Sir Charles Wyke vuelve a hablar sobre el convenio de Londres y el conde de Reus lee la réplica dirigida en el Senado francés por Mr. Billault a Mr. de Boissy acerca de los asuntos de México, cuyo sentido es que el referido Tratado de Londres determina la línea de conducta que han de seguir las potencias aliadas. El conde de Reus sostiene el derecho de los mexicanos a oponerse a toda alteración de sus instituciones, si se pretendiese imponerla.

El almirante Jurien declara que no abriga simpatías hacia un gobierno, al cual se viene a aconsejar paz y conciliación y sólo reconoce los miramientos que se han guardado con él, consintiendo sanguinarias ejecuciones y publicando edictos de proscripción.

Los comisarios de Inglaterra y de España declaran que no pueden proceder de acuerdo con sus colegas franceses, si el almirante persiste en llevar a cabo su movimiento retrógrado; determinación que no pueden menos de combatir enérgicamente, como contraria a los compromisos contraídos recíprocamente.

El almirante contesta que los armisticios siempre pueden declararse terminados, por cualquiera de las partes beligerantes. “Estoy obligado, dice, a retirarme en caso de ruptura; pero a nada más; hoy considero esta ruptura plenamente justificada y me retiro; mi resolución no compromete en nada a mis colegas y la tomo a consecuencia de la interpretación que doy al Tratado de Londres. Acepto, por lo tanto, la responsabilidad de tal medida ante mis colegas, ante mi gobierno y ante el mundo entero”.

El conde de Reus observa que no puede haber armisticio donde no ha existido guerra, a lo cual replica Mr. Saligny que la guerra existe desde el momento en que se tomó a Veracruz e insiste en considerar la marcha de las tropas francesas sobre México como indispensable a la seguridad de sus nacionales, víctimas uno y otro día de detestables

abusos, declarando una vez más su inalterable resolución de no volver a tratar con el gobierno del presidente Juárez.

Los comisarios de Inglaterra y de España replican, a su vez, que no conocen motivo alguno que pueda justificar una resolución semejante; que no les es posible aceptar la contestación de los comisarios franceses al general Doblado ni, por consiguiente, suscribirla. Al mismo tiempo declaran que, si sus colegas de Francia persisten en oponerse a la retirada de los desterrados mexicanos y se niegan a tomar parte en las conferencias que deben celebrarse en Orizaba el 15 de abril, adoptarán el partido de retirarse como una violación del Tratado de Londres y de los preliminares de la Soledad.

El almirante Jurien manifiesta entonces que cualquiera de las tres potencias que permanezca en México, puede obrar en pro de los intereses de los aliados; pero los comisarios de Inglaterra y de España contestan que únicamente a sus respectivos gobiernos toca resolver sobre este punto pues, en cuanto a ellos, no se hallan autorizados para aceptar semejante oferta.

Discútese enseguida el modo y la época en que las fuerzas inglesas y españolas deberían evacuar el territorio.

El almirante Jurien ofrece los buques de su escuadra para ayudar al transporte de las tropas españolas; pero el conde de Reus no cree deber aceptar este ofrecimiento, puesto que de La Habana se le enviarían los buques necesarios al efecto; manifestando también que, en todo caso, haría uso de los buques ingleses que había puesto a su disposición el comodoro Dunlop.

Antes de levantarse la sesión, se noticiaron al gobierno de México y al general Zaragoza, las resoluciones acordadas.

Esta acta fue leída en presencia de SS. EE. el conde de Reus, el almirante Jurien, Sir Charles Lennox Wyke y el comodoro Dunlop - hallándose ausente el conde de Saligny por haberse puesto enfermo- y aprobada por SS. EE.

ARTÍCULO DE *EL ECO DE EUROPA*,  
MOTIVO DEL INCIDENTE PRIM-SALIGNY

Una palabra y hemos concluido. Hay personas cuyo nombre es un programa; hay individualidades que son el símbolo de una gran empresa y la persona y el nombre el general Prim son el símbolo y el programa de esta expedición. México y el mundo entero le conocen y le admiran y más de un corazón mexicano palpita hoy con el solo recuerdo de sus maravillosas hazañas. Porque tenemos en él un noble capitán que la Grecia y Roma habría sido el fundador de una dinastía de reyes y que un día ha sabido resucitar la terrible poesía de los combates de Homero; tenemos ahí un paladín glorioso que como soldado es un rayo de guerra, un rayo de gloria y como hombre de Estado se muestra el amigo más sincero de todas las reformas políticas que hacen la felicidad de las naciones. En donde quiera que brilla su espada, la victoria es segura; en donde quiera que resuena su voz, el triunfo de la libertad y el progreso del siglo quedan asegurados. Si algo fuese posible añadir a la confianza inspirada por la grandeza de las potencias aliadas, México encontraría una nueva garantía en el conde de Reus.

El héroe de Castillejos desembarcó el 18 de enero y montó a caballo en el muelle, escoltado por valientes oficiales y por un brillante Estado Mayor, dirigiéndose al cuartel general, admirado por la multitud que se agrupaba a contemplarle con éxtasis.

A la llegada del general Prim, la ciudad tomó un aspecto de fiesta y de alegría que no se había visto hasta entonces. Su sola alegría siguió su curso y, después de su enérgico discurso, esa alegría siguió su curso y fue completada por la prontitud y la habilidad de sus medidas.

Para condenar nuestras observaciones y hacernos entender bien, nosotros personificamos el pensamiento de la expedición en uno solo de sus representantes, en el conde de Reus y nos es lícito el hacerlo sin

apariencias de vanidad nacional, porque el plenipotenciario español, aunque haya obrado siempre de acuerdo con los de las otras dos naciones, ha sido el móvil y el consejero de todas las medidas que se han adoptado; en una palabra, el alma de la empresa.

Y natural es que así suceda, porque el conde de Reus tiene el mismo origen que el pueblo cerca del cual la Europa se propone obrar y es natural también por otras razones que son exclusivamente personales....

Figurémonos al conquistador de África en medio de su brillante pléyade de guerreros, suspirando por el peligro y la gloria, a la cabeza de una falange de veteranos que le miran casi como a un dios. Contemplémosle ante un pueblo que le invita a los combates, que le provoca a medir su espada y podremos formarnos una idea de lo que le ha costado permanecer tranquilo enfrente de los campos de batalla y sacrificar sus instintos y sus hábitos en los altares de la paz, de la justicia, de la humanidad, con el fin generoso de ahorrar a México la efusión de sangre.

Esta conducta es lo solamente digna de admiración, sino que causará asombro en toda la Europa, en donde el conde de Reus es más conocido que aquí por sus hazañas fabulosas y su valor tan caballeroso. La Europa reconocerá difícilmente el héroe de Reus y de Tetuán en el tranquilo y prudente plenipotenciario de la Veracruz. Si el general Prim se hubiese dejado llevar por sus instintos belicosos el mundo nada habría visto de extraño, porque no hubiese hecho sino añadir un asunto más a su galería de cuadros heroicos y el mundo está acostumbrado a eso.

Lo que parece nuevo en su vida es el heroísmo de su paciencia y esto es un bien. La conducta del conde de Reus ha servido no solamente para disipar las dudas del gobierno mexicano, sino que ha ejercido una influencia mágica en el ánimo de las poblaciones.

En México dicen sus amigos que es el ángel exterminador, el ángel del consuelo, el león de la batalla, el semidios de la guerra y que, para hacer su retrato, Homero le habría comparado a Marte.

## SE ROMPE LA ALIANZA TRIPARTITA

Orizaba, abril 9 de 1862

A S. E. el señor Doblado,  
ministro de Relaciones Exteriores, etc., etc.

Los plenipotenciarios de S. M. la reina de la Gran Bretaña, de S. M. el emperador de los franceses y de S. M. la reina de España, tienen el honor de comunicar a S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, que, no habiendo podido ponerse de acuerdo acerca de la interpretación que debe darse, en las circunstancias actuales, a la convención de 31 de octubre de 1861, han resuelto adoptar en lo de adelante una acción completamente separada e independiente.

Por consiguiente, el comandante de las fuerzas españolas va a tomar inmediatamente las medidas necesarias para reembarcar sus tropas.

El ejército francés se concentrará en Paso Ancho, tan luego como las tropas españolas hayan pasado de esta posición; es decir, probablemente hacia el 20 de abril, comenzando en el acto sus operaciones.

Los infrascritos se apresuran a aprovechar esta ocasión para ofrecer a S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores, las seguridades de su alta consideración.

Charles Lennox Wyke

Hugh Dunlop

Alphonse (Dubois) de Saligny

E. Jurien (de la Gravière)

El conde de Reus

PRIM PIDE TRANSPORTES  
PARA QUE SALGAN LAS TROPAS ESPAÑOLAS

(Orizaba, 9 de abril de 1862)

(Señor Francisco Serrano)

En la conferencia que ha tenido lugar en el día de hoy entre los comisarios y las tres naciones aliadas, han declarado, abiertamente, los de Francia, que no seguirían tratando con el gobierno existente en México y que se hallan en el caso, en virtud de las órdenes de su gobierno, no sólo de seguir prestando su apoyo y protección a los emigrados Almonte, Haro y demás, sino de dar principio a las hostilidades sin esperar el día fijado para las conferencias con los ministros mexicanos.

Como esta línea de conducta es de todo punto contraria a la convención de Londres y a las órdenes recibidas de los gobiernos de España e Inglaterra por sus representantes, Sir Charles Wyke y yo, hemos resuelto retirar las fuerzas de nuestras respectivas naciones.

Ruego a V. E. tenga a bien disponer el envío a Veracruz del mayor número de buques posible, a fin de que se pueda llevar a efecto el reembarque de las tropas sin que se estacionen en dicho puerto más tiempo que el absolutamente necesario.

(Juan Prim)

LOS REPRESENTANTES FRANCESES  
SE NIEGAN A ALEJAR DE MÉXICO A ALMONTE

(A S. E. el señor Doblado,  
ministro de Relaciones Exteriores)

Los infrascritos, plenipotenciarios de S. M. el emperador de los franceses, tienen el honor de hacer saber a S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, en respuesta a su nota de 3 del corriente abril, en que reclama el alejamiento del señor general Almonte, que les es imposible acceder a esta demanda.

En el momento en que el general salió de Francia, el gobierno de S. M. el emperador no ponía en duda de que las hostilidades se hubiesen roto desde hacía mucho tiempo entre nuestros ejércitos y los ejércitos mexicanos. El señor general Almonte se ofreció entonces para ir a llevar a sus compatriotas palabras de conciliación y para hacerles comprender el objeto enteramente benévolo que se había propuesto la intervención europea. Estas propuestas fueron acogidas por el gobierno de S. M. y el general no sólo fue autorizado, sino invitado a venir a México para desempeñar esta misión de paz, a la que lo habían preparado bien sus honrosos antecedentes, su extremada moderación y la estimación de que no ha dejado de gozar, tanto en México como en las diversas cortes extranjeras en que ha representado a su país.

Llegado a Veracruz, se encontró el general en presencia de una situación que nadie había podido prever en Europa. Se había celebrado un armisticio y se habían entablado negociaciones. El papel del general no era por eso ni menos importante, ni menos fácil de definir. Era evidente que, después de las largas guerras civiles que han despedazado este país y cuando en varios puntos del territorio la resistencia armada agredía todavía las fuerzas del poder, la voz de un hombre extraño a las

pasiones de los partidos e investido de la confianza de uno de los gobiernos aliados, tenía derecho de pedir ser oída. Sin querer comprender el Supremo Gobierno de la República todas las ventajas que hubiera podido sacar en esta ocasión de una conducta más prudente y moderada, creyó no tener nada mejor que hacer para consolidar su situación que renovar los edificios de proscripción que tan tristemente recuerdan los días más aciagos de las revoluciones europeas. Esta deplorable resolución se notificó a los comisarios de las tres altas potencias. Los plenipotenciarios de S. M. el emperador de los franceses se abstuvieron de responder a ella y el señor general Almonte, cuya vida estaba amenaza hasta en Veracruz, siguió a Córdoba a uno de los batallones franceses que se dirigían a los acantonamientos de Tehuacán... El Gobierno Supremo de la República protesta hoy contra este paso y ha debido prever la respuesta de los plenipotenciarios del emperador. El pabellón francés ha abrigado ya a muchos proscritos. No hay ejemplo de que, una vez concedida su protección, haya sido retirada a los hombres que la habían obtenido.

Los infrascritos han tenido el sentimiento de tener que registrar, desde el día en que se concluyó la convención de la Soledad, nuevas vejaciones cometidas contra sus nacionales. Hasta bajo sus ojos se han adoptado medidas violentas con la mira de sofocar la expresión de los votos del país y de la verdadera opinión pública. Se esperaba así lograr alucinar a la Europa y hacerle aceptar el triunfo de una minoría opresiva, como el único elemento de orden y de organización que pudiérase todavía encontrar en México.

Los infrascritos están convencidos de que, si perseveraran en la vía a que los ha conducido el deseo de evitar la efusión de sangre, se expondrían a desconocer las intenciones de su gobierno y a volverse involuntariamente cómplices de esa compresión moral, bajo la que gime en el día la gran mayoría del pueblo mexicano.

En consecuencia, tienen el honor de comunicar a S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores, que las tropas francesas, dejando sus hospitales bajo la guarda de la nación mexicana, se replegarán más allá de las posiciones fortificadas del Chiquihuite, para recobrar ahí toda su

libertad de acción, tan luego como las últimas tropas españolas hayan evacuado los acantonamientos que ocupan hoy en virtud de la convección de la Soledad.

Los infrascritos tienen el honor de renovar a S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores, la seguridad de su alta consideración.

Orizaba, abril 9 de 1862.

Alphonse (Dubois) de Saligny

E. Jurien (de la Gravière)

## CABALLEROSA ACTITUD DE PRIM

Orizaba, abril 9 de 1862

Excelentísimo señor don Ignacio Zaragoza

Mi estimado general:

No habiendo podido ponerme de acuerdo con los comisarios de España, Francia e Inglaterra en la conferencia que han celebrado en este día, los representantes de Francia se han separado de la acción mancomunada a que dio lugar la convención de Londres y los comisarios de España e Inglaterra han resuelto la retirada de las fuerzas de sus respectivas naciones del territorio mexicano.

Las tropas españolas emprenderán su marcha para Veracruz lo más pronto posible, el 20 del presente mes, y los franceses se considerarán en libertad de poder obrar como bien les parezca, desde el momento en que la división española haya traspuesto el Paso Ancho.

Doy a usted este aviso en cumplimiento de lo que le ofrecí en mi carta de la Cañada y, a fin de que nunca se pueda echar en cara a los jefes de las fuerzas aliadas, que se han aprovechado de la circunstancia de hallarse desguarnecidas las posiciones del Chiquihuite. Con esta fecha pido a La Habana el suficiente número de buques, a fin de efectuar el reembarco de las tropas de mi mando, a la mayor brevedad posible.

Me repito, etc.

El conde de Reus

SUFRE ZARAGOZA AL SABER  
EL TRISTE ESTADO DE SUS TROPAS

Perote, abril 9 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía  
San Andrés

Estimado amigo y compañero:

Usted puede figurarse cuánto habré sufrido al saber el triste estado que guardan nuestras tropas; pero como ya preveía que habíamos de llegar a ese extremo, considerando los pocos y limitados recursos que el gobierno nos remitía, trabajé sin descanso por evitar las funestas consecuencias que indudablemente nos había de traer tan espantosa miseria; al fin he logrado que se me den omnímodas facultades para proveerme de lo necesario para la subsistencia de este cuerpo de ejército y, desde ayer que las recibí, me afano en inventar el medio de adquirir siquiera lo que nos baste para raciones de boca y forrajes de las caballerías y trenes, con lo que habremos logrado mucho.

La conducta, probablemente, llegará esta tarde y apenas alcanza para cubrir una sexta parte de socorros de todas las clases del ejército, separando lo que se ha calculado indispensable para la raciones de algunos días, mientras por medio de las facultades mencionadas se hace la requisición o colectación de las que se necesitan; de la cantidad que con el objeto indicado se separa, se mandan a usted 15,000 pesos, con los que se esforzará usted en proveer de rancho a todas las fuerzas de aquella línea, arbitrándose los medios de que no les falten provisiones, por la equitativa distribución de aquella suma y compra cómoda de los efectos.

Me parece muy oportuno que se sitúe en Tepeaca el cuerpo de carabineros, permaneciendo en Acatzingo el de defensores de la libertad; también apruebo la marcha del piquete del batallón de patria al pueblo de Acatlán.

El capitán Borjas me ha escrito que el señor Rosaenz anda divulgando que la multa de 100 pesos con que fue castigado por su insolencia ha sido una busca mía y que he abusado de las armas para enriquecer mi peculio por medios indebidos e indecorosos. No sé en qué se funde el señor Rosaenz para expresarse en términos tan injuriosos y, por lo mismo, recomiendo a usted llame al expresado capitán Borjes, se informe con él de lo que en contra de mi honor ha dicho Rosaenz y prevenga a éste muy seriamente se abstenga en lo sucesivo de producirse con tanta ligereza, en la inteligencia de que sabré castigarlo muy severamente, si no se contiene dentro de los límites de la razón y de la decencia.

No olvide usted que en la distribución de dinero para raciones hay que considerar también a las brigadas Rojo y Escobedo que se han de situar en Tehuacán.

Hoy mismo salgo para Jalapa, con objeto de expedir los recursos de que antes le he hablado y, tanto en esta ciudad como en cualquiera otra parte, cuente usted siempre con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

## VIBRANTE RESPUESTA DE DOBLADO A LOS ALIADOS

Palacio Nacional, México, abril 11 de 1862

A los señores comisarios de la Gran Bretaña,  
la Francia y la España

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación de la República Mexicana, tiene la honra de contestar a los señores comisarios de su majestad la reina de la Gran Bretaña, Su majestad el emperador de los franceses y su majestad la reina de España, la nota oficial que con fecha 9 del corriente le han dirigido desde Orizaba, participándole la ruptura del Tratado de Londres de 31 de octubre de 1861 y haciéndole saber que, en lo sucesivo, cada una de las potencias antes coligadas obrará separada e independientemente de las otras.

Siente profundamente el gobierno mexicano que un suceso tan inesperado impida que los señores comisarios cumplan las estipulaciones tan solemnemente pactadas en los preliminares de la Soledad, ya porque esa falta afecta directamente el crédito de las altas partes contratantes, ya porque el gobierno se lisonjeaba con la probable esperanza de que las negociaciones que iban a abrirse en Orizaba, conciliarían todos los intereses y producirían el bien inestimable de la paz, objeto capital de los trabajos del gabinete Constitucional.

Sin embargo, como México sabe apreciar en todo su valor la conducta noble, leal y circunspecta de los señores comisarios de la Inglaterra y de la España y como su deseo es apurar los medios conciliatorios y arreglar definitivamente sus relaciones exteriores con las potencias amigas, está dispuesto a entrar en tratados con los señores representantes de la Gran Bretaña y de la España, no obstante lo ocurrido

el día 9, pues ahora, como antes, tiene la mejor voluntad para satisfacer cumplidamente todas las reclamaciones justas de aquellas naciones, darles garantías eficaces para lo futuro y reanudar las relaciones de amistad y comercio que con ellas ha llevado, sobre bases firmes, francas y duraderas.

En cuanto a la injustificable conducta de los señores comisarios del emperador de los franceses, el gobierno mexicano se limita a repetir en esta vez lo que ya en otra ocasión ha protestado. México hará justicia a todos y satisfará a todas las peticiones justas y fundadas en el derecho de gentes. Pero defenderá hasta el último extremo su independencia y soberanía y, sin aceptar jamás el papel de agresor que nunca ha tenido, repelará la fuerza con la fuerza y defenderá hasta derramar la última gota de sangre mexicana las dos grandes conquistas que el país ha hecho en el presente siglo. La independencia y la Reforma.

El infrascrito aprovecha esta ocasión para ofrecer a los señores comisarios las muestras de su alta consideración.

Manuel Doblado

EL GOBIERNO MEXICANO DICE  
A LOS REPRESENTANTES FRANCESES  
QUE NO SERÁ EL PRIMERO EN AGREDIR

Palacio Nacional, México, abril 11 de 1862

A los señores comisarios de  
S. M. el emperador de los franceses

El infrascrito, ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación de la República Mexicana, tiene el honor de contestar a los señores comisarios de S. M. el emperador de Francia, el oficio que le han dirigido informándole que las tropas francesas se replegarán a Paso Ancho para recobrar su libertad de acción, tan luego como las españolas hayan evacuado sus actuales acantonamientos, fundando este procedimiento en su resolución de proteger al traidor don Juan N. Almonte.

La violación de los preliminares de la Soledad, consumada por los señores comisarios franceses a la sombra de un pretexto casi pueril, es injustificable examinada a la luz del derecho internacional.

Ni el Gobierno Constitucional, ni la nación mexicana, han tenido noticia oficial o extraoficial, de la misión que los señores comisarios atribuyen en su nota citada al traidor Almonte y el primer aviso que de ello se tiene es la aseveración de los señores comisarios.

Lo que se sabía hace algún tiempo por la voz pública, era que el traidor Almonte, engañando con sus falsos informes a S. M. el emperador de los franceses, trabajaba asiduamente por atraer sobre su patria una invasión armada extranjera que sirviese de apoyo al bando reaccionario vencido en este país, más que por las armas, por la fuerza irresistible de la voluntad general.

Estas voces se convirtieron en hechos plenamente justificados después de la llegada del traidor a Veracruz, porque entonces adquirió la autoridad nacional datos fehacientes de que aquél se ocupaba en conspirar contra el orden legal, generalmente reconocido en la República y en estimular con todo género de intrigas y de promesas, a las bandas de forajidos que merodean en algunos puntos montañosos.

Usando de su derecho de soberano y aplicando leyes vigentes expedidas con anterioridad, el gobierno mexicano declaró traidor y puso fuera de la ley a don Juan N. Almonte, sin que jamás pudiera ocurrirle que este acto de administración interior, exclusivamente suya, fuese arrebatado como un motivo de rompimiento por los mismos comisarios que el 19 de febrero, al firmar los preliminares de la Soledad, se comprometieron solemnemente ante el mundo civilizado, a respetar la soberanía del gobierno mexicano y a no ingerirse en ningún acto de su administración interior.

La confesión que los señores representantes de la Francia hicieron en los preliminares, reconociendo la legitimidad del Gobierno Constitucional y su general aceptación en la República, es abiertamente contradictoria a las especies que ahora vierten en su nota del día 9, atribuyendo la subsistencia de esta administración al triunfo de una minoría opresiva. Esa contradicción notoria, hace dudar de la sinceridad de la primera confesión de los señores comisarios y revela bien el origen poco digno de la segunda.

El infrascrito tiene el sentimiento de rechazar como inexactas las proposiciones de los señores comisarios, en que aseguran haberse cometido nuevas vejaciones contra sus nacionales, después de los preliminares de la Soledad. Ningún hecho notable de esa clase han participado las autoridades subalternas; ni ha ocurrido alguno, habrá sido de tan poca importancia, que no se ha creído conveniente denunciarlo a la autoridad suprema.

Los señores comisarios franceses han tenido libertad y oportunidad para haber reclamado cualquiera falta y su silencio hace presumir que nada ha habido que preste materia a una reclamación.

El gobierno mexicano ha estado y está todavía dispuesto a agotar los medios conciliatorios para llegar a un acomodamiento pacífico, cuya base sea los preliminares de la Soledad. Ha cumplido, por su parte y cumplirá en lo sucesivo, con las obligaciones que se impuso en aquellos preliminares, porque comprende cuánto lastima una deslealtad el honor de la nación. No agredirá el primero, porque sigue fielmente el principio de respetar las nacionalidades, mientras no recurran a otros medios que los de las convenciones. Pero el Gobierno Constitucional, depositario de la soberanía y guardián de la independencia de la República, repelerá la fuerza con la fuerza y sostendrá la guerra hasta sucumbir, porque tiene conciencia de la justicia de su causa y porque cuenta con que esa contienda lo ayudarán poderosamente el valor y el amor a la patria, característicos en el pueblo mexicano.

El infrascrito presenta a los señores comisarios del emperador de los franceses, las seguridades de su atenta consideración.

Manuel Doblado

ALATRISTE ES DERROTADO  
POR LOS REACCIONARIOS

Puebla, abril 11 de 1862

Telegrama recibido en México, abril 11 de 1862, a las diez y treinta minutos de la mañana

Excelentísimo señor presidente:

Se confirma la derrota del general Alatraste, según comunicaciones del comandante de Atlixco que transcribiré. He invitado al general Arteaga a que auxilie a la guarnición de Matamoros que seguía defendiéndose y al cuartel general de Oriente para su conocimiento, porque este pasajero triunfo es de gran trascendencia si el enemigo se le deja cobrar bríos.

Al señor ministro de Guerra digo lo demás para conocimiento del Supremo Gobierno.

Anoche pasó un extraordinario para usted de Chalchicomula.

(J. María) González Mendoza

## MUERE EL GENERAL CÁSTULO ALATRISTE

Matamoros de Izúcar, abril 11 de 1862

Excelentísimo señor doctor don Francisco Javier Miranda  
(La Habana)

Señor de mi particular cariño:

Con el mayor placer he recibido hoy su muy grata de 27 del próximo pasado y me he impuesto también de la que con propia fecha se sirvió usted dirigir al excelentísimo señor presidente don Félix Zuloaga; quedo enterado de todo y, en contestación, le manifiesto que parece que le hemos adivinado a usted sus deseos, porque todos los estamos realizando al pie de letra.

No sólo hemos conservado nuestras fuerzas sino que las hemos aumentado; hemos tomado este rumbo como usted ve y seguiremos su plan según con anterioridad le tengo dicho. Y, sobre todo, hemos hostilizado al enemigo tenazmente y con el mejor éxito porque la Providencia nos ha protegido de una manera maravillosa.

Hace pocos días sitiábamos en Teloloapan a Pinsón, haciéndole sufrir todas las penalidades de su difícil situación, en que perdió casi toda su guarnición. Y ayer hemos obtenido una doble victoria, dando a un mismo tiempo dos batallas que ganamos redondas.

Es el caso que hallándose guarnecida esta plaza con tropas enemigas venimos a batirla; nuestros contrarios ocuparon su línea fortificada, pero nosotros se la tomamos desde luego y lo dejamos reducido al centro de sus posiciones que era el magnífico Convento de Santo Domingo, edificio que por sí solo forma una fortaleza muy difícil de tomarse. Esto fue desde antenoche, Ayer por la mañana siguieron las

operaciones y en los momentos de dar nosotros el asalto con las columnas, se presentó a las orillas de la ciudad don Miguel Cástulo Alatrístre, con una fuerte brigada de las tres armas, que venía en auxilio de los sitiados. Nosotros en el acto mismo dividimos nuestras fuerzas, continuando con unas las operaciones de plaza y emprendiendo con otras el batir a Alatrístre.

Éste tomó desde luego la cumbre del Cerro del Calvario que domina esta población y desde allí comenzó su ataque contra las fuerzas nuestras que habían salido a su encuentro, dirigiéndonos además con su artillería algunas granadas al centro de la plaza. Sin embargo nosotros dimos por fin el asalto, lanzando nuestras columnas de ataque sobre las posiciones de Santo Domingo; nuestros valientes penetraron hasta el cementerio y allí se trabó el combate más encarnizado. Entretanto, Alatrístre fue batido por su derecha por la división de caballería del general Vicario; por su izquierda por la del general Montañó; por su espalda por la del general Herrán y por mi frente por otras fuerzas; mucho se empeñó la lucha; mucho se disputó el terreno porque era muy ventajosa la posición del enemigo; pero al fin se le derrotó completamente, quedando en nuestro poder casi toda su fuerza prisionera incluso el mismo Alatrístre, después de perder sus principales jefes, artillería, parque y demás pertrechos de guerra.

La cuestión seguía muy empeñada en Santo Domingo, ganando nuestros soldados el terreno palmo a palmo hasta las siete y media de la noche en que se rindieron los sitiados, pidiendo la garantía de la vida que les fue concedida, dándoles, además, la libertad para volver al seno de sus familias, asegurados con el pasaporte y salvoconducto respectivo de este cuartel general. Todo su armamento, parque, cañones y demás pertrechos quedaron en nuestro poder. Y esta mañana, a las diez de ella, don Miguel Cástulo Alatrístre sufrió el castigo que le impuso la ley con todas las formalidades de ordenanza, después de haberse dispuesto cristianamente, de haberse retractado por escrito de sus errores y de haber prevenido en su testamento que se devolviese a la Iglesia todo lo que le había usurpado. Además, dio parte de la batalla a su llamado gobierno, haciendo justicia al mérito de nuestras valientes tropas con la cual quedó

concluida la jornada. El bizarro general José María Cobos, acudiendo instantáneamente a todas partes, dio una nueva prueba de su valor, pericia y actividad, cuyas cualidades son tan conocidas en el país.

Respecto del plan de que usted se sirvió hablarnos en su última grata de fines de febrero, ya le dije a usted que estoy en todo conforme y que con el mayor gusto ejecutaré cuanto se sirve decirnos, porque en ello veo la salvación de nuestra adorada patria. Para verificarlo, sólo esperamos poder ponernos al habla con usted y esto, como usted sabe, será dentro de muy pocos días.

Tengo una verdadera aflicción por el quebranto de la importante salud de usted que tanto interesa a su patria y a sus amigos y deseo, con todo mi corazón, que se restablezca usted completamente cuanto antes, para bien del país y satisfacción de los que nos honramos en profesarle un verdadero cariño.

Ruego a usted que nos tenga al tanto de cuanto ocurra por ese rumbo, teniendo presente que sus noticias han de normar nuestras operaciones.

Sin más por hoy me repito de usted afectísimo amigo que mucho lo aprecia y b. s. m.

Leonardo Márquez

LEONARDO MÁRQUEZ SE ADHIERE A ALMONTE

Matamoros Izúcar, abril 11 de 1862

General (Juan N.) Almonte

Muy señor mío y fino amigo:

Doy a usted las más expresivas gracias por el recuerdo con que se sirvió favorecerme en la muy estimable carta del excelentísimo señor doctor Miranda, fecha 27 del mes pasado. Con anterioridad he tenido el placer de escribir a usted algunas cartas, que supongo habrán llegado a sus manos.

Excuso hablar a usted de los asuntos del país y del remedio que necesita, porque todo lo conoce usted mejor que yo. Afortunadamente para los mexicanos, la Providencia ha dispuesto que sea usted el salvador de nuestra adorada patria, lo cual me llena de regocijo.

Según le habrá dicho a usted el excelentísimo doctor Sr. Miranda, tengo esperanza de darle a usted pronto un abrazo.

Y, entretanto, me repito de usted afectísimo amigo que lo aprecia y  
b. s. m.

Leonardo Márquez

## ZULOAGA HACE A UN LADO A MÁRQUEZ

Izúcar de Matamoros, abril 11 de 1862

Excelentísimo señor doctor don Francisco Javier Miranda

Mi muy querido amigo:

En este momento ha sido en mi poder la grata de usted de 27 del pasado, que me dirige desde Córdoba. Por ella quedo satisfactoriamente impuesto del cambio de política de los aliados respecto del gobierno de Juárez y esto me hace confiar en que la felicidad de nuestra cara patria está muy próxima.

Instalado mi gobierno y palpando de mil maneras los inconvenientes que presentaba a los adelantos de la causa la existencia del generalato en jefe de todo el ejército que ponía una potencia frente a otra y que era una rémora para los adelantos de la marcha de la administración, me determiné a suprimirla y reasumiendo el gobierno su poder se formó de las tropas de este rumbo un cuerpo de ejército de operaciones, el cual he confiado al valiente y acreditado Pepe Cobos, lisonjeándome altamente los buenos resultados que ha dado este paso, por la inauguración que ha tenido con el triunfo que obtuvimos ayer sobre Alatríste, el cual fue fusilado hoy.

Las demás fuerzas existen en su demarcación y los señores generales Mejía, Gutiérrez, José Argüelles, Buitrón, etc., se entienden directamente con el ministerio y camina todo perfectamente, porque cada cual obra en el círculo de sus atribuciones y aspira por su parte a adelantar y adquirir nuevos laureles.

Por lo expuesto verá usted que nos hemos anticipado a sus deseos, aproximándonos y extorsionando al enemigo; sólo quedando en espera de

los movimientos de los aliados para normar los nuestros y cooperar, en cuanto nos sea posible, al completo triunfo de nuestros principios que, como he manifestado a usted en mis anteriores, son los mismos de ustedes.

Adjunto a usted una cartita para el excelentísimo señor general Almonte y las copias del parte de Pepe Cobos, de la capitulación de las tropas de esta plaza y la retractación que hizo Alatraste del juramento de la Constitución.

Sin más por ahora, disponga usted, como siempre, del sincero afecto de éste su amigo q. b. s. m.

Félix Zuloaga

ES NECESARIO LA UNIDAD DE MANDO  
EN EL EJÉRCITO

Perote, abril 12 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía  
Chalchicomula

Estimado amigo y compañero:

Usted sabe muy bien que están rotas las hostilidades con los franceses, que indudablemente éstos obran de acuerdo con los reaccionarios y que es imposible que en un ejército bien organizado mande más de una persona, como está sucediendo entre nosotros, dando órdenes el gobierno por una parte, moviéndose otros por su propia autoridad y disponiendo cada uno lo que le parece; no sé lo que pasa; mas, sea lo que fuere, mi responsabilidad para ante la nación es inmensa y oficialmente, digo a usted que de hoy en adelante no se mueva ningún soldado de donde yo lo sitúe, sin que para ello preceda mi orden; en los mismos términos digo a usted que las brigadas Rojo vuelvan a Tehuacán y las de Arteaga y Álvarez a Tecamachalco, permaneciendo todo como antes estaba.

Según las comunicaciones el gobierno operan en persecución de los facciosos fuerzas suficientes y, por lo mismo, a nosotros nos basta cubrir nuestras posiciones a que apenas podemos atender del enemigo exterior y del interior, para lo que es de todo punto necesario que los campamentos de este cuerpo de ejército subsistan firmes y bien organizados, con tanta mayor razón cuanto que por las mismas noticias que usted me comunica en su última de esta fecha, ha comenzado ya la retirada de los españoles, aproximándose por momentos el choque con los franceses.

Ya doy orden para que emprenda su marcha la brigada de Ameche que situaremos convenientemente.

Ofrecí a usted mandar 15,000 pesos para raciones, verdadero propósito de ejecutarlo así; pero el mismo gobierno después de que nos manda muy poco dinero, da órdenes para que se disminuya en el camino como lo ha hecho el señor Mendoza; por esto y no por falta de sinceridad mía ni por culpa del comisario, se han mandado a usted 10,000 pesos en lugar de 15,000, pues fue necesario deducir, como cantidad negativa, 6,000 de que se había dispuesto en Puebla.

Mañana o pasado tendrá el gusto de verlo su afectísimo amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

Hágame usted favor de que me busquen una casa sola para alojarme, porque ya enfadaré a la familia Couttolenc.

EL GOBIERNO MEXICANO POR DECRETO,  
DA INSTRUCCIONES PARA RECHAZAR  
LA INVASIÓN FRANCESA

El ciudadano presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que en uso de las facultades de que me halle investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1. Desde el día en que las tropas francesas rompan las hostilidades, quedan declaradas en estado de sitio todas las poblaciones que aquéllas ocuparen y los mexicanos que quedaren en ellas durante la ocupación serán castigados como traidores y sus bienes confiscados a favor del tesoro público, salvo que haya motivo legalmente comprobado.

2. Ningún mexicano desde la edad de 20 años hasta la de 60 podrá excusarse de tomar las armas, sea cual fuere su clase, estado y condición, so pena de ser tratado como traidor.

3. Se autoriza a los gobernadores de los estados para que expidan patentes para el levantamiento de guerrillas, discrecionalmente y según las circunstancias, pero las guerrillas que se encontraren en lugares distantes 10 leguas del punto donde haya enemigos, serán castigadas como cuadrilla de ladrones.

4. Se autoriza igualmente a los gobernadores de los estados para que dispongan, siempre que el caso lo exija; de todas las rentas públicas y para que se proporcionen los recursos que necesiten de la manera menos onerosa posible.

5. Los franceses pacíficos residentes en el país, quedan bajo la salvaguardia de las leyes y autoridades mexicanas.

6. Sufrirán la última pena como traidores todos los que proporcionen víveres, noticias, armas o que de cualquiera otro modo auxilien al enemigo extranjero.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y observe.

Palacio Nacional de México, a 12 de abril de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano Manuel Doblado, ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes.

Libertad y Reforma. México, etc.

(Manuel) Doblado

CIRCULAR DE LA SECRETARÍA DE RELACIONES  
Y GOBERNACIÓN A LOS GOBERNADORES  
EN QUE AVISA QUE LAS TROPAS FRANCESAS  
VAN A INICIAR LAS HOSTILIDADES

Cuando los dos ciudadanos ministros comisionados por el Supremo Gobierno iban a salir para Orizaba con objeto de abrir las negociaciones iniciadas en los preliminares de la Soledad, se han recibido en el ministerio de mi cargo dos comunicaciones oficiales procedentes de los señores comisarios de las potencias aliadas. Una en que informan que, en lo sucesivo, cada comisario obrará independientemente de los otros, por no estar de acuerdo entre sí acerca del modo de llevar a efecto el Tratado de Londres y otra en la cual los señores Jurien y Saligny, representantes del emperador, anuncian que las tropas francesas volverán a Paso Ancho par recobrar su libertad de acción, es decir, para comenzar las hostilidades contra las tropas de la República.

Por exigirlo así la importancia de esos documentos, se remiten a usted ejemplares impresos de dichas comunicaciones y de la respuesta que a ellas ha dado el Gobierno General.

Está, pues, descorrido el velo que encubría la política francesa y México sabe ya a qué atenerse respecto de los que venían ofreciéndole intervención amistosa y pacífica, con la mira solapada de arrebatarle su independencia y su libertad.

Los señores comisarios de la Gran Bretaña y de la España, fieles a los pactos contraídos en la Soledad, se separan, obrando con una cordura y una justificación que acreditan bien que su intención no ha sido otra que la que han manifestado desde su llegada; esto es, contribuir a la pacificación de México y asegurar para lo futuro el cumplimiento de sus respectivos tratados.

El Gobierno Constitucional comprende a fondo toda la grandeza y la dignidad de esta conducta y corresponderá a ella, distinguiendo a esas dos naciones amigas con testimonios de gratitud y de benevolencia, que estrecharán de un modo duradero los antiguos vínculos que con ellas le han unido.

Los comisarios franceses, careciendo hasta de pretexto para faltar a lo que prometieron a la Soledad, se apoderan de un renegado mexicano y degradan su bandera cubriendo con ella al traidor, que vuelve a su país, trayéndole en cambio de los beneficios de que le ha colmado, la guerra extranjera, nuevo combustible para atizar la guerra civil que estaba al extinguirse.

Es una fortuna para México haber traído la cuestión a este terreno y encontrarse frente a frente de una situación tan grandiosa. El pueblo mexicano conquistó su independencia sin auxilio extranjero y ha dejado una historia de su insurrección, que parece una epopeya por los rasgos sublimes de patriotismo de que está sembrada.

El pueblo mexicano conquistó la Reforma con una heroicidad y una moderación el día del triunfo, que han merecido la admiración de los contemporáneos imparciales y, sin otra ayuda que su fe en las ideas del siglo, abatió al coloso clerical, respetando la religión. Marcó el hasta aquí a los abusos y enalteció el dogma, emancipándolo de la liga de oro que la unía con el poder civil.

El pueblo mexicano que en pocos años ha consumado dos obras tan grandes, no puede ser esclavizado por ninguna nación del mundo y puede luchar y luchará en esta vez, como en otras, para probar que tiene vida para ser independiente, que tiene inteligencia para ser progresista, que tiene valor para defender el suelo en que le colocó la Providencia.

La Francia es la nación que menos motivos de queja tiene respecto de México. Su deuda, por insignificante, no merece ese nombre. Sus nacionales, simpáticos por organización con los mexicanos, son ya nuestros hermanos y la revolución reformista los identificó con nosotros, asimilando sus sufrimientos y sus intereses con los nuestros. Francés, liberal e ilustrado, son sinónimos; son los títulos de fraternidad para con los mexicanos liberales.

¿Cómo, pues, ha podido cambiar la bandera francesa sus timbres de libertad y de gloria, por los de retroceso, traición y deslealtad?

El gobierno mexicano se siente fuerte, porque se siente justo; se ha conducido en el curso de las negociaciones con la mesura y circunspección que ha visto todo el mundo y, aunque ocupado su primer puerto, no ha roto las hostilidades, manteniéndose en la actitud firme del que está dispuesto a hacer justicia, pero firmemente decidido a no dejarse arrancar su independencia y su soberanía.

Bajo esta inteligencia, se han dictado ya las órdenes correspondientes al ciudadano general en jefe del ejército de Oriente, para que vigile las operaciones del ejército francés y obre con arreglo al plan que de antemano se le tiene aprobado, para rechazar la agresión; pero el ciudadano presidente me manda encarezca a usted la apremiante necesidad de que usted haga venir, a la mayor brevedad posible, el contingente señalado a ese estado y ponga sobre las armas a la guardia nacional. Cuando se trata de guerra extranjera, todos los mexicanos, sin excepción, son soldados y la caja del ejército es la propiedad de todos y cada uno de los hijos de la República.

El Supremo Gobierno recomienda a usted, bajo su más estrecha responsabilidad, el cumplimiento del decreto que hoy se ha expedido, siendo tanto menos disculpable cualquiera omisión de parte de esa autoridad cuanto que, como usted verá, se conceden a usted amplias facultades para obrar si dilación.

Se recomienda a usted, finalmente, la publicación y circulación de todos los documentos oficiales que atestigüen el uso que el Ejecutivo ha hecho de las hostilidades que le concedió el Legislativo, para que la nación entera se satisfaga de que el gabinete, reservado cuando ha convenido el buen éxito de las negociaciones, no ha hecho nada que deba ocultarse a los ojos de sus comitentes, pues tiene el orgullo de haber salvado la independencia, la libertad y el buen nombre de la República.

Libertad y Reforma. México, abril 12 de 1862.

(Manuel) Doblado

ENÉRGICA Y SENSATA RESPUESTA DE PRIM  
A TENDENCIOSA CARTA DE SERRANO

(Orizaba, 12 de abril de 1862)

(Señor Francisco Serrano)  
(La Habana)

Recibo la de usted del 7 y le veo a usted alarmado por las consecuencias fatales que puede tener para nuestra patria si se llegase a realizar la retirada de las tropas españolas del suelo mexicano. Declaro, mi general y noble amigo, que no comprendo semejantes temores ni menos los de que dicha retirada causará la caída del gabinete O'Donnell.

Si la carta a que contesto fuera escrita de letra de usted, aseguro que me hubiera preocupado muy hondamente; pero, escrita por mano extraña, quiero creer que usted ni la ha dictado siquiera; mas, digo, que cuando se la leyeron estaba usted preocupado por otro de los muchos asuntos que tiene usted que atender; pues de otro modo no es posible que hubiese usted admitido por buenos ciertos argumentos completamente erróneos.

Que mientras nosotros nos presentamos en son de paz, dice usted, “las autoridades de Tampico expulsan violentamente a los españoles allí residentes”. Seamos justos ante todo, mi general, ¿Se puede decir que fuimos a Veracruz en son de paz? ¿Quién mejor que usted sabe las órdenes absolutas que llevaban los generales de las fuerzas navales y de desembarco que allí fueron? ¿Quién mejor que usted conoce la actitud valiente de aquellos generales delante de la plaza, a cuya actitud se debe sin duda el que se entregara? ¿Qué tiene, pues, de particular que en cuanto se supo en la República que la bandera de España ondeaba en San Juan de Ulúa se desterraran de tal o cual punto a los españoles allí

residentes? Lo admirable fue que en el interior no hubiera muchas víctimas y tanto más sabiendo que el número en que las tropas españolas llegaron a Veracruz no era bastante para marchar o tomar venganza de los atropellos que hubiesen cometido contra nuestros conciudadanos. ¡Cierta diplomático le escribió a usted hace unos meses que seis mil hombres bastarían para marchar sobre la capital, arrollando cuantos obstáculos se les opusieran! Ese diplomático no estaba en su razón cuanto tal dijo; estaría soñando sin duda. Por fortuna que usted en su inteligencia militar no admitió semejante absurdo, pues a no ser así hubiéramos dado la segunda edición del drama de Tampico cuando la expedición de Barradas. Lo que usted ha tenido la bondad de decirme hace unos días es lo que se necesitaba en este país para poder operar con energía y rapidez; 30,000 hombres con todo el material necesario y adelante.

“Mientras los aliados celebran tratados conciliadores, el gobierno de Juárez decreta nuevos empréstitos forzosos contra los europeos”, dice usted también. Cuando se decretó el tal empréstito no se trataba, se había tratado. Sin embargo, reclamé y en el acto se suspendió la percepción del empréstito, a pesar de que las dos únicas casas españolas comprendidas, las dos las forman capitales de súbditos españoles y mexicanos como la mía, que fue una de las tantas. La contribución del dos y medio por ciento fue decretada a poco de llegar los españoles a Veracruz y fue general a mexicanos y extranjeros. Los efectos que suspendieron también en cuanto reclamamos.

“Mientras vamos a México a establecer la tranquilidad en el país y la concordia en los ánimos, se fusila al general Robles”. ¿Pueden creer los mexicanos que vamos a tranquilizar el país cuando en el centro de los batallones, llevando al general Almonte y compañía, llevamos el mayor germen de la discordia, puesto que esos señores han dicho en alta voz que vienen a destruir el régimen político existente hace 40 años, para sustituirlo con la monarquía en favor de la Casa de Austria? Después de lo dicho ha de saber usted que el desgraciado Robles a quien yo procuré salvar y salvado estaba a no haber llegado tarde la orden de suspender la ejecución dada por el ministro de Justicia que se encontraba entonces

aquí, era el agente reconocido de Mr. de Saligny, quien ya en otra época tomó sagrado en la casa del ministro del emperador y que, por último, habiendo dado su palabra de honor de que permanecería en tal punto del otro lado de la capital, faltó a su palabra y se vino disfrazado hacia donde estaban los franceses. ¿Se le puede hacer un cargo al gobierno que defiende su existencia y la de las instituciones vigentes? El mismo argumento que usted, calcado, me hizo al almirante y luego lo repitió Mr. de Saligny y a los dos les contesté ¿qué haría el gobierno de España si mañana se presentase Cabrera en la frontera escoltado por los franceses pregonando que venía a destruir el trono de la reina y su dinastía? ¿Qué diría si con las mismas condiciones se presentase un republicano pregonando la destrucción de la monarquía para establecer la República? El gobierno español atacaría a sangre y fuego a quien tal osara y procuraría acabar con ellos y con sus cómplices. Y ¿qué haría el gobierno del emperador si, por ejemplo, el general Mangannier se presentase en cualquier punto de Francia apoyado por los ingleses preconizando que venía a destruir el imperio de Napoleón III para establecer la República? Le pegaría cuatro tiros a él si fuese habido, como se los pegaría a sus cómplices y estaría en su derecho de obrar así.

“Mientras las expedicionarias permanecen pacíficas en sus acantonamientos, las de Juárez ejecutan a un oficial español”. Mi general, creo que usted es el único hombre en España y en el mundo que me puede hacer semejante cargo sin que le conteste con irritación. ¡Don Juan Prim permitir que las tropas de Juárez ejecuten a un oficial español! Si tal hubieran hecho... Pero ¿para qué decir cómo hubiera yo contestado a tan sangriento agravio si usted lo sabe? Esto y otras cosas se las ha escrito a usted Mr. de Saligny y, tanto es así que se está viendo la traducción ¡y usted le da crédito a ese señor!... La desgraciada muerte del abanderado del Isabel II, no fue el resultado de una ejecución por las tropas de Juárez, fue un asesinato que tuvo lugar en el camino de hierro de la Tejería, en la parte honda; iba solo, murió de un machetazo en el cuello; fue un asesinato como los hay en las calles de París, de Madrid y de La Habana.

“No es extraño que los plenipotenciarios de Francia se muestren impacientes para obrar y consideren roto el Tratado de la Soledad”. A los ministros de Francia les importan un comino todas esas cosas, de las cuales no hablarían ni una palabra si tuvieran cosas de más bulto en qué apoyarse. Lo que ellos quieren es romper el fuego para armar al partido reaccionario y juntos destruir al liberal, pues así tienen la seguridad de que una asamblea de notables pedirá al monarca austriaco. Los comisarios franceses, conociendo la mala situación en que quedan, sienten que las tropas españolas se retiren; quisieran que hiciéramos la campaña juntos, pero siendo instrumentos de sus miras y la España está, ya por fortuna, en estado de no ser juguete ni instrumento de ninguna otra nación, por poderosa que sea.

Cuando la expedición, por ser nuestro contingente el más fuerte tenía más carácter español que aliado, yo no hice nunca sentir la superioridad a mis colegas y camaradas y, galantemente, les cedí el paso en todas ocasiones, empezando por la colocación de las banderas en el castillo y la plaza. Se lo cedí en las marchas y en el consejo y hasta en el orden con que hemos firmado los documentos oficiales; jamás, en fin, la menor exigencia que pudiera significar la superioridad de las fuerzas españolas. Pero desembarcan las tropas francesas, nos superan de mil hombres apenas y ya los comisarios del emperador pretenden que la expedición en adelante sea francesa, como así me lo dijo el almirante en un despacho semi-oficial y no tardaron en inaugurar otra política que la acordada en la convención de Londres y siga la España a remolque de la Francia porque así le place a esta nación poderosa... Jamás, mi general y señor, jamás en donde yo mande.

En otro párrafo, añade usted: “Antes de agravar los disentimientos que empiezan a nacer, de retirar nuestro ejército, de romper con la Francia, de entibiar siquiera nuestras buenas relaciones con el gobierno del emperador, es preferible considerar como roto el Tratado de la Soledad, volver a Paso Ancho, marchar sobre la capital en el mejor acuerdo posible con los aliados y sacrificar a este acuerdo a Juárez, puesto que el gobierno mexicano no ha respetado por su parte aquel tratado”.

Nadie más que yo ha deseado la buena inteligencia del gobierno de España con el gobierno del emperador; más que eso, he deseado que ambos monarcas se vieran para que se estimaran, para que de esa estimación saliera una alianza fraternal entre los dos gobiernos y las dos naciones; bien entendido que la alianza había de ser noble, digna y sin espíritu de supremacía por parte de la Francia, pues desde el momento que así no fuera se acababa la alianza. Esto es precisamente lo que ha sucedido entre los representantes de las tres potencias; mientras cada uno y los tres juntos hemos obrado dentro de los límites que nos estaban trazados por la convención de Londres y por las instrucciones de nuestros respectivos gobiernos, el acuerdo ha sido perfecto, unánime, sin que ninguna de las actas contenga una sola protesta, ni una de Mr. de Saligny, a pesar de que, después de haber aprobado y firmado todos los documentos, obligado por la fuerza de la razón, se iba a su casa y murmuraba de todo cuanto él acababa de aprobar con su firma. Hasta ahí, pues, los comisarios franceses no tuvieron ningún género de pretensiones, respetaron y obraron según los acuerdos de la conferencia y, por lo tanto, como he dicho, la alianza entre los tres plenipotenciarios no podía ser más cordial y más perfecta pero, llega un día que los representantes del emperador pretenden cambiar y cambian de política porque así les place o porque así se lo ordena su gobierno.

Los ministros de Inglaterra y España no ven la razón de semejante cambio y hacen lo humanamente posible por atraer a sus colegas; les hacen concesiones con tal de evitar el rompimiento de la Triple Alianza; todo es inútil; los delegados del emperador quieren continuar la protección de sus armas a los Almontes y demás emigrados venidos de Europa para atacar y destruir el sistema político existente y, pretextando atropellos que no existen, seis días antes que el fijado para emprender las negociaciones, seis días antes, rompen los preliminares de la Soledad, como, con su proceder atentorio a la soberanía de este país, rompieron la convención de Londres y se retiran a Paso Ancho para desde allí declarar la guerra al gobierno. Y ¿pretende usted que las tropas españolas le sigan en tan desatentado camino? No, mi general y amigo, eso no puede ser so pena de crear un mar de conflictos para la patria, conflictos que yo no me

perdonaría jamás haber creado, amén de la severa responsabilidad que el gobierno me exigiría por haber obrado de una manera diametralmente opuesta a las instrucciones que se sirvió darme y amén de incurrir en el desagrado de la reina, por haber desatendido sus maternales y generosos deseos en favor de este país; porque la política que inauguré con mis colegas al pisar el suelo mexicano, que sigo con los delegados ingleses y que seguiré hasta el fin, es la política estipulada entre las tres naciones aliadas, es la política de la reina y su gobierno, es la política, en fin, que más conviene a nuestra independencia porque no debemos ser instrumento de nadie, porque más conviene a nuestros intereses presentes y futuros en estas remotas regiones, porque la conducta noble, consecuente con lo ofrecido y desinteresada, templa y apaga odios inveterados y crea simpatías que más tarde nos podrán dar la legítima y maternal influencia que la España debe ejercer en estos países.

Usted opina “que lo primero es ir a México, que siempre estaré a tiempo de retirarme con las tropas que están a mis órdenes, caso de que su permanencia allí llegase a ser incompatible con las miras del gobierno español”. Pero ¿de qué me serviría el retirarme entonces? De nada más que añadir el ridículo a la torpeza de haber cooperado a construir un trono para un príncipe de Austria, cuyo cimientos estarían amasados con la sangre de los soldados españoles y ya entonces ni derecho tendríamos para quejarnos, puesto que los franceses nos dirían con razón que Almonte me dijo en Veracruz a lo que había venido de Francia, lo mismo que ellos me habían repetido en Orizaba.

Me conjura usted “a que haga el sacrificio de mis opiniones en aras de la política del gobierno de S. M.” y, en todo caso, a que espere las “instrucciones de éste, al que todos quedamos sujetos al aceptar cierto cargo de confianza”.

Repito que tengo la profunda convicción de que la política que sigo es la política del gobierno de S. M. y, por lo tanto, no tengo necesidad de sacrificarle mis opiniones. Y, a propósito de esta idea, diré a usted que no comprendo cómo un funcionario del gobierno puede en ningún caso hacer alguna política propia. Libres somos todos de admitir o no los cargos que nos ofrezca, como sean puramente militares, pues en

este caso debemos obedecer a ciegas y, por lo tanto, o no se admiten los que no estén conformes con nuestras opiniones o se obliga uno de honor a obrar conforme con las opiniones del gobierno. Así me sucedió a mí, al ofrecerme el gobierno la delicada y honrosa misión que estoy desempeñando.

S. M. la reina me hizo el honor de manifestarme cuáles eran sus beneficios y maternales deseos respecto a este país; el presidente del consejo y el señor ministro de Estado se dignaron manifestarme la política que pensaban seguir en México y como los deseos de S. M. y la política de su gobierno estuviesen en perfecta armonía con mis opiniones, admito y tengo la conciencia de haber desempañado la misión conforme a mi deber. Tampoco tengo tiempo de consultar al gobierno de la reina sobre la retirada de las tropas españolas, pues los franceses tienen tanta prisa en romper el fuego, que han empezado ya a concentrarse en Paso Ancho para avanzar otra vez a paso de carga sobre el Chiquihuite, en cuanto yo rebase aquel punto. Y, roto el fuego ¿adónde colocaba yo las tropas durante los dos meses que tardaría en recibir la resolución del gobierno de S. M.? ¿Seguiríamos a la cola de los franceses?... usted comprende que el papel no sería nada lucido y usted no quiere que los soldados de España hagan un mal papel en ninguna parte. ¿Nos quedaríamos en Paso Ancho, en la Soledad o en Veracruz? Tampoco debe ser, porque cuando llegara la resolución deseada habríamos perdido un tercio de las fuerzas y la mitad del resto estaría en los hospitales.

Usted se preocupa mucho, a mi entender demasiado, de que a consecuencia de la retirada de las tropas españolas se entibien las buenas relaciones del gobierno de la reina y el del emperador, mientras que no tiene usted en cuenta lo que sucedería entre nuestro gobierno y los de Inglaterra y los de Estados Unidos si, como los franceses, rompiésemos el solemne pacto de las tres naciones, si, como los franceses, faltásemos a lo pomposamente ofrecido a Europa primero, a los Estados Unidos luego, a este país por la voz de su plenipotenciario y al mundo entero.

Pero comprendo menos el que usted pueda creer que, a consecuencia de la consabida retirada, “probablemente caería el gabinete O’Donnell”. No, mi general, el gabinete del duque de Tetuán no puede

caer ni caerá por la política racional, noble, desinteresada y única que debía seguirse en México y no caerá, en primer lugar, porque por fortuna de España pasaron ya aquellos amargos tiempos en que unas veces la Francia y otras la Inglaterra daban vida o muerte a los gabinetes españoles, según la más o menos mansedumbre con que recibían las observaciones de aquellos poderosos soberanos.

El gabinete O'Donnell no caerá porque su política liberal, circunspecta e independiente, en México, merecerá la aprobación de todos partidos políticos de España, porque todos son celosos de la dignidad e independencia de la patria. No caerá, porque la reina en su espíritu profundamente español, como ha aprobado la política del gabinete en su principio, la aprobará en su desenlace. Y no caerá, por fin, porque no hay ejemplo de que los gobiernos constitucionales caigan teniendo, como el del general O'Donnell tendrá en esta ocasión, el beneplácito de la reina y las simpatías del país.

Y, continúa usted: “esto que confidencialmente digo a usted se lo diría de oficio si yo me creyera con derecho de ejercer alguna intervención en los negocios de México”.

Bendita sea la hora en que el gobierno de S. M. creyó conveniente dejarme toda la libertad de acción que debe tener un general en jefe; porque si usted pudiera ordenar y me ordenara a seguir la política de los franceses, lo que me hubiese obligado a dejar inmediatamente el mando de las tropas al señor brigadier Vargas, entonces sí que hubieran caído males inmensos sobre nuestro país, lo que usted quiere evitar.

No copio el párrafo de la carta de usted relativo al Castillo de San Juan de Ulúa, ni lo contesto, por ser asunto delicado y que en ningún tiempo convendrá que vea la luz pública, dado el caso de que un día y en natural defensa de mis actos, me vea yo obligado a publicar la carta de usted y esta respuesta, pues, convencido como estoy de haber llenado cumplidamente mis deberes con la reina, con su gobierno y con mi país, no he de dejar golpe sin respuesta, venga de donde viniere.

(Juan Prim)

NECESITAMOS PROBAR A FRANCIA  
QUE SOMOS DIGNOS DE SER LIBRES

México, abril 12 de 1862

Señor don Zeferino Macías  
Querétaro

Estimado señor y amigo:

Incluyo a usted un impreso que contiene las comunicaciones cambiadas entre el gobierno y los comisarios de los aliados, y el manifiesto que con este motivo he dado.

Cuento con la cooperación de usted y de todo ese estado, pues en estos momentos necesitamos probar a la Francia y al mundo entero que somos dignos de ser libres, y que contamos con los recursos suficientes para defender nuestra nacionalidad e independencia.

Suyo, afectísimo amigo y seguro servidor.

Benito Juárez

MANIFIESTO DEL PRESIDENTE JUÁREZ  
LLAMANDO A LA DEFENSA  
DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL  
FRENTE A LA INTERVENCIÓN FRANCESA

Conciudadanos:

En los momentos en que el gobierno de la República, fiel a las obligaciones que había contraído, preparaba la salida de sus comisarios a la ciudad de Orizaba, para abrir con los representantes de las potencias aliadas las negociaciones convenidas en los preliminares de la Soledad, un incidente, tan imprevisto como inusitado, ha venido a alejar la probabilidad del arreglo satisfactorio de las cuestiones pendientes que con afán procuraba el gobierno, esperando que triunfaran la razón, la verdad y la justicia, dispuesto a acceder a toda demanda fundada en derecho.

Por los documentos que he mandado publicar, veréis que los plenipotenciarios de la Gran Bretaña, de la Francia y de la España, han declarado que no habiendo podido ponerse de acuerdo sobre la interpretación que habían de dar a la convención de Londres, de 31 de octubre, la dan por rota, para obrar separada e independientemente.

Veréis también que los plenipotenciarios del emperador de los franceses, faltando de una manera inaudita al pacto solemne en que reconocieron la legitimidad del Gobierno Constitucional y se obligaron a tratar sólo con él, pretenden que se dé oído a un hijo espurio de México, sujeto al juicio de los tribunales por sus delitos contra la patria, ponen en duda los hechos que pocos días ha reconocieron solemnemente y rompen no sólo la convención de Londres, sino también los preliminares de la Soledad, faltando a sus compromisos con México y también a los que los ligaban con la Inglaterra y con la España.

El gobierno de México, que tiene la conciencia de su legitimidad, que se deriva de la libre y espontánea elección del pueblo; que sostiene las instituciones que la República se dio y defendió con constancia; que se encuentra investido de omnímodas facultades por la representación nacional y que reputa como el primero de sus deberes el mantenimiento de la independencia y de la soberanía de la nación, sentiría ajada la dignidad de la República si se rebajara hasta el grado de descender a discutir puntos que entrañan la misma soberanía y la misma independencia a costa de tan heroicos esfuerzos conquistadas.

El gobierno de la República, dispuesto siempre y dispuesto todavía, solemnemente lo declaro, a agotar todos los medios conciliatorios y honrosos de un advenimiento, en vista de la declaración de los plenipotenciarios franceses, no puede ni debe hacer otra cosa que rechazar la fuerza con la fuerza y defender a la nación de la agresión injusta con que se le amenaza. La responsabilidad de todos los desastres que sobrevengan, recaerá sólo sobre los que, sin motivo ni pretexto, han violado la fe de las convenciones internacionales.

El gobierno de la República recordando cuál es el siglo en que vivimos, cuáles los principios sostenidos por los pueblos civilizados, cuál el respeto que se profesa a las nacionalidades, se complace en esperar que si queda un sentimiento de justicia en los consejos del emperador de los franceses, este soberano, que ha procedido mal informado sobre la situación de México, reprobará que se abandone la vía de las negociaciones en que habían entrado sus plenipotenciarios y la agresión que ellos intentan contra un pueblo tan libre, tan soberano, tan independiente, como los más poderosos de la tierra. Una vez rotas las hostilidades, todos los extranjeros pacíficos residentes en el país, quedarán bajo el amparo y protección de las leyes y el gobierno excita a los mexicanos a que dispensen a todos ellos y aun a los mismos franceses, la hospitalidad y consideraciones que siempre encontrarán en México, seguros de que la autoridad obrará con energía contra los que a esas consideraciones correspondan con deslealtad, ayudando al invasor. En la guerra se observarán las reglas del derecho de gentes por el ejército y por las autoridades de la República.

En cuanto a la Gran Bretaña y a la España, colocadas hoy en una situación que sus gobiernos no pudieron prever, México está dispuesto a cumplir sus compromisos tan luego como las circunstancias lo permitan; es decir, a arreglar, por medio de negociaciones, las reclamaciones pendientes, a satisfacer las fundadas en justicia y a dar garantías suficientes para el porvenir.

Pero, entretanto, el gobierno de la República cumplirá el deber de defender la independencia, de rechazar la agresión extranjera y acepta la lucha a que es provocado, contando con el esfuerzo unánime de los mexicanos y con que tarde o temprano triunfará la causa del buen derecho y de la justicia.

Mexicanos: El supremo magistrado de la nación, libremente elegido por vuestros sufragios, os invita a secundar sus esfuerzos en la defensa de la independencia; cuenta para ello con todos vuestros recursos, con toda vuestra sangre y está seguro de que, siguiendo los consejos del patriotismo, podremos consolidar la obra de nuestros padres.

Espero que preferiréis todo género de infortunios y desastres al vilipendio y al oprobio de perder la independencia; cuenta para ello con todos vuestros recursos, con toda vuestra sangre y está seguro de que, siguiendo los consejos del patriotismo, podremos consolidar la obra de nuestros padres.

Espero que preferiréis todo género de infortunios y desastres al vilipendio y al oprobio de perder la independencia o de consentir que extraños vengan a arrebatar vuestras instituciones y a intervenir en vuestro régimen interior.

Tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestros propios esfuerzos y unidos salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo a nuestra patria, sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las naciones.

México, abril 12 de 1862.

Benito Juárez

DEBEMOS DEFENDER NUESTRA NACIONALIDAD

México, abril 12 de 1862

Señor don Santiago Vidaurri  
Monterrey

Estimado señor y amigo:

Por el adjunto impreso se impondrá usted del rompimiento con Francia y de la política que piensa seguir el gobierno.

Cuento con la más eficaz cooperación de usted y los estados a su mando, pues ha llegado el momento de probar a la Francia y al mundo entero que somos dignos de ser libres y capaces de defender con nuestros solos recursos la nacionalidad e independencia de nuestro país.

Suyo amigo afectísimo y s. s.

Benito Juárez

EL CONDE DE REUS ANUNCIA  
CUÁNDO DESOCUPARÁ ORIZABA

Excelentísimo señor don Ignacio Zaragoza

Excelentísimo señor:

Acabo de recibir la comunicación de V. E. fecha de ayer, en la que me manifiesta su llegada al ingenio y me pregunta el día en que las fuerzas de mi mando desocuparán esta ciudad y, en consecuencia, debo manifestar a V. E. que el 19 por la tarde quedará completamente evacuada por nuestras tropas y material esta población.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Orizaba, abril 13 de 1862.

El conde de Reus

DOBLADO RECONOCE LA CABALLEROSIDAD DE PRIM  
Y SUS BUENOS CONSEJOS

México, abril 12 de 1862

Excelentísimo señor conde de Reus  
Orizaba

Muy señor mío y apreciable amigo:

Cierto es que el hombre propone y Dios dispone pero no hay que desalentarse, porque no hay mal que por bien no venga. No me sorprende la conducta de los franceses, porque donde hay pasión no hay razón. Estoy seguro que si el emperador viera por sí el actual estado en México reprobaría la conducta de sus representantes. Como esto no es posible nos resignaremos con nuestra suerte y no dude usted que tomaremos por modelo la heroica conducta de nuestros abuelos en España, en un caso semejante.

Agradezco a usted sus buenos consejos y los seguiré al pie de la letra, tanto por emanar de un militar valiente y pundonoroso como porque se avienen con mis sentimientos y mi modo de ver las cosas.

No quisiera que saliese usted de la República sin que celebráramos un tratado que llevase usted a S. M. la reina como una prueba de las simpatías que usted le ha sabido conquistar en México con su comportamiento noble, recto y verdaderamente diplomático. Abrigo la persuasión íntima de que no hay motivo para que continúen interrumpidas las relaciones de dos pueblos hermanos y de costumbres idénticas y, si usted se presta, iría yo violentamente a Orizaba o al punto que usted me designe para que concluyamos. Estoy cierto de que en

media hora nos entenderemos y daremos a los dos países un día de gloria con su reconciliación.

Espero se tome usted la molestia de responderme para obrar enseguida y, entretanto, reciba usted mi voto de gratitud por la caballerosa manera con que se ha conducido con mis paisanos y mándeme como su adicto amigo y s. s. q. b. s. m.

Manuel Doblado

LOS PLENIPOTENCIARIOS ESPAÑOL Y BRITÁNICOS  
ESTÁN CONFORMES EN CELEBRAR  
TRATADOS AMISTOSOS CON MÉXICO

Orizaba, 13 (abril) de 62

Excelentísimo señor don Manuel Doblado

Mi estimado señor y amigo:

En este instante y estando presentes los señores Sir Charles Wyke y comodoro Dunlop, recibo la de usted de ayer con la nota oficial contestando a la de los aliados del 9. De acuerdo, pues, con dichos señores, tengo el honor de anunciarle que aceptamos con gusto la proposición de usted relativa a que antes de salir del suelo de la República hagamos los tratados convenientes.

A fin de no perder un tiempo precioso, no me extendiendo más, puesto que está usted dispuesto a venir a Orizaba, sea pronto, pronto, podrá usted llegar aquí el 17 y pocas horas nos bastarán para ponernos de acuerdo y ojalá tengamos usted y yo la gloria de sentar los cimientos de la amistad entre dos pueblos que tienen tantos títulos para quererse como buenos hermanos.

A fin de que tenga usted más tiempo, me permito dirigir un telegrama al señor general gobernador de Puebla, rogándole se lo trasmita a usted inmediatamente por el telégrafo.

Queda de usted su afectísimo servidor y amigo q. b. s. m.

El conde de Reus

SEWARD DA CONTRAORDEN A CORWIN  
RESPECTO AL PRÉSTAMO

Washington, abril 13 de 1862

Señor ministro de Relaciones Exteriores  
México

Hoy recibí una carta del señor (de la) Fuente, fechada en Londres el 18 de marzo próximo pasado, con la que me remitió una tira del *Morning Advertiser*, de aquella ciudad, de la misma fecha, que contiene en inglés la nota que dirigió el 7 de marzo a Mr. de Thouvenel, retirando de París la legación de la República, pidiendo sus pasaportes para salir de Francia y protestando solemnemente, en nombre del Supremo Gobierno, contra la conducta seguida por el emperador, respecto de México.

Deseando que esta importante comunicación se publique con el mensaje del presidente, respecto de los asuntos de México, me he determinado a llevarla a Mr. Seward, mañana temprano, con la nota de remisión, de que remito copia. Para que no se pierda tiempo en la traducción, la he hecho yo de mi citada nota, de la cual también adjunto copia, para que si, como me han asegurado hoy, mañana se mandan los documentos al Congreso, no sea un inconveniente para incluir este otro, la dilación que sería necesaria para hacerlo traducir.

Notará usted que he puesto a mi nota fecha el 10 y esto ha sido porque creo que el informe de Mr. Seward tiene fecha del 11 y nada puede ir con posterioridad a él. Si Mr. Seward lo deseara, la cambiaré por la que él me indique.

El señor (de la) Fuente me dice que pensaba venirse a este país, aunque no estaba aún determinado a hacerlo así. En caso de verificarlo se

proponía salir de Londres el 15 del corriente. Si salió en esa fecha, llegará a Nueva York para el día 20.

Por este vapor contesta Mr. Seward a Mr. Corwin su nota, en que hizo una exposición razonada de su proyecto de tratado de préstamo. Se le dice que si no lo ha celebrado, se abstenga de concluirlo, porque la opinión del Senado es desfavorable al proyecto. Se le comunica, además, que le va a mandar el expediente relativo a la Cámara de diputados y se le dice que tal vez la discusión que con motivo de ello se suscite en aquella asamblea, sugerirá al gobierno la política que deba seguir en los asuntos de México.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

ZARAGOZA SE PREPARA  
PARA RECIBIR A LOS INVASORES

Perote, abril 13 de 1862

Señor presidente don Benito Juárez

Muy señor mío y amigo:

Por extraordinario y de Jalapa, le escribí a usted avisándole de la ruptura de los preliminares por los franceses, no obstante que ya lo había hecho el general Mejía desde Chalchicomula.

En Jalapa estuve desde antes de ayer para arreglar lo de recursos; volví ayer y sigo hoy para que San Andrés (Chalchicomula) para violentamente ponerme en aptitud de atacar o resistir a los franceses llegados que sean a Paso Ancho.

Para esto he andado reconcentrar a Arteaga y Álvarez que se hallan por Acatlán, porque no puedo distraer un solo soldado en otra operación, porque el ejército de Oriente, como usted sabe, está reducido a poco más de 7,000 hombres, agobiados hasta cierto punto por el hambre. Es necesario pues, señor presidente, que usted se sirva dar sus órdenes muy terminantes para que me manden lo menos 3,000 hombres más; pero que sea pronto. Tanto la fuerza de Ameche como la del coronel Gerardo Gómez vienen en mal estado, porque una está casi a pie y en cueros y la otra muy mal armada y aun me ha dicho Gómez, que ni acabado de organizar se halla el cuerpo.

El ministerio de Guerra y el general Mendoza dan órdenes, autorizado éste por aquí, para que fuerzas de este ejército se muevan a tal o cual punto. Esto produce una confusión grande y sobre todo mi responsabilidad ante la nación es inmensa. He dado en consecuencia

orden para que no se obedezcan otras que las comunicadas por mi conducto.

Me avisa el ministerio que me mandaba cierta cantidad de parque con el coronel Gómez y resulta que éste no trajo sino la tercera parte. Por disposición del mismo ministerio se tomaron de la conducta en Puebla 6,000 pesos, cuya cantidad era natural que faltara, para éstas tan sufridas tropas.

De usted y del señor Doblado, espera toda clase de auxilios su servidor y amigo.

Ignacio Zaragoza

ZARAGOZA, DILIGENTE,  
TOMA POSICIONES

Cañada de Ixtapa, abril 14 de 1862

Señor general don Ignacio Mejía  
San Andrés (Chalchicomula)

Estimado amigo y compañero:

Me encuentro con que la brigada del general Díaz no se puede mover, porque no tiene ni raciones ni medios de transporte; su proveedor dice que hasta mañana vendrán provisiones.

Mándeme usted inmediatamente los 1,500 pesos que le pido y las provisiones para los cuerpos. Bueno es que usted visite la proveeduría, porque parece que no anda tan arreglada como yo creía.

Mañana marcha Porfirio con un batallón, un escuadrón y tres piezas de montaña, para el ingenio, sin recursos ni rancho, porque es fuerza ocupar aquel lugar, porque se confirma la noticia de que a la salida de los españoles habrá un motín llamando a los franceses que aún están en Córdoba.

Mande usted cuanto pueda de raciones; ya pido también a Tehuacán.

Aquí debemos formar un gran depósito, sacándolas de donde las encontremos.

Me dice que un escuadrón de los de Oaxaca, está desarmado y tiene 55 hombres. En la relación que me presentaron de armamento hay mosquetes; mándelos usted.

Aquí estaré hasta el medio día y después marcharé al ingenio.

Su compañero y amigo.

Ignacio Zaragoza

Se dice que llegará mañana a Orizaba el señor Doblado.

Ignacio Zaragoza

## VIBRANTE PROCLAMA DE ZARAGOZA

El general en jefe del ejército de Oriente a las fuerzas de su mando

Compañeros de armas:

Va a comenzar la lucha: los preliminares de la Soledad han sido rotos por los franceses; se han separado de la coalición que con los españoles e ingleses formaran en Londres, para hacer a México algunos reclamos respecto a nuestra deuda pública, el estallido del cañón hará latir en breve los pechos de los hijos de Anáhuac. Pretenden los franceses intervenir en nuestra política interior, inducidos a ello por mexicanos indignos, por traidores, que pronto vais a castigar. La República es independiente; los hijos de esta generación nacimos libres, así nos conservaremos o moriremos en la demanda.

Valor, amigos míos, no os preocupe luchar con una nación que tiene el renombre de guerrera; los libres no reconocen rivales y ejemplos mil llenan las páginas de la historia de pueblos que han vencido siempre a los que pretendieran dominarlos.

Tengo una fe ciega en nuestro triunfo; en el de los ciudadanos sobre los esclavos; muy pronto se convencerá el usurpador del trono francés, que pasó ya la época de las conquistas; vamos a poner la primera piedra del grandioso edificio que librará a la Francia del vasallaje a que la han sujetado las bayonetas de un déspota.

Sed como siempre, valientes en el combate y generoso en la victoria, que pronto os conducirá frente a los invasores vuestro general y amigo.

Cuartel General en Chalchicomula, a 14 de abril de 1862.

Ignacio Zaragoza

ROMERO SOSPECHA SE INTERCEPTA EN FRANCIA  
LA CORRESPONDENCIA

Washington, abril 14 de 1862

Señor ministro de Relaciones Exteriores  
México

Concluida y cerrada ya mi comunicación número 114 fechada de ayer, relativa a la nota que el 7 del próximo pasado dirigió el señor (de la) Fuente a Mr. de Thouvenel, leí con más atención la carta a la que el señor (de la) Fuente me acompañó dicha nota y en ella encontré el párrafo que sigue:

Tengo el gusto de enviar a usted la traducción de mi última nota al gobierno francés. Tiene algunas faltas que fácilmente notará usted, si como lo supongo, ha sacado copia de la que le mandé en francés el día 11 del corriente, para que el ministerio de Relaciones Exteriores de México; suplico a usted corrija dichas faltas, en caso de que le parezca, como a mí, conveniente hacer reimprimir este documento por algunos diarios de ese país.

No habiendo recibido hasta ahora la copia en francés a que el señor (de la) Fuente se refiere ni comunicación alguna o carta particular suya de la fecha que menciona, probablemente por haber sido interceptada en la estafeta de París, he creído conveniente remitir a usted para conocimiento del Supremo Gobierno, el ejemplar mismo que recibí ayer y que había pensado enviar al departamento de Estado, sacando previamente una copia del que entregué esta mañana a Mr. Seward quien

me ofreció que la enviaría a la Cámara de diputados con los demás documentos.

En otra carta que me escribió el señor (de la) Fuente, de Londres y con fecha 25 de marzo citado, me dice que había hecho en aquella capital con Mr. Von de Séller, ministro belga en Londres, el canje de las ratificaciones del tratado concluido entre la República y Bélgica.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

## SENSATA CIRCULAR INFORMATIVA DE ZARAGOZA

Ejército de Oriente  
General en jefe

Los tratados ajustados en la Soledad, el 19 de febrero próximo pasado con las fuerzas aliada, han sido rotos por los franceses y sin ningún miramiento nos provocan a la lucha; pretenden darnos un soberano extranjero, juzgándonos indignos de la independencia que nuestros héroes conquistaron con su sangre; nos contemplan como a imbéciles, fáciles de dominar por la fuerza de las bayonetas. Se engañan y olvidan que contra un pueblo libre no vale la opresión, ni se conquista por la fuerza. Contra un pueblo orgulloso de su historia y que apenas ha un año reconquistó sus libertades nada vale, nada le intimida, porque ese pueblo que tiene la convicción de su dignidad, sabrá repeler tan temeraria agresión y agregará una página a sus brillantes anales. México acepta la guerra, no la ha provocado; pero la acepta con honra y se gloria de haber cumplido fielmente su palabra empeñada en aquellos preliminares. Su fe ha sido burlada y las desgracias de la guerra pesarán sobre la nación que injusta y despiadada pretende su esclavitud. Las naciones, el mundo entero nos harán justicia y, si la fortuna nos es adversa, si perecemos con gloria en la demanda, la posteridad recogerá solícita nuestros nombres e imitará nuestro ejemplo.

La Inglaterra y la España, más justas y menos exigentes, abandonan nuestro territorio y esquivan la complicidad en un atentado con el que jamás pensarán empañar sus armas; más imparciales, pronto se desengañaron de nuestra situación y no dudaron en tributar a nuestro pabellón el respeto que le es debido; ellas merecen nuestras simpatías, por tan caballerosa conducta.

Nuevos sacrificios tenemos que emprender, nuevas fatigas que arrostrar y nuevas batallas que dar; pero ante la idea sublime de nuestra libertad, nada debe arredrarnos; la muerte misma nos debe ser indiferente y todo, absolutamente todo, debemos postergarlo, para no tener en estos momentos más pensamiento que nuestra desgraciada patria, ni más ocupación que su defensa. ¡Valor y unión y nuestro triunfo no será dudoso!

El degenerado hijo del inmortal Morelos, con dos o tres más mexicanos espurios, indignos del aire que respiran, acompañan al invasor e, ilusos, esperan formar un partido que les ayude en su depravado plan; pero también en esto se equivocan; el pueblo, el verdadero pueblo que tantas veces ha derramado su sangre en defensa de sus sacrosantos derechos, los mira con indignación y los desprecia altamente, porque sabe lo que tiene que esperar de aquellos especuladores que en su delirio, no han rehusado poner a las plantas de Maximiliano la soberanía de México.

Extraños a los últimos sucesos, ignoran que el pueblo descendiente de Hidalgo no esquivo las batallas y sabe sucumbir digno de su origen, antes que consentir impunemente en que se le arrebate esa preciosa libertad que tantos sacrificios le ha costado.

Al que suscribe le ha tocado la honra de conducir primero al ejército nacional a la victoria y le anima la más firme esperanza de que sus esfuerzos y desvelos, serán secundados por todos los mexicanos, de quienes tiene recibidas pruebas de su amor a la patria y de su abnegación en la desgracia.

Dentro de breves momentos quizá la campaña estará abierta y el enemigo se convencerá bien pronto de que tiene al frente a los defensores de una República.

Libertad y Reforma. Cuartel general en Chalchicomula, a 14 de abril de 1862.

Ignacio Zaragoza

PRIM Y WYKE DISPUESTOS A CONFERENCIAS  
CON EL GOBIERNO CONSTITUCIONAL

Excmos. señores Plenipotenciarios de S. M.,  
el Emperador de los franceses

Los infrascritos, representantes de S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña y de S. M. C., tienen la honra de transmitir a los Excmos. señores Plenipotenciarios de S. M. el Emperador de los franceses, copia de un anota que acaban de recibir del Gral. Doblado, en respuesta a la comunicación colectiva que le dirigieron el 9 de este mes.

Los infrascritos no han dudado en aceptar la oferta que les ha hecho el Gral. Doblado en nombre de su Gobierno de venir a Orizaba, a pesar del rompimiento del Convenio de Londres y de los Preliminares de la Soledad, con la esperanza de llegar a una solución amistosa de las cuestiones que han de arreglarse entre las potencias aliadas y México, visto que el Gobierno está dispuesto a no rechazar ninguna de las pretensiones admisibles de las dichas potencias. Como la nota e, implícitamente la oferta del Gral. Doblado, se dirigen también a los Plenipotenciarios franceses, a los mismos corresponde decidir la respuesta que les convendrá dar.

Los infrascritos aprovechan esta oportunidad, para renovar a sus colegas las seguridades de su más distinguida consideración.

Orizaba, 14 de abril de 1862.

Conde de Reus

Charles Lennox Wyke

LOS PLENIPOTENCIARIOS FRANCESES  
REHUSAN TRATAR CON EL GOBIERNO DE JUÁREZ

(Excelentísimos señores Juan Prim y Charles Lennox Wyke)

Los infrascritos plenipotenciarios de su majestad [S. M.] el emperador de los franceses, tienen la honra de manifestar a los excelentísimos señores representantes de S. M. la reina del Reino Unido de la Gran Bretaña y de su majestad católica [S. M. C.] que, por su parte, no pueden aceptar el ofrecimiento hecho a los comisarios de las tres altas potencias por el general Doblado. Es muy natural que los representantes de S. M. la reina del Reino Unido de la Gran Bretaña y de S. M. C. acojan dichos ofrecimientos, si insisten aún en el convencimiento de que el gobierno actual de México tiene el poder y voluntad de cumplir sus promesas y llenar sus compromisos; pero los plenipotenciarios de S. M. el emperador de los franceses están muy lejos de abrigar igual confianza, pues sobre este punto especialmente no pueden desconocer las miras terminantes de su gobierno.

Por lo que hace a la independencia de México y a la Reforma, nadie mejor que el señor ministro de Relaciones Exteriores sabe que aquí no se trata de ellas y los representantes de S. M. el emperador de los franceses se apresuran a aprovechar esta ocasión para rechazar insinuaciones con las que en vano se espera apasionar a un país, que jamás ha esperado otra cosa de nuestra intervención sino el orden y la libertad.

Los infrascritos contestan directamente al señor ministro de Relaciones Exteriores y tienen la honra de reiterar a su colegas de Inglaterra y de España las seguridades de su muy distinguida consideración.

Córdoba, 15 de abril de 1862.

Alphonse (Dubois) de Saligny

E. Jurien (de la Gravière)

RAZONADA COMUNICACIÓN DE PRIM  
AL JEFE DEL GOBIERNO ESPAÑOL

Orizaba, 15 de abril de 1862

Excelentísimo señor duque de Tetuán  
(Leopoldo O'Donnell)

Mi venerado general, señor y amigo:

El jefe a mis órdenes, conde de Cuba y mi ayudante de campo don Antonio Campos, tendrán el honor de poner en manos de usted los despachos que les entrego y esta carta, y Cuba podrá responder a cuantas preguntas tenga usted a bien hacerle, pues tiene entendimiento para ello y, por lo mismo, está enterado de cuanto por acá nos ha ocurrido desde que pisamos el suelo mexicano. Sin embargo y para prever el caso en que el conde enfermara en el largo viaje mando también a Campos.

Como lo indiqué a usted en mi última, podría llegar el caso de que las tropas españolas se retiraran de este país, si los ministros del emperador en México se obstinaban en proseguir sus desatentada marcha; así lo declararon y en su consecuencia las tropas a mis órdenes están ya en plena retirada.

El acta del día 9, que tengo el honor de remitir al señor ministro de Estado, como es un compendio la historia de lo ocurrido, le pondrá a usted en estado de formar el más completo juicio de la delicada y embarazosa situación en que me he visto por la inesperada e increíble conducta de los plenipotenciarios de Francia.

Usted verá en el acta que, no teniendo razones con qué contestar a mis razones, se salen por la tangente y declaran terminantemente que no quieren tratar más con el gobierno de Juárez y que tampoco quieren

retirar la protección de sus armas a los señores Almonte y demás emigrados. ¡Y cuándo hacen semejante declaración! ¡Seis días antes de empezar las negociaciones con los ministros de la República!

Durante muchos días, he estado haciendo esfuerzos sobrehumanos cerca del almirante, para que abandonara el fatal camino que quiere andar en pos de una quimera, porque por más que se esfuerce, este país ni es monárquico ni lo será nunca y mucho menos de un príncipe austriaco.

Los comisarios ingleses han reunido sus esfuerzos a los míos al mismo objeto y todo ha sido inútil.

Le hemos hecho concesiones, les hemos ofrecido declarar desde el primer día de las negociaciones, a fin de no perder tiempo, que una de las garantías que íbamos a pedir sería el irnos a establecer con las fuerzas aliadas en la capital; ni por esas. El comodoro Dunlop, que es algo colérico, les levantó dos veces la voz y vi el momento en que la conferencia se acababa en tragedia. Yo sufrí aquel día lo que jamás he sufrido y crea usted, mi general, que necesité no perder de vista un solo instante a mi reina y a mi patria, para no hacer más que decirles “pues yo me voy con las tropas españolas”.

¡Pero qué idea tendrán estos señores de lo que son tratados internacionales, cuando así los quebrantan y desprecian! Pero ¿no ven ustedes que lo que están ustedes haciendo está abierta contradicción? A lo que se encogían de hombros como quien dice ¡qué tontería!

Me atreví a decirles que obraban contra el querer del emperador y, en prueba, les leía la pregunta del senador Boissy y la respuesta del ministro Billault: “El deber de las naciones aliadas está perfectamente definido en la convención de Londres”.

“Es posible”, me contestó el almirante.

Visto que era tiempo perdido y, que si continuábamos discutiendo podría nacer mayor conflicto, se cerró la discusión.

¿Qué debía hacer en tal situación el representante de los intereses y del decoro de España?

Lo he estado pensando uno y otro día conmigo mismo pues, en circunstancias tan extraordinarias y difíciles, ni se debe pedir consejo, ni

hay consejo posible cuando éste se ha de pedir a inferiores irresponsables.

Si me quedo para seguir las huellas de los franceses, comprometo la dignidad e independencia del gobierno de la reina que tiene voluntad propia, que tiene política propia y con ella entró a ser parte integrante en la convención de Londres. A más, siguiendo a remolque de los franceses, quebrantaba como ellos el solemne tratado, aceptaba la responsabilidad de semejante infracción, imponía a mi país gastos inmensos, exponía al gobierno de la reina a las justas quejas de la otra nación signataria de la convención de Londres, lo exponía también a las protestas de los Estados Unidos y contribuía, por fin, a levantar un trono para la Casa de Austria.

Si me quedo neutral, contribuyo siempre con la presencia de las tropas de España a dar fuerza a las de Francia; porque claro está que donde yo estuviera las tropas del gobierno no habrían de poder hacer trabajos de defensa, pues no había de permitir que me encerraran entre barricadas. Si llegaba el caso de que en el punto que yo estuviera fuese atacado y defendido ¿qué papel era el de los valientes soldados estando encerrados en los cuarteles, para no recibir daños tontamente? En donde yo estuviera tendría necesidad de víveres, que sería difícil adquirir, pues en el sistema de guerra de los mexicanos no estando en disposición de aceptar batallas campales, está en primer término el impedir toda comunicación, lo que hacen tan perfectamente por la pusilanimidad de los indios que, en los pueblos que bloquean, sin necesidad de acercarse y exponerse no entra absolutamente nada. El bloqueo no sería contra mí, pero yo no sufriría menos por eso.

Si sigo a los franceses en causa tan injusta, comprometo las vidas y haciendas de tantos españoles como están esparcidos por la República.

Si me retiro cumpliendo con lo ofrecido a mi llegada, los mexicanos harán justicia a nuestra lealtad y estoy seguro que nuestros conciudadanos serán respetados, salvo aquellos que imprudentemente hablan y obran en favor del partido reaccionario.

Si me retiro, el gobierno del emperador podrá ponerse de mal humor con el gobierno de la reina, pero será sin razón; pues quien se pone de acuerdo con otros amigos para hacer una expedición con tal

objeto, no se puede quejar si sus amigos le abandonan en cuanto él declara que pretende hacer otra cosa que lo convenido al salir de su casa.

Si me quedo y sigo el paso de los franceses, entonces se quejará la Inglaterra a mi entender con razón y se quejarán los Estados Unidos, diciendo que la Francia y la España los engañaron, cuando se les anunció que las tres naciones aliadas iban a México a pedir satisfacción de agravios recibidos y a presentar cuentas atrasadas.

Y se quejará México y se quejará todo el continente americano, ¡ja... ja... ja...!

En tal conflicto, pues, opto porque se queje el gobierno que no tiene razón y, satisfaciendo mi deber de buen español, de hidalgo castellano y de hombre leal, me retiro con las tropas que el gobierno se dignó poner a mis órdenes, dejando a los franceses únicos y exclusivos responsables de sus actos.

Si mi proceder está conforme con los deseos de S. M. y con la política del gobierno, la más ligera demostración de su agrado llenará mis aspiraciones de la manera más cumplida; si por el contrario he tenido la desgracia de desagradar a S. M. por no haber comprendido la política de su gobierno, pronto estoy a responder a los cargos que tenga a bien hacerme, seguro, de que a mis explicaciones se modificará cualquiera mala impresión que haya podido filtrar en el ánimo del gobierno de la reina.

Pero lo que ha aumentado mi conflicto, mi general y señor, es la carta que he recibido del general Serrano, de acuerdo completamente con la política de los comisarios franceses, la cual está llena de errores, de absurdos y de cargos que, no teniendo fundamento, merecían haber sido rechazados con indignación; pues yo no he podido dar lugar a que se me diga “que mientras las tropas aliadas continuaban pacíficas en sus cantones, las de Juárez ejecutan un oficial español”, refiriéndose a un oficial de 2ª que, yendo solo y de noche, fue asesinado de un machetazo en el camino de Veracruz a la Tejería.

El movimiento de tropas empezó por el parque y la artillería rodada.

Al día siguiente un convoy de 200 y tantos enfermos.

Al día siguiente la brigada Vargas.

Hoy otro convoy de enfermos.

El 18 de brigada Passaron y el 19 saldré yo con mi cuartel general.

La brigada Vargas, cuatro batallones, una compañía de ingenieros y dos de artillería, con el primer convoy de enfermos podrán embarcarse en cuanto lleguen a Veracruz 1,500 hombres a bordo de los buques ingleses y los nuestros.

La 2ª brigada, tres batallones, calculo que podrá embarcarse también en cuanto llegue, pues supongo que el general Serrano mandará los buques que tenga disponibles y los caballos y mulas se embarcarán a fuerza de viajes.

La condesa saldrá para La Habana en el primer convoy y yo me quedaré en Veracruz hasta dejar en franquía el último buque, pues si yo me fuera, cada uno se apresuraría a marchar y la retirada sería desordenada y vergonzosa, lo que destruiría la buena opinión que hemos adquirido por el orden perfecto en que nos han visto obrar.

En La Habana esperaré las órdenes del gobierno y de usted y ruego que no sean las de que me vaya a México en mi calidad de ministro plenipotenciario, como podría el gobierno creer convenir, pues mientras los franceses estén allí guerreando, no es conveniente que yo esté en el país por varias razones y, sobre todo, porque molestos como están, podrían decir que yo daba consejos militares a los mexicanos.

Queda de usted, mi general, con distinguida consideración, su afectísimo subordinado y amigo q. b. s. m.

El conde de Reus

CARTA QUE EL GENERAL PRIM DIRIGE  
A UN AMIGO RESIDENTE EN LONDRES

Orizaba, 14 de abril de 1862

[...]<sup>\*</sup>

El inexorable destino es más fuerte que el querer del hombre; si de ello hubiese yo dudado, convenciérame de esta verdad lo que pasa aquí.

La Triple Alianza ya no existe. Los soldados del emperador permanecen en este país para establecer un trono para el archiduque Maximiliano ¡qué locura! mientras que los soldados de Inglaterra y España se retiran del suelo mexicano.

Usted que sabe bien cuán afecto soy al emperador y conoce la estima verdaderamente fraternal en que tengo a los valientes franceses y a todo cuanto les concierne, fácilmente comprenderá la amargura de mi corazón al verme obligado a dejar el campo de batalla y a separarme de mis camaradas, cuando el más bello sueño de mi vida era pelear por una misma causa y en un mismo suelo con los franceses.

Pero imposible se ha hecho para mí el permanecer en este país, sin olvidar enteramente lo que debo a mi reina y a mi patria.

La verdad del caso, hablando francamente, es que los comisionados del emperador se han apartado completamente de la convención de Londres, resueltos a obrar por su sola cuenta. El pretexto para ello ha sido la protección que se empeñan en querer extender a los emigrados mexicanos. Almonte y demás, que llegaron a Veracruz confesando que habían venido con el proyecto determinado de destruir la

---

<sup>\*</sup> Se publicó incompleta, sin indicar destinatario. Véase la introducción de este capítulo.

República y crear una monarquía para el archiduque Maximiliano. Desde aquel momento, en la conferencia del 10, es decir, cinco días antes de las propuestas negociaciones con el gobierno mexicano, Mr. de Saligny declaró que no quería ya tratar con el gobierno de Juárez.

En la última acta todo esto se consigna claramente y se expresa *in extenso*, como dicen los diplomáticos.

Este documento por sí solo basta para que la opinión pública decida quién tiene razón y quién no la tiene.

En cuanto a mí, español, usted comprenderá desde luego que no me era lícito sostener semejante cambio radical en el sistema político de este país, para imponerle un príncipe de la Casa de Austria.

Los aliados vinieron aquí ligados por la convención de Londres. No podíamos apartarnos de ella, sin colocarnos en la sin razón. Me retiro, pues, con mis tropas y paso a La Habana a esperar las órdenes de mi gobierno.

Soy de usted, etc.

Juan Prim

LOS CAMPECHANOS AGRADECEN LA ERECCIÓN  
DEL ESTADO DE CAMPECHE

Campeche, abril 15 de 1862

Señor presidente don Benito Juárez  
México

Muy señor mío y estimado amigo:

Oportunamente desde el 13 del mes anterior, recibí el decreto de erección del estado que le ha colmado a usted de bendiciones por tan inspirado acto, y no dude usted que todos nos esforzaremos por corresponder dignamente a la altura en que se nos ha colocado, mas su última apreciable del 27 de febrero, no llegó a mis manos hasta el día de hoy, que tengo el gusto de contestarle.

He leído con placer las recomendaciones que me hace de acuerdo perfectamente con mi modo de pensar y de obrar, pues mis pasos se dirigen a procurar la más sincera reconciliación con Yucatán, objeto que nos hará alcanzar el citado decreto, que quita a los malos yucatecos todo pretexto para hacernos la guerra y fomentar las odiosidades que tantos males han causado. La pacificación y arreglo de los indios es otro punto de mi particular atención y, como cada día voy extendiendo más mis relaciones con ellos, no desperdiciaré momento ni ocasión para conseguir la más completa pacificación y sujeción al orden legal de tan numerosa clase que traerá a la sociedad los mayores bienes, concurriendo con un trabajo ilustrado y pacífico, a dar incremento a la riqueza pública.

En cuanto a los productos de las aduanas, están reducidas a nulidad, con motivo de la guerra de los Estados Unidos, pues el comercio de este punto se hacía en su mayor parte con el de (Nueva) Orleáns, a

donde nuestros buques iban periódicamente. El puerto del Carmen, especialmente, carece de tal modo de entradas, que hace algunos meses que la aduana no puede cubrir ni aun los gastos de administración. Precisamente con el objeto de auxiliar con algún numerario al gobierno general, dispuse desde luego, que se pusiesen en observación los decretos de contribución de 2% sobre capitales y 25% de aumento sobre toda contribución; mas la modificación que sufrió el primero, aniquiló completamente su rendimiento, porque no habiendo en el estado grandes capitales, quedó reducido a una cuarta parte, cosa insignificante, y que pagada en los plazos señalados por la ley, se hace verdaderamente insensible. Por lo demás, puede usted estar seguro que lejos de tender a ocupar las rentas generales he deseado siempre que el gobierno general encuentre en ellas un auxilio para atender a sus graves atenciones que no puede cubrir sin este único recurso, pues estamos atravesando por tales y tan aflictivas circunstancias, que no hay recurso que no esté agotado.

En cuanto a la guerra extranjera, los preliminares ajustados en la Soledad no dejan que desear si como es de suponer hay la mejor buena fe de parte de los aliados; pero mucho me hace temer la grito torpemente mentirosa de los periódicos de Europa, empeñados en ocultar la verdadera voluntad bien explícita de la nación, y el hecho, muy significativo, de seguir viniendo, después de aprobados dichos preliminares, tropas francesas en número considerable. Sea lo que fuere, tengo profunda fe en la República y aunque los europeos le hagan apurar hasta las heces de la copa del sufrimiento, se salvará, así lo espero, aun cuando para ello sea necesario anegar en sangre un inmenso territorio.

Ya le he molestado demasiado haciéndole perder un tiempo que tanto necesita para la gravísimas atenciones que le rodean y repitiéndome a sus órdenes, quedo de usted agradecido amigo, atengo seguro servidor, q. b. s. m.

Pablo García

INSTRUCCIONES AL SEÑOR MINISTRO DE RELACIONES  
DON MIGUEL DOBLADO, PARA ENTRAR EN ARREGLOS  
CON LOS SEÑORES COMISARIOS DE ESPAÑA E INGLATERRA  
SOBRE LAS RECLAMACIONES QUE HAGAN  
CONTRA EL GOBIERNO MEXICANO<sup>8</sup>

Como el gobierno ignora las pretensiones de ambas potencias, puesto que no han llegado a manifestársele, tiene que formar hipótesis y arreglar a ellas sus instrucciones.

Por parte de España, supone el gobierno que habrá las siguientes reclamaciones: que se ratifique el tratado Mon-Almonte y, en consecuencia, que se conceda indemnización por los asesinatos de San Vicente; que no se excluyan de la convención española los créditos que repugna el gobierno mexicano; que se pague la barca *Concepción* y se le dé satisfacción por el destierro de don Francisco Pacheco.

No puede accederse a la ratificación del tratado Mon-Almonte, tanto por el principio de no aprobar los hechos de las administraciones de Zuloaga y Miramón, que impondrían a la nación obligaciones con que no podría cumplir, como porque sus cláusulas son hijas de las circunstancias y del espíritu de partido que dominaba en México, no de lo que exigían los intereses de los contratantes. En lugar de ese tratado se puede revivir el antiguo de amistad y comercio entre México y España o bien hacer otro semejante.

Por los asesinatos de San Vicente no puede concederse indemnización, puesto que el gobierno ha cumplido con castigar a los delincuentes.

---

<sup>8</sup> Anotación hológrafa de Juárez “sobre las reclamaciones que hagan contra el gobierno mexicano”.

En cuanto a la revisión de los créditos que deben comprenderse en la convención española, se estipulará que se haga ya sea por una comisión compuesta de mexicanos y españoles, ya por el general Prim o, en último caso, por el mismo gobierno de su majestad católica.

Respecto de la barca *Concepción*, el gobierno de la República obró con toda justificación y así demuestra, tanto por los principios del derecho de gentes como por el dictamen dado por los abogados de la corona de Inglaterra sobre la captura de los comisionados del sur de los Estados Unidos, Slidell y Mason. Sin embargo, si éste fuere el solo obstáculo a la negociación, se podrá acceder al pago, aumentando la cantidad que se convengan a la deuda española.

Por lo que mira al destierro de don Francisco Pacheco, no se dará satisfacción formal por parte de la República, pero sí explicaciones tales que convenzan al gobierno de su majestad católica, de que la expulsión no se dirigió al embajador sino al particular, que había razones suficientes para ella y que nada estuvo más lejos de la mente del gobierno que hacer una ofensa al de España.

Si se presentaren otras reclamaciones que no estén previstas en lo que precede, deberán distinguirse las que exijan reparaciones honoríficas de saluciones de bandera, etc. y las que las requieran pecuniaria. Respecto de las primeras, el señor Doblado podrá acordar las que juzgue convenientes y que, sin ajar el honor de la República ni imponerle obligaciones perpetuas, sean únicamente concesiones arrancadas por la conveniencia de restablecer la paz.<sup>9</sup> En cuanto a las segundas, procurará que se decidan conforme a las leyes de la República; si no fuere posible, se sujetarán a un árbitro, aunque éste lo sea el mismo general Prim y, en último caso, siendo de poca cuantía y no causando su pago una deshonra, se reconocerán y su importe se aumentará a la deuda.

Por parte de la Inglaterra, se supone que las pretensiones se contraerán a la deuda de los tenedores de bonos, a la convención y a algunas reclamaciones pendientes. En cuanto a la primera, conviene no

---

<sup>9</sup> Corrección hológrafa de Juárez: tachó en el original “poner en desacuerdo y aún en pugna a las potencias aliadas”.

perder de vista que no es deuda inglesa, sino bonos al portador sin nacionalidad determinada, que el gobierno inglés nunca ha querido reclamar. No obstante puede dársele nacionalidad inglesa si de esa concesión se obtienen ventajas competentes, tales como que no exijan intervenir en las aduanas, que el rédito no pase del 3% y que le siga consignado el mismo tanto por ciento que en la última convención se les asignó sobre las aduanas marítimas.

En cuanto a la convención inglesa, se procurará que no haya alteración ninguna en el último arreglo hecho sobre ella.

Respecto a las reclamaciones pendientes, se guardarán las instrucciones dadas para las españolas que están en el mismo caso.

Quedan dos puntos que son de la mayor importancia y comprenden tanto a la Inglaterra como a la España: el modo de hacer el pago y la seguridad de que se cumplirá lo que se estipule.

En cuanto a lo primero, la única instrucción que puede darse es que quede consignado al pago el producto de las aduanas marítimas, en la parte menor que sea posible. El gobierno entiende que todo lo que sea consignar a los acreedores extranjeros, incluso los franceses, más de dos terceras partes del producto de las aduanas, es ponerse en la imposibilidad de pagar. Sin embargo, podría llegarse a las tres cuartas partes si eso hubiera de traernos el término de toda reclamación extranjera por hechos pasados y si no hubiera de hacerse fondo común de dichas tres cuartas partes para pago de bonos y convenciones. Esto demanda explicación.

Si suponemos que se asigne un 40% para tenedores de bonos, un 10% para la convención inglesa, otro 10 para la francesa y otro para la española, tendremos comprometido un 70%; mas como las convenciones por su poca monta han de quedar pagadas en pocos años, pronto comenzará el gobierno a disfrutar el 30% que se les asigne y sólo seguirá careciendo del 40% destinado a los tenedores de bonos; mientras si se hace fondo común de todo el 70% cubiertas las convenciones, seguirá todo el fondo destinado a los tenedores de bonos y como esta deuda es cuantiosa y no se ha de pagar sino en siglos, el gobierno vendría a carecer para siempre del 70%.

Si, pues, se ha de hacer fondo común, la asignación no pasará de 50% y si no, podrá llegarse hasta el 75%, comprendiendo en ambos casos toda deuda extranjera liquidada o por liquidar, sin excepción de las reclamaciones franceses ni otra alguna. Como los franceses no han de ser comprendidos en los tratados de Inglaterra y España, el señor Doblado tendrá presente lo dicho para graduar el tanto por ciento que se ha de asignar a las dos potencias mencionadas.

En cuanto a garantías, el gobierno ignora lo que propondrán los comisarios; pero, por su parte, no halla compatibles con el honor e independencia de la nación, más que las siguientes:

El gobierno expedirá bonos por valor igual a las deudas española e inglesa, los entregará a los gobiernos español e inglés y con ellos se satisfará la parte de los derechos de las aduanas marítimas que se les consigue, haciéndose dicho pago sea en nuestras aduanas o en Inglaterra y España, según se estipule. Si ese papel<sup>10</sup> deja de recibirse por orden de autoridad subalterna, sedición u otra causa, el Gobierno Supremo hará que se remueva la causa del desorden y pedirá a Inglaterra, *en caso absolutamente necesario*,<sup>11</sup> la fuerza de mar que necesite para bloquear o tomar el puerto. En este caso los gastos de dicha fuerza son a cargo del gobierno mexicano.

Si ofreciendo al comisario inglés pagar los fondos extraídos en la calle de Capuchinas se consigue atraerlo a las ideas que quedan manifestadas, se accederá a ello, procurando hacer la concesión de manera que no se siente el principio de reconocer las deudas contraídas por las administraciones reaccionarias.

En caso de que haya exigencias respecto a baja de aranceles, supresión de derechos protectores, etc., el señor Doblado<sup>12</sup> puede

---

<sup>10</sup> Juárez tachó en el original: “deja de recibirse en alguna aduana, por orden de las autoridades supremas de la Unión Mexicana será *Casus bellis* y el gobierno respectivo tendría de poner por la fuerza, si fuere necesario, un interventor en aquella aduana. Y si...”

<sup>11</sup> Agregado hológrafo de Juárez lo que está en cursivas.

<sup>12</sup> Tachado en el original por Juárez: “procurará desembarazarse de ellos con promesas generales que no importen obligaciones”.

asegurar que el gabinete profesa las doctrinas de la libertad del comercio y que se propone irlas estableciendo; pero que no puede ligarse a ello en un tratado internacional.

México, abril 15 de 1862.

(Jesús) Terán

[Nota autógrafa de Juárez]

Varias instrucciones que llevó el señor Doblado en su último viaje de Orizaba.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE  
DE LA REPÚBLICA EL 15 DE ABRIL DE 1862,  
EN LA APERTURA DE LAS SESIONES ORDINARIAS  
DEL CONGRESO DE LA UNIÓN

Ciudadanos representantes:

El precepto constitucional que me impone el deber de asistir a este acto solemne para exponer a los delegados del pueblo el estado que guarda el país, me proporciona la oportunidad de tributar un homenaje público al patriotismo de esa asamblea, cuyos dignos miembros han arrostrado todos los obstáculos propios de las circunstancias para venir a tomar su puesto y dividir con el Ejecutivo las dificultades y los peligros de la situación. La gravedad de ésta no ha podido ocultárseles. Los acontecimientos que se han sucedido, durante el receso de la Cámara, han sido de tal magnitud y han fijado de tal manera la atención de la República, que casi es inútil referirlos para dar idea de la situación que han venido a determinar.

En cuanto a la que guarda interiormente el país, nadie puede conocerla, como los miembros de esta asamblea que llegan en estos momentos de los distintos estados de la federación. La República toda continúa fielmente adicta al orden de cosas, por cuya conquista ha hecho tantos sacrificios. El régimen constitucional sigue funcionando con un grado de regularidad que no era de esperarse en circunstancias tan anormales como las presentes y la presencia aquí mismo de los representantes de todos los estados es de ellos una prueba palpable. Ciertas dificultades locales que se han venido de los inconvenientes que hay para volver a entrar en la vida normal, después de una revolución profunda y prolongada, han desaparecido incluyendo aun la que había tomado mayores proporciones, la del estado de Tamaulipas. Bajo este

aspecto, el peligro que amaga, de algún tiempo ha, la nacionalidad mexicana, ha tenido una influencia saludable, no menos que las medidas dictada por el gobierno declarando el estado de sitio en algunas demarcaciones para aplazar las cuestiones locales y concentrar toda la vitalidad de la República en la defensa nacional. Bien que esas medida hubieran sido ineficaces sin el patriotismo ejemplar de los estados que se han resignado, sin dificultad, al receso pasajero de sus poderes normales y han sabido posponer sus peculiares intereses al gran interés de la salvación nacional. Este espíritu patriótico y esta tendencia de unidad se han expresado especialmente desde que la ruptura de los preliminares de la Soledad, por parte de los plenipotenciarios de Francia, ha puesto en perspectiva para la nación, la necesidad de defender con las armas su independencia. El gobierno siente mayor aliento para afrontar esta deplorable necesidad al verse en medio de los representantes de todos los estados que simbolizan la unidad de la República. Cada uno de ellos es una prenda viva de que el pueblo mexicano está resuelto a agruparse alrededor de su pabellón y de sus instituciones, y aun repuesto todavía de las dos grandes guerras que le han dado patria y libertad, a sellar de nuevo con su sangre la independencia, la Constitución y la Reforma.

La sobreexcitación actual del espíritu público dará además excelentes frutos, no sólo en la defensa contra la agresión extranjera, sino en la pacificación interna de la República, y es una probabilidad más de buen suceso en las combinaciones que el gobierno está desarrollando para exterminar las gavillas, que sin un plan político y sin una sola consonancia en la opinión pública, extorsionan las poblaciones indefensas con el robo, el incendio y el asesinato.

La cuestión diplomática que tanta gravedad había adquirido ya, al cerrar esta asamblea sus últimas sesiones, ha ido tomando fases progresivamente interesantes, hasta llegar a la última, bajo la cual el gobierno la ha presentado en su reciente manifiesto a la nación. Ésta sabe ya que apenas los plenipotenciarios de las naciones aliadas desembarcaron en la República y pudieron ver por sus propios ojos los hechos, que la intriga y la calumnia han logrado adulterar en Europa, se disiparon las preocupaciones en que venían imbuidos, relativamente al

estado del país y tributaron en los preliminares de la Soledad un homenaje a la legitimidad de los poderes constitucionales, renunciando a toda intervención en los asuntos domésticos de la República y fijando, desde luego, el día en que debían abrirse las conferencias para el arreglo de las cuestiones de nación a nación. Empero, los representantes del gobierno francés, después de haber tomado parte en este acto de buena fe y de justicia, prestaron la sombra de su bandera a un hombre manchado con el crimen de traición, que ha puesto en subasta pública en Europa la independencia de su patria y prestándose gradualmente a esa influencia espuria han venido al extremo de romper el pacto solemne con que se habían ligado a la faz de la nación y el mundo entero. Al dar ese paso injustificable, revocan también en duda la legitimidad del poder que pocos días antes habían reconocido como legal y sólido, retractan virtualmente la protesta de no intervenir en nuestra política interior y, arrogándose un derecho que la razón humana condena y de que todas las potencias contemporáneas han convenido en abstenerse en obsequio de la justicia, de la civilización y de la paz universal, anuncian que harán uso de la fuerza a favor de un bando vencido en la República por las armas y por la opinión nacional. En la situación a que ha dado origen esta violación inesperada de un pacto solemne, el gobierno no ha hecho más que aplicar su norma constante de conducta en las relaciones internacionales: encerrarse en los límites de una prudente moderación, abstenerse de todo acto agresivo y prepararse a repelar la fuerza con la fuerza. Por azarosa que sea la lucha a que el país es provocado, el gobierno sabe que las naciones tienen que luchar hasta salvarse o sucumbir cuando se intenta ponerlas fuera de la ley común y arrancarles el derecho de existir por sí mismas y de regirse por voluntad propia. En este sentido, el Ejecutivo se ha visto admirablemente secundado por el espíritu nacional y tiene la certidumbre de que lo será también por el patriotismo de esta asamblea.

El gobierno abraza la esperanza de que las diferencias pendientes con las otras dos potencias, que a más de la Francia tomaron parte en la convención de Londres, se arreglarán por medio de negociaciones pacíficas. Hay una garantía de ello en la conducta reciente de los dignos

representantes de esas dos naciones y en el propósito del gobierno de llevar con ellas el espíritu de conciliación y deferencia hasta donde la razón y la dignidad nacional lo permitan.

Las relaciones con las demás potencias amigas no han tenido más alteración, durante el receso de la Cámara, que los indicios que advierte el gobierno de que en la prueba que se prepara a la República, no le faltarán las simpatías y acaso el concurso de otros pueblos. Las repúblicas americanas dan muestras de comprender que los sucesos de que México está siendo teatro, afectan algo más que la nacionalidad mexicana y que el golpe que contra ella se asesta, heriría no sólo a una nación, sino a todo un continente. La República del Perú se ha servido de una misión especial para expresar su simpatía eficaz por México, con motivo de la crisis que atravesamos. El gobierno se propone seguir cultivando empeñosamente las relaciones cordiales con todas las naciones amigas y utilizar las simpatías especiales de que algunas de ellas le están dando pruebas.

La representación nacional cerró su último periodo de sesiones con un acto de confianza inspirado por las dificultades de la situación. Éstas han aumentado notablemente, y el gobierno que tiene la conciencia de haber hecho un uso patriótico del poder extraordinario con que le invistió el cuerpo legislativo, aguarda de él hoy, el mismo grado de confianza con que la representación nacional le honró en días menos difíciles. El Ejecutivo ve la instalación de esta asamblea como un ejército próximo a combatir, ve la llegada de un refuerzo, porque sabe que de ningún poder propiamente nacional debe esperar más que ayuda e incremento en la energía de acción, que hacen tan necesaria las emergencias actuales. El gobierno está seguro de que este cuerpo soberano, durante las sesiones que hoy inaugura, servirá de foco al espíritu público que se expresa en todos los ámbitos del país, inspirando hasta a los ciudadanos más oscuros, sacrificios que tienen por objeto allanar las dificultades que pueden embarazar la marcha del gobierno y poner en sus manos elementos con qué poder dominar la situación.

Dije.

RESPUESTA DEL DIPUTADO SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA,  
PRESIDENTE DEL CONGRESO, AL PRESIDENTE JUÁREZ,  
EN LA APERTURA DEL PERÍODO DE SESIONES  
DEL CONGRESO

Señor presidente:

En cumplimiento del precepto constitucional, los representantes del pueblo abren hoy el segundo período anual de sus sesiones.

Durante él debe el Congreso, en tiempos normales, consagrar una atención especial a examinar las cuentas y votar el presupuesto, fijando los gastos de la administración y decretando los impuestos necesarios. Ha querido el código fundamental, con prudente sabiduría, que el Congreso, en el segundo período de sus sesiones, cumpla perfectamente uno de los objetos más importantes del sistema representativo, en todo lo que se refiere al progreso y mejoras de la condición social, a los intereses de la hacienda y a las exigencias del crédito público.

Para consolidar el régimen constitucional y disfrutar los bienes del sistema representativo, el pueblo mexicano, sin detenerse por la magnitud de los sacrificios, ha luchado con constancia y con fe hasta vencer las resistencias interiores de los que tenían interés en oponerse a los principios de la libertad, de la Reforma y de la civilización. Sin embargo, lejos de acabar para la República los días de prueba, hoy se ve sujeta a otra mayor por la injusta agresión de enemigos exteriores.

Los gobiernos de tres naciones europeas celebraron la convención de Londres, el 31 de octubre de 1861, para traer la guerra a México, engañados por la relación de supuestos agravios y por falsos informes que algunos daban con el fin de lograr mezquinos intereses. Se suponía que la República estaba en completa anarquía, que no había verdadero gobierno y que no existía ningún orden reconocido, cuando, por el

contrario, había sido completo el triunfo de la causa constitucional, cuando sólo quedaban pequeños restos de la facción vencida y cuando el Poder Federal y los de todos los estados de la República, estaban funcionando regularmente conforme a lo dispuesto en la Constitución.

Es digno de notarse que, apoyada la invasión de tales pretextos, hoy mismo, si no fuera por ella, no habría habido necesidad de suspender en algunos estados la marcha regular de las autoridades constitucionales y, además, hace tiempo que habrían acabado de desaparecer los miserables restos de la facción vencida si los poderes generales no hubieran visto embarazada su acción por las cuestiones extranjeras.

Dos de las naciones aliadas, la Inglaterra y la España han dado de esto la prueba más solemne. Obrando sus comisarios noble y lealmente luego que palparon la falsa pintura que de la condición de la República se habría hecho a sus gobiernos, han prescindido de toda idea de intervención política, limitándose a pedir que en el terreno de los tratados se arreglen las cuestiones pendientes. La República no olvidará esta noble conducta, para confirmar más el propósito que siempre ha tenido de atender todas las reclamaciones que se le hagan, hasta donde sea justo y posible satisfacerlas.

Por desgracia, los representantes del gobierno francés no han procedido de la misma manera. Han roto la convención de Londres, han faltado a los preliminares de la Soledad y se han separado de sus aliados para proteger a un traidor o, más bien, para tratar de imponernos el gobierno de una facción rechazada por la gran mayoría de los mexicanos. El escándalo de esta conducta resonará en todas las naciones civilizadas, así en América como en Europa y aun la misma Francia.

La elevada ilustración de los franceses y las simpatías que los residentes entre nosotros han mostrado siempre por nuestra revolución liberal, son una prenda segura de que aun en Francia será favorable a México la opinión pública. Tal vez puede esperarse que el mismo gobierno francés no apruebe la conducta de sus comisarios ni consienta que la bandera francesa quede manchada con una deslealtad ni quiera que las gloriosas armas de Francia, que a todas partes han llevado los principios de la libertad y de la civilización, combatan en México con el

intento de destruir un gobierno que proclama y defiende esos principios, para pretender sustituirlo con otro que proclamase los de retroceso y de reacción.

Sin embargo, entretanto la República va a verse en guerra con una de las más poderosas naciones y en circunstancias tan graves, la representación nacional viene a compartir con el gobierno las dificultades y los peligros de la situación.

Si, conforme a la naturaleza del sistema representativo, el Congreso se reservara acaso tomar parte en la solución definitiva de las cuestiones pendientes, sin duda que no se negará nada al gobierno de todo el poder que le sea necesario para defender dignamente a la nación.

El gobierno debe confiar en el patriotismo que nunca ha desmentido el Congreso en todos los momentos supremos y el Congreso también confiará siempre en el patriotismo del gobierno. Nunca vacilará el Congreso en conferir al gobierno cuantas facultades necesite para la salvación de la patria y lo hará con tanta más confianza cuanto que el supremo magistrado de la República ha demostrado antes, en circunstancias bien difíciles y ha vuelto a demostrar ahora, toda la ilustración y energía, toda la prudencia y la incontrastable firmeza con que defiende los derechos y los intereses de la nación.

Por parte de ella, todos debemos confiar en el acrisolado patriotismo de la mayoría inmensa de los mexicanos. Aún está fresca la memoria de los héroes de la guerra de independencia, para imitarlos, y viven aún muchos de los ilustres caudillos de la revolución liberal, que sabrán guiar a los mexicanos. La República podrá contar con que todos sus hijos le ofrecerán sus personas y sus bienes para defender hasta el último extremo la independencia y la soberanía de la nación.

Abril 15 de 1862.

ZAMACONA, PLENIPOTENCIARIO PARA FINIQUITAR  
EL TRATADO CON ESTADOS UNIDOS

Benito Juárez, presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos

A todos los que el presente vieren, sabed:

Que habiéndose firmado un convenio estipulado un préstamo de 11 millones de pesos por parte de los Estados Unidos de América a los Estados Unidos Mexicanos y juzgando conveniente para complementar el dicho convenio con arreglo a su artículo 4º elegir una persona digna y autorizada y, teniendo entera confianza en la ilustración y patriotismo del ciudadano don Manuel María de Zamacona, le he nombrado para que con el carácter de plenipotenciario *ad hoc* arregle y termine con su excelencia Thomas Corwin, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América, cuanto convenga al entero cumplimiento del referido tratado, a cuyo fin le confiero el presente pleno poder.

En fe de la cual se le extiende el presente, firmado de mi mano, autorizado con el gran sello de la nación y refrendado por el ministro de Relaciones Exteriores.

Dado en el Palacio Nacional en México a los 16 días del mes de abril del año mil ochocientos sesenta y dos, cuadragésimo segundo de la independencia de la República.

(Benito Juárez)

A LA TROPA LE FALTAN FUSILES

Puebla, abril 16 de 1862

Telegrama recibido en México, abril 15 de 1862, a las ocho y cuarenta minutos de la noche

Excelentísimo señor presidente:

He llegado sin novedad. No puede intentarse nada sobre Matamoros, porque ni Lamadrid ni Quezada han llegado a ésta. Lo verificarán mañana. Sírvasse usted comunicar al general O'Horan, que no se mueve hasta recibir aviso del señor general González Mendoza. No hay aquí fusiles y es absolutamente indispensable que vengan 300 para el batallón de Morelia. Sírvasse usted disponer que proporcionen 100 cada uno de los tres batallones de guardia nacional que tienen sobrantes y mandan los señores Mejía, López y Rangel. Cualquiera sacrificio debe hacerse para que vengan pronto.

(Manuel) Doblado

LOS PLENIPOTENCIARIOS FRANCESES  
PRETENDEN LIMITAR FACULTADES  
SOBERANAS DE MÉXICO

A S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores  
México

Los infrascritos, plenipotenciarios de S. M. el emperador de los franceses, han sido informados de que el gabinete de México ha concluido hace algunos días o está a punto de concluir con un gobierno extranjero un tratado, según el cual vende, cede, enajena o hipoteca a favor de éste una parte considerable de terrenos, propiedades o rentas pertenecientes al Estado, en cambio de un préstamo o adelanto de una cierta cantidad de dinero.

Los infrascritos, sin examinar el mayor o menor fundamento que pueden tener los rumores esparcidos sobre el particular, creen de su deber protestar solemnemente, como lo hacen, a nombre del gobierno del emperador y por intereses de sus nacionales, contra cualquier tratado o convención que tenga por objeto, de parte de México, vender, ceder, enajenar o hipotecar en favor de quien quiera que sea, todo o parte de los terrenos, propiedades o rentas del Estado, por formar dichos terrenos, propiedades y rentas, la prenda sobre que descansan los créditos que la Francia tiene que hacer contra México.

Los infrascritos aprovechan esta ocasión para renovar a S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores, las seguridades de su distinguida consideración.

Córdoba, 15 de abril de 1862.

Alphonse (Dubois) de Saligny

E. Jurien (de la Gravière)

## EL GOBIERNO MEXICANO CONTESTA CON DIGNIDAD

A VV. EE. los señores comisarios  
de S. M. el emperador de los franceses

El infrascrito, encargado *ad interim* del ministerio de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, tiene el honor de contestar la nota de VV. EE. los señores comisarios de S. M. el emperador de los franceses, fechada en Córdoba el día 15 de abril corriente.

Como el gobierno de la República no reconoce derecho en los señores comisarios de oponerse a los tratados que celebre con cualesquiera potencias, respetando los compromisos que con sus legítimos deudores tiene contraídos, el infrascrito se limita a acusarles recibo de la protesta que en dicha nota hacen contra todo tratado que México haya celebrado o celebre con cualquier gobierno extranjero, vendiéndole, cediéndole, enajenándole o hipotecándole el todo o parte de los terrenos, propiedades o rentas de la nación.

El infrascrito añadirá únicamente, por orden del presidente, que la protesta de los señores comisarios no le impedirá celebrar los tratados o convenciones a que se refiere, siempre que lo juzgue conveniente y quepa en sus facultades, por usa en ello de un derecho inherente a la soberanía e independencia de la nación.

El infrascrito tiene el honor de protestar a los señores comisarios su distinguida consideración.

Libertad y Reforma, México, abril 20 de 1862.

Jesús Terán

LOS PLENIPOTENCIARIOS FRANCESES PRETENDEN  
CULPAR A MÉXICO DEL ROMPIMIENTO  
DE LOS PRELIMINARES DE LA SOLEDAD

Córdoba, 16 de abril de 1862

A S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores

Los infrascritos y plenipotenciarios de S. M. el emperador de los franceses, tienen el honor de acusar recibo al señor ministro de Relaciones Exteriores, de la nota colectiva, sin fecha, que les ha sido entregada por sus colegas los representantes de S. M. la reina del Reino Unido de la Gran Bretaña y de S. M. la reina de España, así como de una nota igualmente sin fecha que les ha sido dirigida particular y directamente por el señor Doblado.

Si los infrascritos no quisieren evitar recriminaciones sin objeto como sin dignidad, nada les sería más fácil que establecer, con ayuda de hechos, que no son los representantes del emperador los que han tratado, bajo un pretexto pueril, de eludir las negociaciones, ni tampoco que hayan venido a México para combatir las ideas de reforma y libertad o su independencia nacional, sino que el mismo gobierno es quien ha despedazado con sus manos los preliminares de la Soledad, persistiendo desde el día siguiente al en que se firmó aquella convención y, con doble violencia, en entregarse cada día a los mismos actos culpables contra las propiedades y los súbditos de S. M. I. y contra los principios más sagrados del derecho de gentes que habían acabado por obligar a las potencias aliadas a exigir su reparación por la fuerza.

Los infrascritos sienten tener que añadir que otros hechos enteramente recientes, tales como el asesinato de varios soldados franceses en el camino de Veracruz y en los alrededores de Córdoba,

proporcionan una nueva prueba de que el gobierno mexicano no tiene ni voluntad ni poder para cumplir con las obligaciones impuestas a todo gobierno civilizado.

En semejante estado de cosas, los infrascritos, convencidos de la inutilidad de recurrir por más tiempo a la vía de las negociaciones, no pueden sino referirse a su nota de 9 de abril y se apresuran a aprovechar esta ocasión para renovar al señor ministro de Relaciones Exteriores, la seguridad de su distinguida consideración.

E. Jurien (de la Gravière)

Alphonse (Dubois) de Saligny

JUÁREZ INVOCA EL JUICIO DE LA HISTORIA  
RESPECTO AL INCUMPLIMIENTO  
DE LOS PRELIMINARES DE LA SOLEDAD

A VV. EE. los señores comisarios  
de S. M. el emperador de los franceses  
Córdoba

El infrascrito, encargado *ad interim* del ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, tiene el honor de contestar la nota que con fecha 16 del presente mes le dirigen de Córdoba VV. EE. los señores comisarios del emperador de los franceses.

El ciudadano presidente, a quien di cuenta con la referida nota, rechaza la imputación que en ella se le hace de haber faltado a los preliminares de la Soledad. Es de todo punto falso que haya atacado la propiedad de ningún súbdito francés y, si acaso son ciertos los asesinatos cometidos en el camino de Veracruz a Córdoba, es decir, en los puntos ocupados por los aliados, el gobierno ni ha tenido noticia de ellos ni ha podido por consiguiente, perseguir a los malhechores como lo habría hecho si VV. EE. le hubieran dado de ello conocimiento. Hoy, que por primera vez se le habla de esos delitos, da orden de practicar la averiguación correspondiente.

Por lo demás, pocos días después de firmados los preliminares, los señores comisarios abrigaron a varios reos de la República, de los cuales unos vinieron de Europa, otros estaban en Veracruz huyendo de sus jueces y otros se han separado de las fuerzas sublevadas en que militaban para ir a concertar de consuno el trastorno del orden público, según consta de documentos que obran en este ministerio. Esos mismos reos se han trasladado a poblaciones sujetas al gobierno, custodiadas por fuerzas francesas, cuyos jefes han impedido a las autoridades locales el libre

ejercicio de sus funciones estipulado en los preliminares. Otros jefes franceses han llegado hasta a reducir a prisión a algunas autoridades mexicanas amenazándolas con fusilarlas por injustos y frívolos pretextos.

Si estos hechos y el haber faltado a las conferencias estipuladas en los preliminares, son o no una infracción de ellos, lo dirá la historia y lo atestiguarán los comisarios, jefes y fuerzas inglesas y españolas, a cuya vista han pasado.

El infrascrito tiene el honor de protestar a los señores comisarios su distinguida consideración

Libertad y Reforma. México, abril 20 de 1862.

Jesús Terán

PROCLAMA DE LOS COMISARIOS FRANCESES  
ANUNCIANDO LA GUERRA

Córdoba, a 16 de abril de 1862

Mexicanos:

Nosotros no hemos venido a tomar partido en vuestras divisiones; hemos venido a liquidarlas. Nosotros queremos llamar a todos los hombres de bien a colaborar en la consolidación de la regeneración de vuestra bella patria. Para demostrar el sincero espíritu de conciliación que nos anima, nos dirigimos primero al mismo gobierno que nos había inferido los más serios agravios. Le pedimos que aceptara nuestra asistencia para fundar en México un estado de cosas que, en lo porvenir, nos evitara la necesidad de estas expediciones lejanas cuyo más grande inconveniente es que suspenden el comercio y turban el curso de las relaciones que podrían ser tan provechosas para Europa y para vuestro propio país. El gobierno mexicano ha respondido a la moderación de nuestra conducta con medidas a las que nunca hemos estado dispuestos a prestar nuestro apoyo moral y que el mundo civilizado nos reprocharía sancionar con nuestra presencia. Ahora la guerra está declarada entre él y nosotros, pero nosotros no confundimos al pueblo mexicano con una minoría opresiva y violenta. El pueblo mexicano siempre ha tenido derecho a nuestras más vivas simpatías. A él le toca mostrarse digno de ellas. Nosotros dirigimos un llamado a todos aquellos que tienen confianza en nuestra intervención, no importa el partido al que hayan pertenecido.

Ningún hombre juicioso se inclinará a creer que el gobierno dimanado del sufragio de una de las naciones más liberales de Europa pudiera abrigar, ni un solo instante, la intención de restaurar en un pueblo extranjero antiguos abusos e instituciones que ya no son de este siglo.

Nosotros queremos una justicia igual para todos y que esta justicia no sea impuesta por nuestras armas. El pueblo mexicano debe ser él mismo, el primer instrumento de su salvación. Nuestro único propósito es inspirar, a la parte honrada y pacífica del país, el valor de expresar su voluntad. Si la nación mexicana permanece inerte, si no comprende que le ofrecemos una inesperada ocasión para salir del abismo, si no viene a dar con sus esfuerzos un sentido y una moralidad práctica a nuestro apoyo, evidentemente no tendremos que ocuparnos sino en los intereses precisos en cuya vista se concluyó la convención de Londres.

Que los hombres tan prolongadamente divididos por querellas que ya no tienen objeto se apresuren, pues, a venir a nosotros. El destino de México está en sus manos. La bandera de Francia ha sido plantada en el suelo mexicano, esta bandera no retrocederá. Que los sabios la acojan como una bandera amiga. Que los insensatos osen combatirla.

Los plenipotenciarios franceses en México.

Alphonse (Dubois) de Saligny

Jurien (de la Gravière)

EL GENERAL JUAN N. ALMONTE  
A LOS MEXICANOS

Córdoba, abril 17 de 1862

Compatriotas:

Hace algunos días deseaba dirigiros la palabra para informaros del objeto de mi venida a la República; pero la circunstancia de estar pendiente una amnistía y encontrarme bajo la protección de las armas francesas no me permitía hablar y me obligaba a esperar la oportunidad de hacerlo. Ahora que los representantes de Francia se encargan de la situación y manifiestan los verdaderos deseos de los gobiernos aliados, creo de mi deber romper el silencio que había guardado contra mi deseo, el cual ha sido un pretexto para que los enemigos del orden abusen publicando proclamas apócrifas.

Al regresar al seno de mi patria os diré que no vengo animado de otros sentimientos que los de contribuir a la pacificación de la República y de cooperar al restablecimiento de un gobierno nacional, de verdadera moralidad y orden, que acabe para siempre con la anarquía y dé suficientes garantías para las vidas y propiedades, tanto de los nacionales como de los extranjeros.

Extraño a la lucha sanguinaria que por tantos años ha desolado nuestro hermoso país, escandalizando al mundo entero, al grado de llamar seriamente la atención de las grandes potencias de la Europa occidental, mis esfuerzos siempre se dirigirán a procurar la reconciliación de nuestros hermanos y a desterrar de entre ellos el odio y disensiones. Afortunadamente, para obtener tan doble objeto, no tengo venganzas que satisfacer ni recompensa alguna que pedir. Suficientemente recompensado por la nación, por los servicios que fueron de mi deber

prestarle, antes y después de su independencia, mi solo deseo, por ahora, es el de poder ofrecer el último y más importante, antes de descender al sepulcro y ese servicio es el de procurarle la paz de que ha sido privada por tanto tiempo.

Por otro lado, teniendo razón de saber, como sé, los deseos de los gobiernos aliados y particularmente los de S. M. el emperador de los franceses, que son los de ver restablecido en nuestro desgraciado país — y por nosotros mismos— un gobierno firme de moralidad y orden, que haga desaparecer el merodeo y vandalismo de todos los rincones de la República y para que el comercio adquiriera las inmensas ventajas que ofrece nuestro fertilísimo suelo por su natural riqueza y su posición geográfica, he creído conveniente apresurarme a explicaros esas intenciones que, por otra parte, envuelven a la idea filantrópica de hacer efectiva y duradera la independencia, la nacionalidad y la integridad del territorio mexicano.

Para el establecimiento de un buen orden de cosas, deberéis confiar en la eficaz cooperación de Francia, cuyo ilustre soberano hace sentir siempre su benéfica influencia en todas partes donde haya que hacerse prevalecer una causa justa y civilizadora.

Mexicanos, si mis honrosos antecedentes, si mis servicios prestados a la patria, tanto en la gloriosa guerra de nuestra independencia como en la dirección de su política en los distintos períodos en que ha formado parte de nuestro gabinete y representación a la nación en el exterior; si todo esto, repito, me hace acreedor a vuestra confianza, unid vuestros esfuerzos a los míos y os seguro que pronto obtendremos el resultado de establecer un gobierno adecuado a nuestra naturaleza, necesidades y creencias religiosas. Os lo asegura vuestro compatriota y gran amigo.

Juan N. Almonte

## SOLEMNE COMPROMISO DE UN BATALLÓN OAXAQUEÑO

El ciudadano Rafael Ballesteros, teniente coronel del batallón Morelos de Oaxaca, a los ciudadanos que me obedecen:

Soldados:

La protesta que habéis hecho de defender vuestra bandera, es el acto más solemne para los soldados leales que saben, como vosotros, conservar intacto el honor nacional y los derechos del ciudadano mexicano.

Este acto por mil títulos honrosos, en momentos en que la nación se agita para disputar su libertad, será debidamente consignado en el catálogo de los hechos grandes y será también un vínculo más que aumentará vuestro entusiasmo y conocido valor, a la hora en que los enemigos desarrollen su plan de traición.

Al llegar tan apetecidos instantes, recordad que somos hijos del heroico estado de Oaxaca y que, habiendo confiado sus armas a vuestra lealtad, sólo corresponderemos con derramar nuestra sangre en la defensa de nuestros hermanos altamente ultrajados. Si vencemos, la gloria será para el estado que nos honró con sus armas; si somos vencidos, habremos sucumbido con honor y cumplido con el deber de ciudadanos.

Soldados; El orgullo que posee mi corazón con el acontecimiento de hoy es inexplicable; bien conocéis que os amo de corazón y podéis estar seguros de que tendrá la honra de morir con vosotros, vuestro jefe y amigo.

Ingenio, abril 17 de 1862.

Rafael Ballesteros

PORFIRIO DÍAZ ABANDERA  
EL BATALLÓN MORELOS

El general en jefe de la segunda brigada de la tercera división de Oriente,  
al batallón Morelos

Mis amigos:

Me es grato y muy honroso poner en vuestras dignas manos la bandera que el primer magistrado de la nación os regala; en ella tenéis el título de la entidad moral de vuestro batallón y el timbre de vuestras virtudes y glorias militares; título tanto más estimable para vosotros, cuanto que es la enseña misma de nuestra nacionalidad y lleva el nombre de uno de los más ilustres héroes que nos la compraron al precio de su sangre.

Como testigo que gustoso me he constituido de la solemne protesta que vais a hacer, es de mi deber conjuraros a su cumplimiento y tomarlo a mi cargo en vuestro defecto; mas como soy también testigo oculto de vuestro denuedo y más de una vez me habéis honrado con el participio de vuestras glorias, sólo me limito a ofreceros que en la lid, tan sangrienta como justa, estaré siempre a vuestro lado y que vuestra bandera triunfante, o nuestros cadáveres al pie de su casa, serán el mejor testimonio que demos al mundo, de que vuestras protestas tienen su origen en el corazón y en la justicia y de que sois dignos hijos de Morelos, contraste del monstruo que hoy atenta villanamente contra su patria y la honra de su ilustre padre.

Porfirio Díaz

UNA FRAGATA FRANCESA APOYA A LOS REACCIONARIOS  
EN ISLA DEL CARMEN

Mérida, abril 17 de 1862

Señor presidente don Benito Juárez  
México

Muy respetable amigo y señor:

Oportunamente tuve el gusto de recibir y hoy el de contestar sus favorecidas de 27 de febrero y 12 de abril últimos, habiendo publicado inmediatamente el decreto de usted erigiendo en estado el distrito de Campeche, y aunque pasé un ejemplar de dicho decreto a la legislatura para que cumpliese con lo que se previene en su artículo 2º, ésta no hizo nada sobre el particular, seguramente porque ya tenía dado con anterioridad su dictamen, el mismo que fue comunicado al Gobierno Supremo por conducto del ministerio de Gobernación o no lo dio de nuevo por espíritu de oposición, pues como indiqué a usted en mi anterior, dos o tres miembros de aquel cuerpo me la hacían muy personalmente y con la mayor injusticia. El decreto de usted ya citado es de mi aprobación, por las circunstancias en que se encuentra la península y porque no se podía hacer otra cosa, supuesto que es un hecho consumado que satisface los deseos de los campechanos y que pone su término a las continuas guerras civiles entre aquella parte del estado y ésta de mi mando, a lo que se agrega las relaciones de buena amistad y armonía que guardo con sus autoridades y que son la más segura garantía para que auxiliados mutuamente, no se turbe la paz pública a pesar de las maquinaciones de Azereto y otros que no cesan de conspirar por

restablecer su odios dominación, no parándose en los medios por conseguirlo.

Su favorecida del 12 de abril me deja impuesto con sentimiento, del rompimiento con la Francia y de la política que piensa seguir el gobierno, habiendo mandado publicar por el periódico oficial los documentos impresos que a ella me adjunta, no dudando usted un solo momento de la cooperación de este estado para combatir a nuestros injustos enemigos, a pesar de las tristes circunstancias en que se encuentra Yucatán; pero si desgraciadamente llegase a ser invadido por fuerzas extranjeras, sus hijos demostrarán, con la energía que los distingue, de todo lo que es capaz un mexicano justamente indignado.

Pronto sabrá usted que la Isla del Carmen se pronunció por Almonte protegida por la fragata de guerra francesa *La Granade* y el señor García, gobernador de Campeche, sabedor de la noticia mandó 200 hombres al Carmen para volverla al orden; mas esta fuerza ha tenido sus inconvenientes para llegar a su destino, porque el referido buque se lo ha impedido haciéndole fuego, por lo que desembarcó la fuerza en Champotón dando parte su jefe de todo al expresado señor García, quien se asegura disponía continuar su marcha al Carmen la citada fuerza por tierra pues de otro modo no podría ser, como usted comprenderá. En fin, entiendo que aquel gobierno habrá dado a usted cuenta circunstanciadamente de todo lo ocurrido.

Respecto de las recomendaciones que tanto de oficio como en lo particular me hace usted de los extranjeros residentes en el estado, esté usted persuadido de que serán cumplidas como deseo y es de mi deber teniendo la satisfacción de ansiarle de que hasta hoy no han sido molestados y que todos gozan de las más amplias garantías.

Desde mi ingreso al gobierno me es grato comunicarle de que no ha sido deportado ningún indígena para La Habana, pues he cumplido estrictamente con su decreto relativo, dictando al mismo tiempo las providencias convenientes para evitar el abuso de los que se ocupan en el vergonzoso tráfico de carne humana.

Sin otro particular me repito de usted su afectísimo amigo y  
obediente servidor que lo aprecia y b. s. m.

L. Irigoyen

PROYECTO DE TRATADO QUE PRIM PROPUSO  
AL GOBIERNO CONSTITUCIONAL

S. E. el presidente de la República Mexicana y S. M. la reina de España, animados del más vivo deseo de restablecer las relaciones diplomáticas que desgraciadamente se hallan interrumpidas entre España y México y de hacer renacer los sentimientos de fraternal cariño que deben reinar dos pueblos que reconocen el mismo origen, profesan la misma religión y hablan el mismo idioma, han resuelto celebrar un tratado que satisfaga los deseos de ambos gobiernos y en el cual se estipulen de una manera solemne y definitiva todas las reparaciones que son debidas a España por la República Mexicana a consecuencia de los lamentable excesos cometidos en el territorio de la última. Por este medio desaparecerán, de una vez y para siempre, las diferencias existentes entre las dos naciones.

A este fin han nombrado por sus plenipotenciarios, a saber: S. E. el presidente de la República Mexicana al excelentísimo señor don Manuel Doblado, general de división, ministro de Relaciones Exteriores y de Gobernación de la República y S. M. la reina de España al excelentísimo señor don Juan Prim, conde de Reus, marqués de los Castillejos, grande de España de 1ª clase, gentilhombre de Cámara con ejercicio, gran cruz de la orden militar de San Fernando y de la de Carlos III, de la de Medjidic de Turquía, del León y del Sol de Prusia, de la del Dannebrog de Dinamarca, senador del Reino, teniente general de los reales ejércitos e ingeniero general, los cuales, después de haberse manifestado recíprocamente sus plenos poderes que fueron hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

## Artículo 1º

El gobierno mexicano, convencido por la conducta noble, leal y desinteresada de España en los recientes sucesos, de que la antigua metrópoli es la nación que con más sinceridad y vehemencia desea la felicidad y el engrandecimiento de los estados hispanoamericanos, saludará al pabellón español con las solemnidades de costumbre y nombrará una representante de la República que irá inmediatamente a la corte de Madrid con el expreso encargo de dar satisfacción a S. M. la reina de España por la expulsión de su embajador, don Joaquín Francisco Pacheco.

## Artículo 2º

El gobierno de México se obliga al pago de indemnizaciones equitativas a los súbditos españoles a quienes corresponden, por los daños que les causaron a consecuencia de los crímenes cometidos en las haciendas de San Vicente y Chiconcuaque y en el Mineral de San Dimas; reconoce el derecho que asiste a España para exigir el resarcimiento de los perjuicios sufridos por súbditos españoles a consecuencia de las vejaciones y tropelías que posteriormente se han cometido o en lo futuro se cometieren; se compromete a castigar ejemplarmente a los perpetradores de tales delitos y a las autoridades que, pudiendo impedirlo, los consintieron o en adelante los consintieren y ofrece hacer los más eficaces esfuerzos para que en lo sucesivo no se repitan semejantes atentados.

El importe de las indemnizaciones arriba mencionadas se fijará por dos comisionados, uno de cada una de las naciones contratantes, a quienes los interesados presentarán todos los datos, pruebas y antecedentes que puedan contribuir a asegurar el acierto y equidad de sus acuerdos.

### Artículo 3º

El tratado de 12 de noviembre de 1863 volverá a regir como si nunca se hubiera dejado de cumplir.

### Artículo 4º

Para el pago de los créditos comprendidos en dicho tratado se seguirá destinando la misma cuota, parte de los productos de aduanas que a esta atención se aplicaba cuando aquel tratado estaba en pleno vigor pero como los intereses atrasados de dichos créditos alcanzan a una suma considerable, el cálculo de su importe se hará por los dos comisionados de que trata el último párrafo del artículo 2º y para su pago señalará el gobierno de México el 2% de los derechos de aduana hasta completa extinción de este crédito adicional.

### Artículo 5º

El gobierno de México pagará la suma de 40,000 pesos fuertes a los dueños y cargadores de la barca española *Concepción*, indebidamente apresada por el vapor mexicano *Constitución o Indianola*.

### Artículo 6º

Todos los pagos de que tratan los artículos que preceden serán obligatorios desde que la aduana de Veracruz vuelva a ser administrada por el gobierno de México y, como garantía del cumplimiento de lo pactado, dicho gobierno se obliga a admitir en dicha aduana de Veracruz y demás que se designen, interventores nombrados por el gobierno de España, con facultades para vigilar las operaciones y examinar las cuentas de dichas dependencias y exigir la estricta observancia de lo estipulado en el presente tratado.

### Artículo 7º

El gobierno de México reconoce que debe satisfacer al de S. M. C. los gastos ocasionados por los aprestos militares de la expedición que ha venido a México a apoyar las demandas de España, según liquidación que en su caso se presentará y satisfará dichos gastos si el gobierno español lo exige.

### Artículo 8º

Este tratado será ratificado por S. E. el presidente de la República y por S. M. la reina de España y las ratificaciones se canjearán en Madrid en el término de seis meses contados desde esta fecha o antes, si fuere posible.

En fe de lo cual los infrascritos plenipotenciarios lo han firmado y sellado con sus sellos respectivos.

Fecho por duplicado en Orizaba, a 19 días del mes de abril del año del Señor de 1862.

El conde de Reus

EL GENERAL SERRANO MUESTRA SUS CARTAS  
A FAVOR DE UNA POLÍTICA INTERVENSIONISTA

(La Habana, 17 de abril de 1862)

(A V. E. Juan Prim)  
(Veracruz)

El vapor de guerra de S. M., *Ulloa*, despachado expresamente de Veracruz para traer la comunicación de V. E., fecha 9 del actual, llegó en la mañana de ayer. La lectura de aquel importante documento produjo en mi ánimo una sorpresa que difícilmente podré significar. La resolución de V. E. es tan grave y trascendental que puede ocasionar los grandes conflictos que a su penetración no se ocultan y que, si todavía es tiempo, deben evitarse, aun a costa de cualquier sacrificio, si tal nombre puede merecer nunca cuanto se hace en obsequio de la reina y de la patria.

Yo abrigaba la esperanza de que la conferencia anunciada por V. E. en su despacho anterior, daría un resultado precisamente contrario al que en efecto ha tenido; me lisonjeaba aún de que los plenipotenciarios de tres poderosas naciones europeas y a quienes más directa o inmediatamente importa robustecer su influencia en la política americana, no darían el espectáculo de una disidencia abierta, cabalmente allí donde debieran manifestarse más compactos y en los momentos mismos en que tienen a su cargo la misión más alta y civilizadora que puede comprenderse: la de vindicar a sus nacionales de los agravios recibidos, la de exigir reparaciones por ofensas intolerables y la de acabar con la anarquía y el desconcierto, sin otras intenciones ulteriores más interesadas.

Desgraciadamente no ha sucedido así y hay que lamentar que el acuerdo y la buena inteligencia tan expresa y repetidamente

recomendadas por S. M. se hayan desvanecido de todo punto, dejando el campo al disgusto, a la tibieza y, lo que es más, al rompimiento.

Respeto como debo las razones que V. E. haya podido tener para proceder en los términos que lo han hecho; fío mucho en su claro juicio y sobre todo y más que todo en su acendrado patriotismo para creer su conducta hija de causas que no sean tan nobles y tan generosas como lo es el carácter de V. E.; no entraré, por lo mismo, en el fondo de la cuestión, ni discutiré tampoco el Tratado de la Londres ni si el convenio de la Soledad ligó a los plenipotenciarios de tal manea que no pueda considerarse quebrantado por la conducta posterior de Juárez. Dejo la resolución de estos particulares al gobierno de S. M., juez único y competente para decidir sobre ellos. No entraré a discurrir sobre las facultades de V. E. en su doble carácter de plenipotenciario y de comandante en jefe del cuerpo expedicionario; en uno y otro concepto V. E. es responsable de sus actos y puede a su voluntad permanecer o retirarse, según lo exijan la conciencia de su deber y la manera con que haya comprendido la misión que le encomendada.

Pero, si tal es mi opinión en cuanto a la persona de V. E., está muy distante de serlo en lo que respecta a la permanencia o alejamiento de las tropas. Éstas se hallan en territorio mexicano en virtud de órdenes especiales de S. M. y con una misión especial también que aún no está cumplida. V. E., como plenipotenciario y como general, no puede, en mi concepto, decidir la completa separación de las fuerzas que manda, del objeto primordial a que estaban destinadas y el hacerlo es de la facultad exclusiva del Gobierno Supremo, comprometido por un tratado internacional, de cuya existencia o de cuya anulación él solo puede decidir. Podrá ser que, de acuerdo con la política sostenida por V. E. desee, en efecto, que las tropas se retiren; pero, como no es imposible tampoco que desee lo contrario, como no es difícil de comprender que las noticias que sucesivamente haya recibido produzcan nuevas negociaciones en sentido diverso, comprenderá V. E. el inmenso compromiso que puede acarrear lo uno o lo otro sin consultar su voluntad, sin dar tiempo a una resolución definitiva.

En mi carta de 7 del actual, que supongo ya en manos de V. E, le significaba, confidencial y amistosamente, la conveniencia de evitar conflictos al gobierno y de conservar la armonía con los aliados. Decía a V. E., entonces, que no me creía con derecho de ejercer ninguna intervención oficial en los negocios diplomáticos de México. Hoy no he perdido aún esta creencia y por eso no entro en el fondo de las cuestiones que a V. E. pertenecen como ministro plenipotenciario pero, apoyado en las Reales Órdenes de 13 y 18 de noviembre del año anterior, comunicadas respectivamente por los ministerios de Estado y Guerra, considero un deber dirigirme a V. E. de oficio para llamar su atención sobre el acuerdo que, con mi autoridad, le fue recomendado por S. M. en todo lo relativo a las exigencias y a las eventualidades de la campaña, partiéndose para disponerlo así del supuesto de que el gobierno que ejerzo es el centro general de acción de nuestro poder militar y de nuestra política en América. Esa recomendación, por tres veces repetida, es la que me pone en el caso de manifestar a V. E. mi opinión de que las tropas no deben retirarse por ahora en ningún caso y la de que, si V. E. está resuelto a hacerlo personalmente, entregue el mando al jefe a quien por ordenanza corresponda, con la única recomendación de dejar las fuerzas acantonadas y bien establecidas en los puntos que tengan la mayor salubridad y completamente inactivas, hasta que S. M. determine, en su alta sabiduría, si deben o no permanecer en el territorio de la República.

Esta medida, recomendada por la conveniencia y la previsión políticas, la exige también una necesidad imperiosa que consiste en no haber disponibles de momento, ni en el corto plazo con que V. E. lo desea, los buques que en su caso habrían de transportar las tropas. Con la mayor brevedad posible consultaré a S. M. sobre este asunto; por más que sea sensible no poder hacerlo con la copia del acta de la última conferencia que tan conveniente sería tener a la vista y, por largo que sea el tiempo que transcurra hasta la contestación definitiva, no será quizá tanto como el que se necesita para preparar la traslación a La Habana del ejército y de su material.

No hay duda en que, según lo indica V. E., podrían aprovecharse los barcos ingleses que se han ofrecido a prestar este servicio, pero V. E. conoce muy bien que ni conviene abusar de esta galante oferta ni ligarse con una especie de gratitud que puede ser origen de algún compromiso o de alguna torcida interpretación, cuando no de un gasto de que el gobierno no tiene urgente necesidad.

Si V. E. insisten su propósito de abandonar la República y de venir a esta capital a esperar órdenes, sírvase manifestarlo así a la mayor brevedad posible y, en tal caso, el excelentísimo señor don Manuel Gasset, nombrado por S. M. segundo jefe del cuerpo expedicionario, saldrá inmediatamente para colocarse a su frente y esperar la resolución del Gobierno Supremo. Mi convencimiento de que tal debe ser la conducta de V. E. se formó desde que leí su despacho; pero, no queriendo fiarme sólo en las inspiraciones de mi razón creí conveniente consultar a la junta de autoridades, haciendo asistir a ella a todos los señores senadores y ex diputados que existen en la capital, a los jefes sub- inspectores de las armas y a otras personas notables por su posición y su voto unánime, ha corroborado mi juicio decidiéndome a hablar a V. E. en los términos que lo verifico.

No terminaré sin recomendar a V. E. la alta, la extraordinaria conveniencia de proceder así; lo contrario podría ser origen de complicaciones sin cuento que cumple evitar a V. E. y a mí, depositarios como los somos en estos países, de la confianza de la reina —que Dios guarde— del buen nombre de su gobierno y del decoro y de la dignidad de la nación española.

(Francisco Serrano)

JOSÉ MANUEL HIDALGO ANALIZA LOS ANTECEDENTES  
Y REPERCUSIONES DEL ESTABLECIMIENTO  
DE LA MONARQUÍA EN MÉXICO

18 de abril de 1862

A don Francisco de Paula Arrangoiz

Mi muy estimado amigo:

Hace cuatro días tuve el gusto de recibir su carta de usted del 1º. En ella me dice usted que tiene motivos para asegurarme que la España no apoyará jamás la candidatura del archiduque Maximiliano para el trono de México, que sabe usted sin que le quede duda de ello, que lo que España vería conforme a sus deseos es que se propusiese un príncipe español o que se llevasen de manera que se pensase en un príncipe que pudiese enlazarse con la familia de la reina Isabel. Idéntica declaración me ha hecho espontáneamente, valiéndose de un amigo, una de las personas más conocidamente adictas al ministerio de O'Donnell.

Como la cuestión de México, elevada ya por fortunas a cuestión europea, preocupa grandemente los ánimos y está dando lugar a tan diversas apreciaciones, asociando a cada paso la personalidad, por modesta que sea, de los que notoria y constantemente nos hemos ocupado de este asunto, voy a aprovecharme de la ocasión con que se me brinda para tratar con alguna extensión de este grave asunto.

Pero antes de discurrir acerca de lo que presentemente acontece en él, he menester y ha de permitírseme escribir algunas líneas sobre lo ocurrido en este negocio desde el punto y hora en que, afiliado al partido monárquico, empecé a trabajar en favor de la intervención europea en México.

Hallándose el general Santa Anna en la plenitud de su poder en 1854, como que acababa de ser facultado por la nación para darle la forma de gobierno que creyese más conveniente, resolvió pedir a Europa el establecimiento de la monarquía en México, con un príncipe de estirpe real. Confió tan delicada misión al señor don José María Gutiérrez Estrada, que tan valientemente había iniciado en 1840 este pensamiento salvador y este caballero, que conocía ya mis ideas políticas, me honró pidiendo al gobierno quedase yo a sus órdenes secretamente, para lo cual se me nombró secretario en Madrid.

Debo consignar aquí que entonces se deseaba un príncipe español y que se ofreció la corona al infante don Juan, no maleado todavía. Coincidió con mi viaje a Madrid la revolución allí de 1854, luego vino la guerra de Crimea y, al año siguiente, cayó del poder el mismo general Santa Anna, lo cual dio punto por entonces a esta negociación.

En 1857, la ruptura de las relaciones entre España y México nos hizo creer a todos en una guerra. El señor Gutiérrez Estrada y yo empezamos a trabajar, con ahínco para que aquella no fuese una guerra de venganza. Queríamos hacer la guerra provechosa, pidiendo también a la Francia la intervención para que, de acuerdo ambas naciones, salvaran la nacionalidad de México; pero las cosas tomaron luego otro aspecto y se desistió de llevar la guerra a aquellas regiones.

Hasta entonces yo había sido, con sumo gusto mío, mero ejecutor de los pensamientos que me transmitía desde Roma el señor Gutiérrez Estrada; pero habiendo venido a Francia en 1857, tuve la honra y la suerte de poder tomar más de una vez la iniciativa en las coyunturas que se me presentaban para abogar por nuestra idea favorita.

En París pude conocer por mí mismo cuán grande y sincero era el deseo del emperador Napoleón por hacer algo a favor de México; pero su política no le permitía apartarse de su propósito de obrar en todas las cuestiones de América de acuerdo con Inglaterra. Esta nación, que no ha hecho nunca nada que pueda desagradar a los Estados Unidos, se negaba rotundamente a contribuir al término de la sangrienta anarquía en que estaba sumergida la República Mexicana. El emperador oía con bondad suma los votos y los ruegos de los mexicanos, que tanto esperaban de su

poder y sabiduría, pero en la lealtad de su política estaba no lisonjear nuestras esperanzas. Hubo momento en que llegamos a perder las de salvar la nacionalidad mexicana y eso que dos gobiernos seguidos de México tuvieron el patriotismo de pedir, aunque en vano, que Europa les tendiese una mano salvadora.

Callamos ya lo que gestionábamos en este sentido, no quedándonos sino el grato recuerdo y la imperecedera gratitud de la benevolencia con que el emperador Napoleón y el gobierno español habían oído nuestras súplicas y nuestras esperanzas.

Vamos a la cuestión presente. Los horrorosos acontecimientos que tuvieron lugar en México el año anterior y los escándalos del gobierno demagógico acabaron con la paciencia de Europa, que se decidió a intervenir con sus escuadras y sus ejércitos. Los que con tanto ahínco y buena fe habíamos clamado por esa intervención, como único medio de salvación, vimos renacer nuestras esperanzas y, olvidando todos los sin sabores y ruines venganzas que esos deseos nos atraieron, empezamos a trabajar con el ardor propio de nuestra convicción y de nuestras vanas intenciones.

Comprendimos, como todos lo comprendieron que, restableciendo los ejércitos europeos el orden y la tranquilidad material, toda la gente de valer, toda la gente pacífica que se vería libre de los atropellos del bando demagógico, había de manifestar su opinión acerca de la forma de gobierno que convenía a México. La verdadera opinión del país nos era bien conocida por los idénticos deseos de los tres gobiernos que habían pedido la intervención europea y por los clamores constantes de la gente de bien que hacía ocho años no miraban más que en aquélla la salvación de la sociedad mexicana.

Para Europa era esta cuestión de gloria y de interés, sobre todo para la Francia y para la España. De gloria, porque salvaban la nacionalidad de México, porque atajaban el derramamiento impío de sangre fratricida, porque salvaban la raza latina y el catolicismo en aquellas regiones. De interés, porque a la Europa no puede convenir ni un momento que los Estados Unidos se apoderen de uno de los países más bellos y ricos del globo; que sean dueños de los dos mares y queden

señoreando en ellos hasta el punto de cerrar la puerta a toda industria y comercio europeos.

Inglaterra sola ha pensado en el porvenir tomando posesión de las Bermudas, enfrente de las costas orientales de la Unión Americana y de la Jamaica y sus islas en las Antillas.

Todos íbamos, pues, a ganar en la triple expedición europea. Pero los que durante tantos años nos habíamos creído los representantes legítimos de la gente de orden de México, no queríamos ni podíamos perder el tiempo.

Reconocemos que gestionamos lealmente para que esos gobiernos se ocupasen de la cuestión de candidato. Desde el momento en que las tres potencias marítimas eran las interventoras, comprendimos que no era cuerdo ni posible pensar en un príncipe de esas mismas tres naciones y, al llevar reverentemente esta cuestión al emperador Napoleón, tuvimos la honra de indicarlo así. Es necesario decirlo porque es la verdad y ella se ha desfigurado lastimosamente allí donde más debiera respetarse. El emperador respondió a nuestras respetuosas indicaciones que no tenía candidato y que aceptaría el que México quisiese.

Jamás ha entrado en el pensamiento de S. M. apoyar un candidato de su propia familia, ni en el nuestro proponer un inglés y, si por nuestro origen y por nuestros sentimientos habríamos aspirado a un príncipe de la Casa de España o enlazado con ella, nos detenía la consideración política de que las potencias interventoras tenían que quedar fuera de toda combinación que les dejase una influencia preferente en México y también, triste es confesarlo, para los que sienten y piensan como nosotros, porque hay todavía mucha gente en México que lo miraría como una reconquista disfrazada de España.

Era pues preciso buscar fuera de las tres potencias marítimas un príncipe dotado de aquellas altas prendas de corazón y de entendimiento, de una virtud y saber probados, de una instrucción varia y ducho en la gobernación del Estado, animado de principios liberales, conservadores, católico profundo sin fanatismo y popular en Europa, y ¿quién más digno de ese elogio y más justamente popular en Europa, incluso Inglaterra, que el archiduque Maximiliano?

Cuando el nombre de S. A. se pronunció en presencia del emperador de los franceses, S. M. acababa de dignarse responder que no tenía candidato. La candidatura fue pues, propuesta al emperador y bueno es que lo sepan los que ven en ella una combinación de Napoleón III para trocar la Venecia por México, lo cual no sería digno de ninguno de los dos emperadores.

La verdad es que el emperador Napoleón, conocedor de las relevantes prendas del archiduque, ha encontrado muy de su agrado esta candidatura y que, olvidando noblemente que hace dos años estaba en guerra con Austria, tiene una mano leal a un príncipe esclarecido y otra al país que le pide, así como a España, le dé una nueva vida.

Este candidato, ante cuyas prendas ha tenido que inclinarse la misma Inglaterra, ha sido pedido por el partido conservador de México; lo desea, lo espera con ansia, cuenta los días que tarda en llegar y no es ya posible pensar en otra combinación.

Es menester no olvidar que ese partido conservador que le llama es todo de origen español, que por no renegar de él se ha visto perseguido, insultado, humillado cuando ha triunfado el partido que hoy domina, el cual confunde siempre el grito de libertad con el de "¡Muera España!".

Si ese partido no estuviera persuadido de la antigua simpatía del archiduque por la España, no le habría dado su voto porque, ser enemigo de España es ser enemigo de su raza y los descendientes de los españoles en México preferirían doblar la cerviz al fiero *yankee* antes que llamar a un príncipe que fuera enemigo de su raza y de sus tradiciones.

Resulta, pues, amigo mío, que la elección del archiduque es acertada y en consonancia con los legítimos intereses de España y que, en el estado que están las cosas no es posible, aunque quisiéramos, anular lo hecho y empezar de nuevo. Los que tal intentásemos, que no lo intentaremos, nos quedaríamos solos y burlados. Crea usted que, conociendo este asunto tan a fondo como lo conocemos, el mejor de los españoles no habría obrado de otra manera.

No puedo levantar la mano sin añadir otras consideraciones que tanto me preocupan. Si los aliados van, como espero, hasta la capital, es seguro que la opinión se pronunciará a favor del sistema monárquico. El

pronto planeamiento de la monarquía en México traería indudablemente movimientos análogos en las demás Repúblicas hispanoamericanas y en ellos no podría menos de tomarse en cuenta el mérito de los príncipes que usted me nombra, tan dignos, tan cumplidos. La monarquía volvería a poner en su asiento a la desventurada sociedad mexicana; acabaría con la impiedad y la matanza; protegería la religión y sus pastores no serían ya perseguidos y apedreados; el comercio adquiriría un brillante desarrollo; las magníficas e innumerables minas de plata serían beneficiadas y sus asombrosos productos vendrían luego a hacer frente a la desproporción de metales preciosos de que Europa está amenazada; la agricultura, con sus ricos y fabulosos frutos, socorrería en momentos dados a Europa consternada; los productos variados y riquísimos de aquella tierra, tales como el algodón, que se cultiva allí sin esclavos muy superior al de los Estados Unidos, serían un alimento perenne de la industria europea y emanciparía a Europa de la tutela de la Unión Americana; la inmigración trocaría su hambre y desconsuelo por la abundancia y el bienestar y, por encima de todo esto, dominaría la raza latina; el catolicismo y la lengua de Cervantes.

Pero si los aliados han de salir de México sin dejar establecido el gobierno monárquico que anhela la nación, los Estados Unidos, siguiendo su política, tomarán inmediatamente posesión de todo el país para impedir que Europa vuelva a poner el pie en él y las puertas se las abrirán los demagogos, a reserva de ser luego sus primeras víctimas. Todos los frutos de ese suelo privilegiado servirán exclusivamente al provecho y regalo de los Estados Unidos en cambio de su propia industria; la raza española, vejada y perseguida, irá desapareciendo, como ha sucedido en la California y Nuevo México; el protestantismo aparecerá triunfante, celebrando su rito en los mismos templos levantados por nuestros padres al catolicismo; los Estados Unidos, todo comercio a Europa, se levantarán gigantes para contemplar ufanos la catástrofe que en ella produciría la plétora de su industria; el equilibrio político se vería amenazado por el triunfo de la doctrina Monroe; la España con la llave del Golfo de México no podría moverse de la entrada; su influencia y comercio se acabarían bien presto y, aunque los

defensores de sus colonias renovasen los hechos de Sagunto y de Numancia, por la fuerza de las cosas la bandera de las estrellas vendría al fin de plantarse sobre sus escombros. Francia, escarmentada de que no se aprovechó la ocasión más propicia para salvar tan altos intereses en América, no se expondrá ya a un nuevo desengaño y no renovará su expedición, de la que retirará mucha gloria, es verdad, pero ningún otro provecho, porque ha declarado y dado pruebas de que no lo busca en esta ocasión.

Inglaterra, enemiga del catolicismo y de la raza española, verá con tranquilidad la desaparición de ambos en América y la pérdida allí del poder de España.

He ahí lo que mi imaginación me presenta, ya halagüeño, ya aterrador, según que las peripecias de esta cuestión alternan en mi ánimo. Usted, tan conocedor de las cosas de América, me dirá si tengo razón.

En cuanto a mí usted sabe, mi querido amigo, que en este asunto he puesto, tiempo ha, toda mi alma, toda mi conciencia, todas mis fuerzas. Desde el punto de vista español, desde el punto de vista mexicano, nadie ni nada ha venido a probarme todavía que me he equivocado. La mordacidad de la demagogia no me hace mella alguna. La marcha de los sucesos podrá afectarme profundamente, podrán obligarme cada día más las apreciaciones erradas que suelen hacerse de la parte que me ha cabido en este asunto; pero sea que éste termine proporcionándome la alegría de ver un trono en México, sea que contemple yo en él la bandera de los estrellas, Dios, que ve mis intenciones, no me enviará nunca jamás el terrible castigo del remordimiento.

José Manuel Hidalgo

ESPAÑA NO PUEDE VER CON INDIFERENCIA LA ABSORCIÓN  
DE TERRITORIOS QUE FUERON ESPAÑOLES

Señor ministro plenipotenciario de  
S. M. en Washington  
(Señor Gabriel García y Tassara)

La reina nuestra señora se ha enterado del despacho de usted, número 59, del 11 de mayo próximo pasado, en el que remite copia del despacho dirigido por Mr. Seward a los ministros norteamericanos en esta corte y las de París y Londres, sobre los planes de monarquía en México.

El memorándum de las conferencias últimamente celebradas con Mr. Perry, del cual es adjunta copia, informará a usted de las opiniones del Gobierno de S. M., respecto a la citada nota circular de esa secretaría de Estado.

Si el gobierno de Washington confirma las declaraciones que me ha hecho Mr. Perry acerca de la política desinteresada que aquél se propone seguir en lo sucesivo, no es dudoso que ningún conflicto podía ocasionar la expedición combinada en la que el gobierno de S.M. se ha propuesto fines tan nobles y aun generosos.

Ni la España ni otra alguna nación europea pretenden establecer su dominación en el continente americano; pero tampoco podrán ver con indiferencia la absorción de los territorios que un día fueron españoles, por ningún otro Estado, cualesquiera que sean su origen y sus principios de gobierno. Es preciso, por tanto, inspirarse mutua confianza y darse seguridades completas de consideración y respeto a las nacionalidades creadas después de la emancipación de las Américas y, como la España no faltará a la política que se ha propuesto, sólo desea que su lealtad y desinterés sean debidamente correspondidos.

De Real Orden le digo a usted en contestación a su citado despacho, para que sepa a qué atenerse en sus conversaciones con ese secretario de Estado.

Dios guarde a usted muchos años. Madrid, 25 de abril de 1862.

Saturnino Calderón Collantes

## ZULOAGA CELEBRA LA RETIRADA DE PRIM

Izúcar de Matamoros, abril 24 de 1862

Excelentísimo señor doctor don Francisco Javier Miranda

Mi muy querido amigo:

Recibí su apreciable de 15 del corriente; por ella veo todo lo que hemos adelantado, pues se ha despejado la incógnita y nos hemos quitado de un hombre tan nocivo como Prim; esto nos augura una serie de acontecimientos que nos den por resultado la completa pacificación del país.

Como tanto Pepe<sup>13</sup> como yo, decimos al señor Almonte nuestra favorable situación, me refiero a las de dicho señor para no hacer esta más larga y sólo le recomiendo mucho nos tenga al corriente de lo que pase en ese rumbo.

Sin otro asunto me repito de usted, como siempre, su muy afectísimo amigo y s. s. q. b. s. m.

Félix Zuloaga

---

<sup>13</sup> José María Cobos.

DE LA GRAVIÈRE RECONOCE QUE HA SEGUIDO  
UNA POLÍTICA TORTUOSA

Orizaba, 10 de abril de 1862

A S. M. I., el emperador Napoleón III

El arribo del general Almonte a México, la misión de que se declara abiertamente investido y su presencia en medio de nuestras tropas han ocasionado entre los representantes de V. M. y los de Inglaterra y España explicaciones después de las cuales el comandante en jefe de las tropas españolas, de acuerdo con los plenipotenciarios ingleses, ha declarado su intención de embarcar inmediatamente todas sus tropas.

La acción de Francia queda, pues, hoy completamente independiente, pero también completamente aislada. Los comisionados de España y de Gran Bretaña quisieron en esta ocasión acusar al gobierno de V. M. de desconocer y de romper violentamente la convención que había servido de base al envío de la expedición combinada a México.

Ya no podía dejar que la discusión se estableciera en terreno semejante. Fue el gobierno de V. M. quien concluyó la convención de Londres y corresponde a los plenipotenciarios en México interpretarla. Si con esta interpretación ellos se equivocan, la responsabilidad no corresponde más que a ellos solos y la política de V. M. no puede estar ni empeñada, ni comprometida por errores que se cometan a dos mil leguas de Europa.

Al despedirse del emperador le solicité que no me diera instrucciones demasiado precisas y dejara a mi responsabilidad el cuidado de actuar según las circunstancias y de adoptar la conducta que me pareciera más de acuerdo con los intereses de su política y de su dinastía. El emperador se ha designado en dos ocasiones diferentes

confirmar la elevada confianza que me había otorgado, pero después de recibir los despachos que me fueron dirigidos el 28 de febrero por los ministros de Marina y de Asuntos Extranjeros, no pude dejar de advertir que entraba en los fines de V.M. adoptar en México una política más osada y más decidida que la que había seguido hasta ahora. En consecuencia, acabo de tomar una determinación que preparaba desde hace un mes. Las hostilidades van a abrirse y, si la actitud del pueblo mexicano no responde a lo que esperamos, el éxito de nuestra empresa se realizará quizá menos pronto de lo que V. M. hubiera esperado. Pido que si las consecuencias que pudiesen resultar, ya sea en el Nuevo Mundo o en Europa, quisieran ser evitadas por una desautorización, estoy presto a someterme a ella y ruego insistentemente a V. M. no dejar de hacérmelo saber si lo juzga útil a los grandes intereses que V. M. sólo tiene misión de salvaguardar.

Nuestra travesía pacífica en medio de las poblaciones mexicanas no habrá sido inútil. Las simpatías que se tenían aquí por Francia se han vuelto más vivas y el carácter generoso de nuestra intervención será comprendido y apreciado mejor; pero es indispensable que no se vea en nosotros a los instrumentos de un partido que todavía creo odioso a la mayoría de la nación.

Si a pesar de mis esfuerzos, la intervención de Francia tomara este carácter, se encontraría tal resistencia que el resultado sería ciertamente dudoso. Me atrevo, pues, a rogar insistentemente a V. M., en nombre del profundo agradecimiento que le he demostrado, no se me retire una confianza de la que haré siempre un prudente y leal uso.

No quiero negar que hasta el presente no ha sido completa la prueba de los sentimientos de la población mexicana. Ella va a manifestarse con la ruptura de las negociaciones con el gobierno del presidente Juárez; pero los representantes de las potencias que firmaron con nosotros la convención del 31 de octubre, no descuidarán nada para poner dificultades a nuestra acción y tratar de desacreditar sus fines.

Nosotros tendremos que estar en guardia contra el efecto de sus insinuaciones pérfidas y, aun cuando nos hayamos dirigido a México, encontraremos en estos antiguos aliados, convertidos ahora en obstinados

adversarios, un muy serio obstáculo para la realización del plan que me ha expuesto el general Almonte.

V. M. quizá se dignará considerar que no me era permitido retroceder ante una experiencia que mis nuevas instrucciones y las instancias de un colega más al tanto que yo de la fuerza de los partidos, me imponían. Esta experiencia no la llevaré hasta los límites en que toda retirada fuera ya imposible.

Tendré siempre presente en la mente el peligro que habría en poner la política personal del emperador ante la eventualidad de un fracaso. Si nosotros tenemos éxito, es justo que la gloria también que el emperador pudiera proclama en voz alta que sus instrucciones fueron mal comprendidas.

Puede suceder que tan pronto como se reanuden las hostilidades, nuestras comunicaciones con Veracruz sean interrumpidas. Será fácil al enemigo interceptar nuestros correos en este desierto infecto que no tiene menos de 30 leguas de extensión y donde nos es imposible acampar las tropas. Ruego a V. M. esté bien convencido de que no descuidaré ninguna ocasión de informarle sobre nuestros movimientos. Si mis noticias se retrasan es que me habrá sido completamente imposible hacérselas llegar con la celeridad que hubiera deseado.

Jurien de la Gravière

SALIGNY RECONOCE QUE LOS FINES DE NAPOLEÓN III  
ERAN DERROCAR A JUÁREZ

Orizaba, 12 de abril de 1862

A V. M., el emperador Napoleón III

Retenido en cama desde hace tres días por una fuerte fiebre, me veo obligado a dejar al vicealmirante Jurien de la Gravière el cuidado de rendir cuenta al gobierno del emperador de los graves incidentes que acaban de pasar en el seno de la conferencia de las potencias aliadas; incidentes que, por mi parte me han causado más pena que sorpresa. En efecto, para mí fue evidente desde el primer día que los representantes de Inglaterra y de España consideraban la consolidación del gobierno de Juárez como el primer objeto de la intervención de las potencias. Era no menos evidente a mis ojos que el gobierno del emperador se proponía otro fin. Esta manera tan diferente de interpretar la convención del 31 de octubre, no podía, pues, dejar de llevar, en un momento dado, a una escisión entre los representantes de Francia y los nuestros aliados.

Puesto que tenía que suceder esto, es lamentable para nosotros que la escisión no haya ocurrido antes.

Tengo el honor de enviarle aquí copia de una carta de Wagner con fecha de 7 de abril, donde V. E. encontrará nuevos detalles sobre las negociaciones de Corwin con el gabinete de Juárez.

En otras dos cartas del 2 y 5 de abril, relativas a las nuevas reclamaciones de nuestros nacionales, el ministro de Prusia me repite que todas las personas honestas de la capital, mexicanos como extranjeros de todas las nacionalidades, están consternadas y no tienen esperanza más que en la llegada de nuestras tropas y que, si nosotros tardamos, no encontraremos más que ruinas.

El gobierno está decidido, para procurarse recursos, a apoderarse de las propiedades de los particulares sin respetar las de los extranjeros.

Se me promete una carta de puño y letra del señor (Jesús) Terán, ministro de Justicia; en ella anunciará, sin duda, esta resolución de su gobierno.

El almirante parte hoy para regresar a Córdoba, a donde iré a reunirme con él cuando esté en condiciones de ponerme en camino.

Alphonse Dubois de Saligny